

**EL ACERO
QUE SUPIMOS
CONSEGUIR**

(pág. 40)

periscopio

AÑO I, Nº 4 - BUENOS AIRES, OCTUBRE 14, 1969

\$ 150

LOS AUMENTOS DE DAGNINO

(pág. 8)

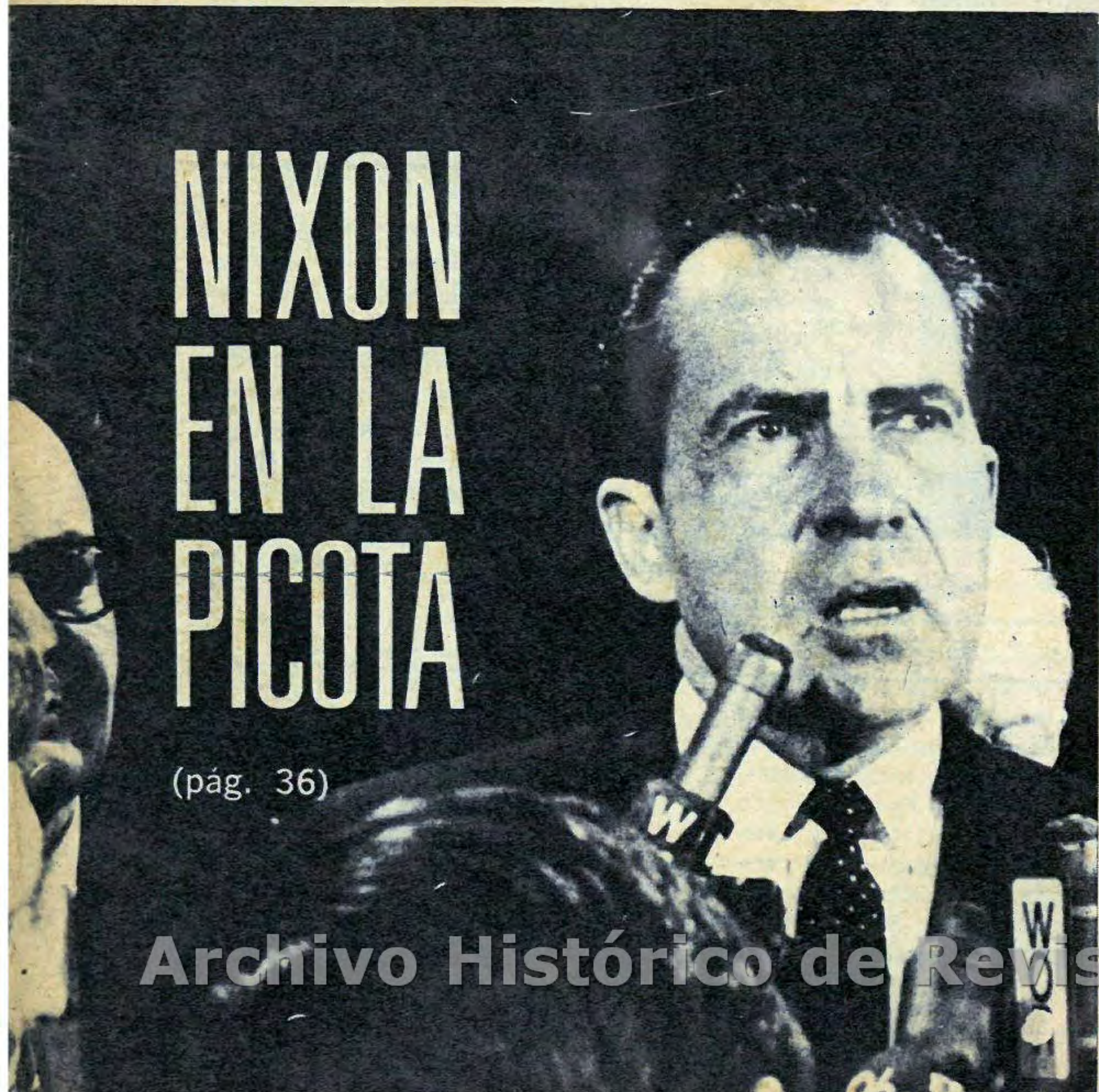


Decadencia del Ajedrez Soviético

(pág. 20)

NIXON EN LA PICOTA

(pág. 36)



CUIDADO: VUELVEN LOS PARTIDOS

(pág. 4)

Díaz Colodrero a Paraguay

Buenos Aires, 8 — Mario Díaz Colodrero, que ejerció la Secretaría de Gobierno durante dos años y medio (1966-1969), fue designado Embajador en el Paraguay, para llenar la vacante dejada por José Cáceres Monié al asumir en junio último el Ministerio de Defensa. Díaz Colodrero estará así cerca de su tierra natal: Corrientes.

Regalo a los pacifistas

Washington, 10 — El teniente general Lewis B. Hershey, jefe de Reclutamiento, fue relevado por el Presidente Nixon. Los observadores quieren ver en esta medida —largamente esperada por los pacifistas y los censores de la guerra en Vietnam— un intento por calmar las manifestaciones estudiantiles organizadas para el miércoles de esta semana (ver página 36/39).

Divorcio a la suiza

Lenzerheide, Suiza, 7 — El Juez Georg Janett informó que el industrial alemán Gunther Sachs y la actriz francesa Brigitte Bardot, 35, que se casaron hace tres años en Las Vegas, se divorciaron en esta ciudad, en julio pasado, en medio de un absoluto secreto. Sachs siguió estudios en Lenzerheide, donde su madre posee una casa.

Paseo a la escocesa

Aberdeen, Escocia, 6 — Los dos jóvenes estudiantes alemanes respiraron con alivio cuando la señora detuvo su Land Rover, cargó con ambos y cuatro perros, y los condujo varios kilómetros, hasta que encontraron su automóvil. "Muchas gracias, preciosa; no siempre tenemos la suerte de ser tan bien atendidos", agradecieron al bajarse. "Adiós, muchacho", saludaron al hijo de la señora, que iba con ella en el pescante.

Eran Isabel II y el Príncipe de Gales.

Vamos a La Habana, chico

Santiago de Chile, 9 — Tras el asalto de un avión de Aerolíneas Argentinas, la empresa chilena LAN dotó a sus aparatos de nutrida música cubana. "Los pilotos tienen instrucción de obedecer a los secuestradores —dijo Santiago Faz, gerente de tráfico—, para no poner en peligro la vida del pasaje. Una vez ordenado el desvío los altoparlantes irradiarán la canción «Vamos a La Habana, chico» y se servirán licores y golosinas, gratis." Ya en La Habana, habrán recorridas y paseos, siempre a cargo de LAN.

La Censura se censura

Buenos Aires, 9 — El Ente Calificador prohibió la exhibición de *Los neuróticos*, un film de Héctor Olivera, quien se había avenido a practicar en el libreto y en la película ya terminada ciertas modificaciones propuestas por la misma Censura.

Desalojo a Los Gobelinos

Buenos Aires, 8 — El Juez de Paz Angel Daray condenó a Los Gobelinos a desalojar el inmenso local de Florida 125, que ocupa desde 1918, al hacer lugar a la demanda iniciada por el propietario del inmueble, José Roger Balet.

AEROLINEAS EN CUBA: UNA ESCALA FORZOSA

A la salida del lavatorio de proa, el veterano piloto Anibal Aguirre, 56, sintió el caño de una cuarenta y cinco en la espalda y trató de mirar hacia atrás. "Vamos a La Habana", le dijo una voz, casi un susurro, y sin dudar se introdujo en la cabina, seguido por un muchacho que empuñaba un ramo de rosas con la mano izquierda, como para equilibrar el peso de la pistola.

Fue el miércoles pasado, cerca de mediodía, cuando un Boeing 707 de Aerolíneas Argentinas —bautizado Betelgeuse, una de las estrellas que escoltan a las Tres Marías— iniciaba el cruce de los Andes. Nuestro país se sumaba así a la infinita lista de secuestros abierta el 24 de julio de 1961: entonces, un cubano desvió hacia su patria a una máquina de los Estados Unidos.

Si bien el Betelgeuse —que llevaba 54 pasajeros y 12 tripulantes— es el primer avión argentino víctima de la piratería celeste, 83 estudiantes locales conocieron esta experiencia en enero último, después que un Convair 990 de Aerolíneas Peruanas tuvo que volverse a La Habana cinco minutos antes de aterrizar en Miami.

En lo que va de 1969, cincuenta aparatos comerciales hallaron su "camino de Cuba", mientras las protestas de las naciones dañadas navegaban rumbo a las Naciones Unidas. El 1º de setiembre, debido al auge de los asaltos, los 44.000 socios de la Federación Internacional de Asociaciones de Pilotos amenazaron con una huelga en todo el mundo; dos semanas más tarde el Gobierno de Fidel Castro dispuso el envío de los secuestradores a los países afectados, siempre que ellos no actúen en busca de asilo político.

Ese reparo disgustó a las empresas; sin embargo, las autoridades norteamericanas no devolvieron al teniente Eduardo Guerra Jiménez, que el 5 de octubre descendía con un MIC de la Fuerza Aérea Cubana en la base Homestead, Florida, junto al avión del Presidente Nixon. Guerra obtuvo, sin dilaciones, el asilo político.

El viernes, a las cinco menos cuarto de la tarde, el Boeing 707 regresaba a Ezeiza. Ya se sabía el nombre del pirata: Enrique Ignacio Ugarteche, argentino, de 23 años, presunto estudiante de Química. Tras el asalto, el avión aterrizó en Santiago de Chile, sin que ninguno de los pasajeros pudiese bajar. El vuelo a Cuba fue directo (ocho horas), sin la escala prevista en Lima. El comandante Aguirre preguntó a Ugarteche —que no se movió de la cabina ni guardó la pistola— si estaba convencido de su actitud.

—Voy detrás de un ideal. Si no hubiera hecho esto me habría arrepentido toda mi vida.

En el aeropuerto José Martí, Ugarteche se fotografió en la escalera; unos milicianos lo condujeron detenido. Otros cuatro aviones pirateados el mismo día descansaban en las pistas. A las seis horas, el Boeing partía con destino a Miami: llegó a las tres del jueves. ⊕



Aguirre (der.) en Miami: Rosas y pistola.

Obituario

● *Condesa de Seafield*, 63; en Londres, octubre 1º. Considerada la mujer más rica de Gran Bretaña, después de la Reina, su renta anual fue estimada en 240.000 dólares anuales, producto de sus vastas fincas en Escocia. Heredan a la Condesa —madrina de Lord Snowdon, esposo de la Princesa Margarita— un hijo y una hija.

● *Cahal O'Shannon*, 80; en Dublín, octubre 4. Ex presidente del Partido Laborista irlandés y del Congreso de los Sindicatos, participó en el histórico levantamiento de las Pascuas de 1916 contra la corona inglesa.

● *Joseph Constant*, 77; en París, octubre 4. Escultor, nacido en Rusia, intervino en la Revolución Bolchevique, de la que abjuró en 1919 para radicarse en París. Una de sus incursiones literarias (la novela *L'étrange famille*) recibió en 1936 el Premio Deux Magots.

● *Walter Hagen*, 77; en Traverse City, Michigan, octubre 6. Célebre golfista de la década del 30, su fama sólo puede compararse con la que obtuvo Arnold Palmer. Se había retirado en 1939, cargado de trofeos y cientos de miles de dólares.

● *Reverendo Harry E. Fosdick*, 91; de una deficiencia cardíaca; en Nueva York, octubre 6. Vocero del modernismo en la Iglesia Protestante, millones de fieles siguieron sus "Prédicas nacionales", una audición dominical que se difundió desde 1927 hasta 1946. Pacifista exaltado, se opuso a la intervención de su país en la Segunda Guerra Mundial. "Ser cristiano es todavía algo íntimo", era uno de sus lemas preferidos.

● *Viktor Vinogradov*, 75; en Moscú, octubre 7. Experto filólogo, autor de un centenar de obras sobre su idioma natal, dirigía el Instituto de Lengua Rusa en la Academia de Ciencias.

● *Life en Español*. A pesar de su tirada quincenal de 450.000 ejemplares, cesará de editarse a fin de año. Hadley Donovan, director editorial, y Andrew Heiskell, presidente de Time-Life Incorporated, anunciaron el deceso "con pena", el 4 de octubre, en Nueva York.

● *General de división Carlos Jorge Rosas*, 54; de un paro cardíaco; en Buenos Aires, octubre 10. Alentado por Savio se hizo militar, pese a su baja estatura (1,54 metro). Egresó en 1935, especializado en el arma de ingenieros; treinta años después, a fines de 1964, era relevado del mando del Segundo Ejército por el teniente general Onganía. Embajador en Paraguay desde octubre de 1965 —fue designado por Illia para evitarle el retiro—, casi pierde la vida en un accidente automovilístico, en abril de 1966.

Dejó las filas activas en agosto. Tildado por sus admiradores de "nasserista", hubo quienes lo sospechaban marxista; era, en verdad, un liberal avanzado. Desde 1968 ejerció la presidencia del Movimiento en Defensa del Patrimonio Nacional; una "solicitada" de esa institución con elogios a los hechos de Córdoba y Rosario (mayo), de la que Rosas se hizo responsable, le valió un arresto de 80 días que terminó de cumplir el 13 de setiembre, en un regimiento de Entre Ríos. ⊕



periscopio

APARECE LOS MARTES
Director - Editor:
VICTORIO I. S.
DALLE NOGARE

Publicación de la Editorial Primera Plana S. R. L. (Capital: \$ 10.000.000). Perú 367, Pisos 1º, 10, 12 y 13. Buenos Aires, República Argentina. Teléfonos: 33-8576/70, 34-8018/10. Telegramas: Pripa Baires. Telex: 912-1999. Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa, Asociación de Entida-

des Periodísticas Argentinas y Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidores - Capital Federal: Rubbo S. C. A., Garay 4226. Interior y Exterior: SADYE S. A., Belgrano 335. Impreso en talleres gráficos Rotog-Arg S. A. I. C., Bolívar 1753, Buenos Aires. Precios: \$ 150 por ejemplar. Número

atrasado, \$ 200. En Uruguay: \$ 100 oro; en Paraguay: 90 guaraníes. Suscripciones: Argentina, \$ 8.000 por año; exterior, vía ordinaria, 30 dólares. Prohibida la reproducción parcial o total. Hecho el depósito de ley. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 1.019.000.



GARRASTAZU MEDICI

No hubo muchos testigos, pero todos coinciden en que los dos hombres se saludaron entre sollozos; uno de los médicos debió recordarle al general de ejército Emilio Garrastazu Medici que su viejo amigo ya no está para emociones: el mariscal Arthur da Costa e Silva tiene paralizado medio cuerpo y apenas balbucea unas palabras.

La húmeda noche de Río asediaba el Palacio Laranjeiras cuando el automóvil de Medici atravesó los jardines. Dan las nueve. Costa e Silva recibe a su sucesor: con un esfuerzo enorme se declara satisfecho de que sea él, uno de sus más leales camaradas, uno de los más afectuosos, el nuevo Presidente del Brasil. Medici devuelve los elogios: *seu* Arthur ha dicho la verdad. Si él acaba de aceptar el cargo es, en el fondo, porque detrás de la designación adivinó el dictado, el ruego de Costa e Silva.

Su mujer, Scila Nogueira, sus dos hijos —Sergio, profesor de Ingeniería en la Universidad de Río Grande; Roberto, asesor económico del Gobierno de ese estado—, toda la familia, le pedían que desistiese, que rechazara el ofrecimiento del Alto Mando. Sin embargo, Emilio Garrastazu Medici sabía que Costa pugnaba por su nombramiento: ¿cómo negarse?

Una madrugada de marzo, en 1964, Medici, entonces director de la Escuela Militar de Agulhas Negras, atendió el teléfono. Era *seu* Arthur:

—He asumido la jefatura de la revolución. Quiero saber si puedo contar contigo.

—Dame tus órdenes, jefe.

La historia se repetía. Cinco años después, Costa e Silva confiaba en él para salvar esa revolución que —Medici no lo ignora— sigue a fojas cero, frenada por las desinteligencias y los apetitos de quienes prometieron ejecutarla. ¿Y si se tratara, en realidad, de salvar al Brasil, de evitar que la represión destroce la paciencia de noventa millones de seres y los lance unos contra otros?

Medici no se ha mezclado en política, vivió ajeno a la lucha de facciones que aún desmorona la unidad del Ejército y pisotea la voluntad popular. Un soldado viste el uniforme para servir a la Patria en el cuartel o en el frente; de acuerdo: hubo que deponer a Goulart, ese demagogo extremista, pero ahora los extremistas pululan en el Gobierno, en los casinos de oficiales. La *línea dura* lo es en defensa de la soberanía, de la independencia y el desarrollo económico, juran sus adherentes. Sin embargo, esa dureza sólo se ejerce contra el pueblo y contra un manojo de dirigentes que a nadie importan.

Medici titubeaba. Su amigo conquistó la Presidencia y, apenas empezó a dibujar el regreso a la democracia, el Alto Mando le opuso resistencia. Para los

duros, todo gobernante es blando, pero ¿adónde conducen las tiranías, las autocracias violentas? El general Medici no iba a rendirse ante los *duros*, no sería su esclavo ni su pelele: aspiraba a continuar la obra de distensión iniciada por Costa, que el mariscal debió coronar el 7 de setiembre con el Acta N° 12, normalizadora de la situación institucional. ¿Lograría hacerlo? El poder que le entregan está condicionado. Si el derrame no hubiese apartado a *seu* Arthur, ¿habrían permitido los jefes militares el retorno a la Constitución? ¿Se lo permitirán a él?

Entre tantas dudas, Medici entendió que era necesario intentar, al menos, que los anhelos de Costa no se perdieran en el olvido. El martes pasado, a las ocho de la noche, el Alto Mando (los Ministros de Ejército, Marina y Aeronáutica, que desempeñaban interinamente el Gobierno nacional; los tres Jefes de Estado Mayor y el Jefe del Estado Mayor Conjunto) refrendó la designación de Medici.

Su primera visita fue para Costa, a quien no se solicitó, siquiera por mero formulismo, una renuncia; después, el Presidente leyó ante las cámaras y los micrófonos una arenga que los señores de la *línea dura* juzgaron, seguramente, blanda, liberal.

“Mi Gobierno se propone restablecer el diálogo con la juventud, los intelectuales, los periodistas, la Iglesia, las amas de casa, el pueblo en general, porque quiero cumplir el ideal de la Revolución de 1964, que consiste en instaurar un régimen de libertad y desarrollo nacional. La hora de la verdad acaba de sonar. Espero abandonar el Gobierno luego de encarrilar al país en las vías de la democracia plena”, sostuvo Medici, entre accesos de emoción que le aflautaban la voz o lo obligaban a detenerse: nunca había hablado por televisión.

Hasta el martes, Medici sólo se distinguió por su sobriedad y sus méritos profesionales. Una vez concluido el discurso, fue a pasar la noche en casa del Ministro de Aeronáutica, Souza Melo, en la isla Gobernador: temía, acaso, que los periodistas o los camaradas invadieran su departamento de Copacabana. Jamás le ocurrieron tantas cosas graves en un solo día: amanecer como titular del Tercer Ejército y acostarse convertido en Presidente.

Enemigo de la ostentación, retraído por naturaleza (dos condiciones que no parecen demasiado brasileñas), Medici no se valió de su amistad con Costa para medrar en el escalafón ni para hacer fortuna. En marzo se enteraba, sin mucho entusiasmo, que el Presidente había firmado su despacho de general de ejército. En abril abandonó la dirección del Servicio Nacional de Inteligencia para tomar el mando del Tercer Ejército. Sus adversarios creen que bajo

esa tachada de austeridad, de apoliticismo, se esconde un ambicioso digno de temor.

Difícil probarlo. Nacido 63 años atrás en Bagé, una ciudad de Río Grande del Sur, la modestia de su hogar —un inmigrante italiano, Medici, y una descendiente de vascos, Garrastazu— es la de su propia vida. En un tiempo en que los comerciantes ansiaban para sus hijos la sotana o el uniforme, Emilio estudió la carrera de las armas. Egresado en 1927, fue *tenentista*, como los jóvenes oficiales de entonces a quienes la desigualdad social llenaba de rebeldía.

General de brigada en 1961, se alineó con los legalistas que preconizaban la ascensión de Goulart; revolucionario en 1964, no movió un dedo a comienzos de setiembre último para que el Vicepresidente Aleixo —redactor del Acta N° 12— sustituyera a Costa. Es que la crisis abierta el 31 de agosto por la enfermedad del mariscal, su comprovinciano, tenía que dirimirse exclusivamente entre militares.

Pero la solución de la crisis demoró más de la cuenta. Incapacitado Costa, pronto fue visible que los Ministros militares no podrían reemplazarlo eternamente; los cuadros medios del Ejército —que reconocen su líder en el nacionalista general Afonso de Albuquerque Lima— insistieron en que la Junta se fijase un plazo y buscara un sucesor para Costa, no sea que el Presidente recobrarla la salud y volviese por sus fueros: democracia, Constitución, Parlamento.

Los Ministros no se pusieron de acuerdo para que uno de ellos tomara la Presidencia; la Marina y la Fuerza Aérea dejaron esa tarea al Ejército, verdadero autor de la Revolución de 1964. Pero el Alto Mando (nueve generales de 4 estrellas) tardó, a su vez, en decidirse; única imposición: que el nuevo Presidente saliera de ese grupo, una manera de descartar a Albuquerque, dueño de tres estrellas, y de no transferir el poder a la oficialidad joven. Días más tarde la elección quedaba reducida a dos candidatos: da Silva Muricy, jefe del Estado Mayor, y Geisel, jefe del Estado Mayor Conjunto. Fue en ese momento cuando los voceros de Costa anunciaron que el Presidente mejoraba.

Había, es cierto, experimentado una reacción favorable, pero los médicos lo enfrentaban con una disyuntiva: reposo o muerte. El golpe psicológico, no obstante, surtió efecto: “Si no designan a Medici yo reasumiré el Gobierno”, era el mensaje implícito en la maniobra del disminuido Costa. El 3 de octubre, el Presidente —que cumplía 67 años— caminó hasta el despacho, sin ayuda; el 4 hubo amagos de sublevación en Río, a favor de Albuquerque.

A los dos días, el Alto Mando se inclinó por el delfín de Costa, el candidato intermedio. ⊕

CUIDADO: VUELVEN LOS PARTIDOS

por Bernardo Guillén



Onganía: Con partidos.

El domingo pasado, 12 de octubre, un ciudadano argentino nativo, mayor de 30 años y de fe católica, debía responder a la pregunta del Escribano Mayor de Gobierno:

—¿Juráis por Dios y estos Santos Evangelios respetar y hacer respetar la Constitución Nacional?

—Sí, juro —debía responder.

—Si así no lo hicierais —agregaría el señor Garrido—, que Dios y la Patria os lo demanden.

No fue así. El domingo, como de costumbre, la mayoría de los porteños dormía su cansancio de fin de semana, y las palomas de Plaza de Mayo picoteaban las manos de unos pocos jubilados.

No fue así. Tres años antes de esa elección, que casi seguramente habría destruido el mito de la invencibilidad electoral del peronismo, Pascual Pistarini, a cargo del Comando en Jefe del Ejército, firmó un radiograma por el cual desconocía la autoridad de su superior, el Secretario de Guerra, Eduardo Castro Sánchez, culpable de abordar en un domicilio privado a los Diputados peronistas Tecera del Franco y Serú García. Al día siguiente, las tropas se enteraron de que habían derrocado al Presidente de la República, Arturo Umberto Illia, y de que varios

Diputados peronistas asistían a la inauguración del Gobierno revolucionario.

La semana pasada, esta revista organizó una encuesta a la que respondieron 1.000 personas en diversas áreas de la Capital.

La pregunta contenía tres hipótesis:

- El Presidente Illia concluyó su mandato.
- Se han celebrado elecciones; ningún partido fue proscrito.

- El candidato radical fue Ricardo Balbín; los peronistas votaron por un candidato "potable"; ejemplo: Rodolfo Tecera del Franco (entonces, Vicepresidente de la Cámara de Diputados); hubo también una candidatura independiente: la de Juan Carlos Onganía.

Se deseaba saber:

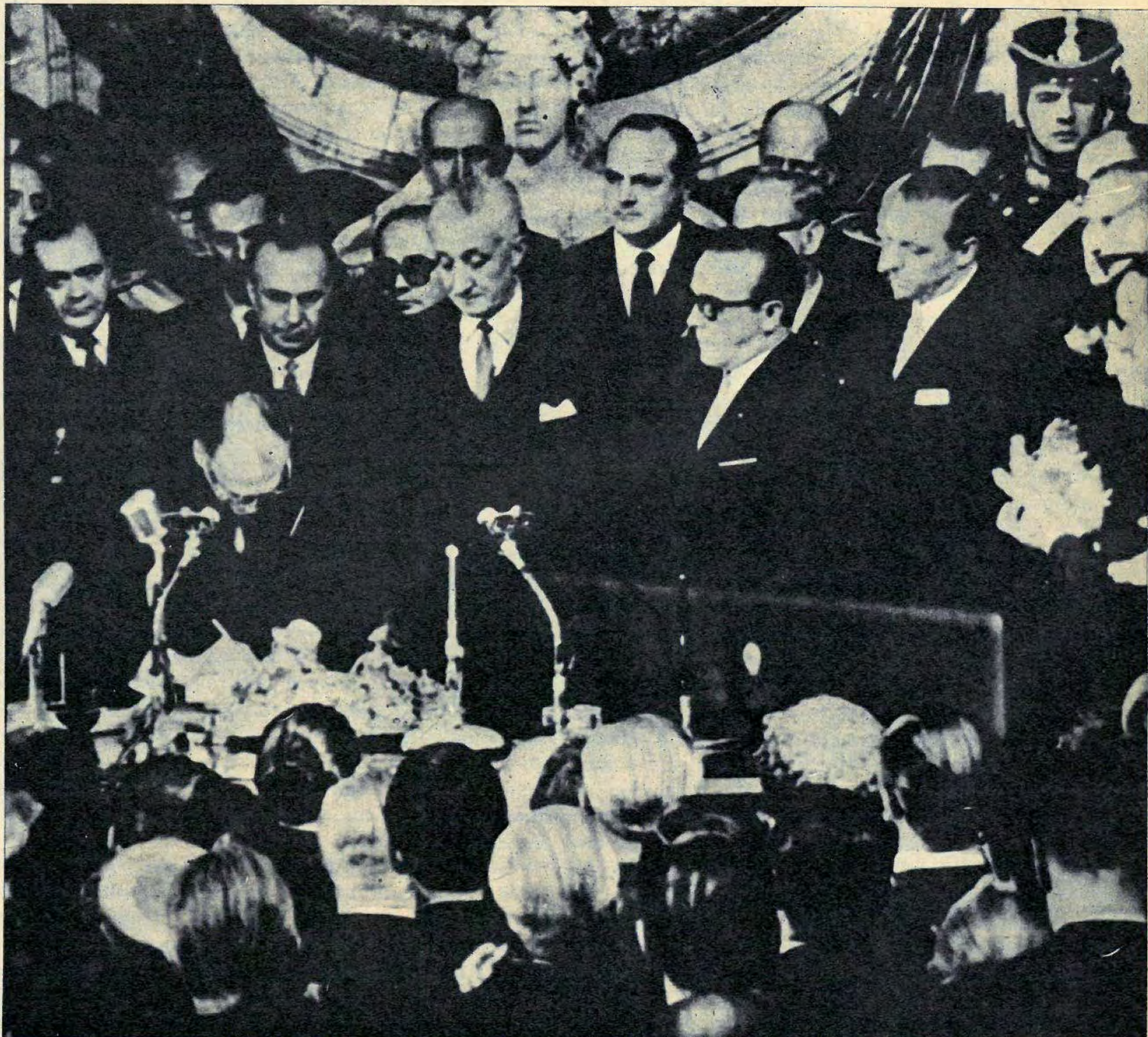
- Sin tener en cuenta sus preferencias, ¿quién supone usted que hubiera triunfado?

- La situación del país, ¿sería mejor o peor que en la actualidad?

Los resultados no podrían ser más claros:

- La candidatura de Onganía (en 1969) recogió el 43 por ciento de la opinión; la peronista el 40, la radical el 5.

(La mayor disposición hacia Onganía se registró



“Si no tuviera el proyecto otra recomendación sino que van a morir los partidos, sería para mí suficiente para votar por él, porque yo no quisiera partidos. Las necesidades de la época me imponen el deber de afiliarme a uno; pero los dictados de mi conciencia me dicen, como argentino, que no debe haber partidos que dividan a la sociedad. Si pudiera haber un rincón de la República donde no existieran partidos, allí sería la residencia obligada de todos los hombres honrados, de todos los que quieran con sinceridad el bienestar de la patria”.



JOSE HERNANDEZ, Debate sobre la capitalización de Buenos Aires, 1880.

en los círculos de industriales y comerciantes: casi el 70 por ciento; entre empleados llegó al 42 por ciento; entre profesionales, al 41; entre estudiantes, al 39; entre obreros, al 38). La inclinación hacia el candidato peronista fue mayor entre los estudiantes (48 por ciento) que entre los obreros (45).

● El 80 por ciento coincidió en que, si Illia hubiese terminado su período, el país estaría mejor.

Nada prueba que esos 1.000 ciudadanos representen a la mayoría (ni, por supuesto, que la mayoría tenga razón): sólo está claro que, para el grupo encuestado, ninguno de los dos partidos mayoritarios podría evitar el triunfo de un *outsider*, pero que éste ha malogrado aquella seguridad de presidir un Gobierno constitucional. Una seguridad que podía permitirse, también, en 1963, después de sus dos victorias militares sobre la fracción “gorila” del Ejército; entonces, inexplicablemente, la desdénó.

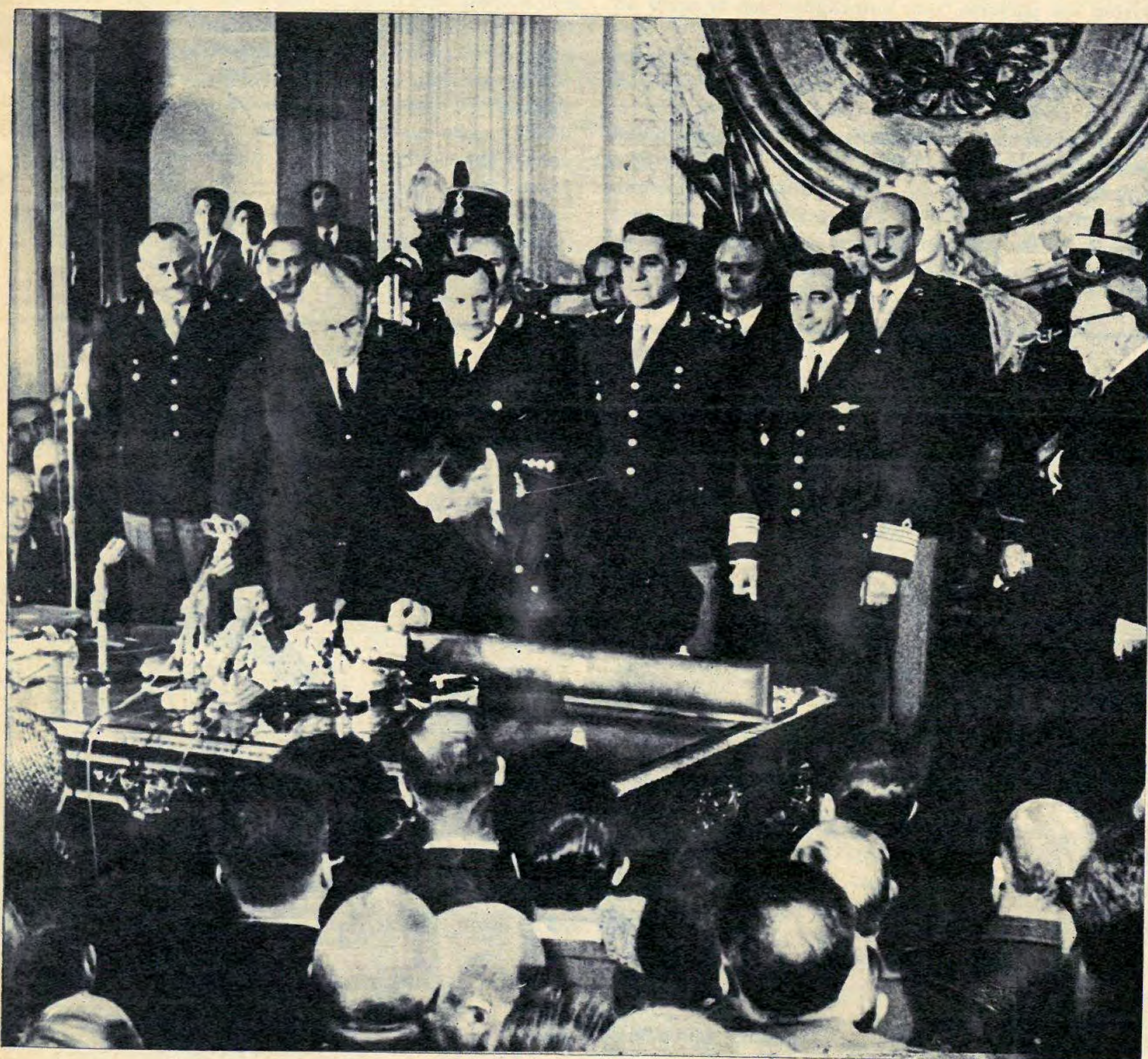
Que un desconocido, un recién llegado, un hombre cuyas ideas no conocía nadie, fuera el mejor candidato posible contra dos partidos de acreditada versación electoral, significa, al parecer, que ni esos dos partidos ni otro alguno merecen una confianza ciega del pueblo argentino, el cual sabe pronunciarse con la misma independencia que en 1945: sólo que en

aquella oportunidad un 4 % de los electores fue sobornado por un Decreto preelectoral (el 33302), mientras que en esta ocasión el voto sería desinteresado.

Pero la maciza mayoría que considera negativa la experiencia actual, y que acaso optaría por el antiguo régimen, autoriza a sospechar que, en definitiva, el Gobierno Onganía habrá servido para otorgar a los partidos una especie de sobrevida; y, si somos suspicaces, concluiremos que su ausentismo de los últimos tres años fue previsto y querido por ellos. En otros términos, que les convenía un Gobierno de fuerza para provocar, como reacción, cierta nostalgia del pueblo argentino por un sistema ahistórico, insípido, mediocre, pero que dejaba vivir a todos.

Es injusto, por cierto, atribuir a sus acólitos semejante capacidad de previsión; su inteligencia no tiene nada de diabólica. Sin embargo, es evidente que hoy coinciden en declarar agotada la experiencia que los marginó. Estiman que la opinión, aleccionada por las frustraciones de los últimos tres años, está madura para aceptar lo que entonces rechazaba. La inercia es una fuerza terrible: cuando A no sirve y B tampoco, los pueblos no van hacia C, sino que retornan a A.

Todos los indicios que desprende la actualidad política —ver las páginas 6 y 7— corroboran este análisis.



29 de junio de 1966: Onganía toma por el atajo.



Lanusse: “Cuanto antes”.

La "rentrée" de la clase política

La semana pasada, el Comandante en Jefe del Ejército, general Alejandro Lanusse, formuló copiosas declaraciones en Washington. Incurrió, con ruda franqueza de soldado, en materia de política exterior; pero los puntos más comentados de su conferencia de prensa se refieren a la situación interna, tema que no es costumbre argentina abordar desde el extranjero.

Desmintió, con énfasis, que el Presidente Onganía se haya propuesto mantenerse diez años en el poder. Textual: "El desarrollo del programa de ordenamiento y transformación, y el cumplimiento de sus objetivos, determinarán la oportunidad" de una consulta democrática. Puede ser menos de diez años, puede ser más, habrá pensado su interlocutor norteamericano. El general aventó esa suspicacia: "Cuanto antes", dijo.

En todo caso, se trata de "llevar el proceso a los tradicionales cauces políticos argentinos, con absoluta vigencia del Parlamento y los partidos"; esto es, del sistema cuya obsolescencia motivó las revoluciones de los últimos años.

Pero la asidua intervención militar "no es interpretada por los civiles", cosa que ocurre también en otros países, acotó. "No hago cargos a nadie; creo que es culpa de nosotros, los militares", que no aciertan a hacerse entender.

Sus interlocutores daban por válida la hipótesis de que él apremia en favor de una "salida" política. Lanusse desmintió: "No existen discrepancias con el Presidente de la República". La intención de restablecer el juego institucional es compartida por ambos: lo que él estaba diciendo era "lo que le he oído decir" al general Onganía.

Efectivamente, si se atiende al más explícito pronunciamiento presidencial sobre este punto —el del 3 de setiembre último— no se registra la menor contradicción. Ese día, ante 90 jefes de las tres armas convocados por la Junta de Comandantes, dijo el Presidente:

"La salida política de la Revolución Argentina estará en un todo de acuerdo con las tradiciones democráticas del país. Será con Constitución, Parlamento y partidos políticos. La duración del tiempo social que la precede, no se vincula con plazos, sino con la obtención de los objetivos previstos".

No hubo versión oficial, pero todos los diarios y revistas, sugestivamente, reprodujeron estas frases en forma idéntica. Y si bien la consulta al soberano se alejaba hasta el día en que un solo hombre considerase que los objetivos propuestos se han alcanzado, pareció, por un momento, que se desataba el tiempo político.

Pero eran frases demasiado vagas, y un certero editorial de *La Prensa* concretó las dudas pendientes. ¿Qué Constitución, con qué ley electoral, con cuáles partidos? Y sobre todo, ¿en qué plazo?

El Gobierno respondió con un escueto comunicado. Sí, el Presidente quiso decir: "Con la Constitución" [del 53], como quería *La Prensa*. Pero el 11 de setiembre, recibiendo a los periodistas, volvió a ser elusivo: "Nosotros no hemos considerado la posibilidad que pudiera presentarse con respecto a una reforma de la Constitución Nacional".

Los presentes quisieron saber "qué condiciones deberían darse" para que se abra la fase política, "de cuánto tiempo dispondrían las diversas corrientes de opinión para organizarse", bajo qué instrumentos legales actuarían. Y se enteraron de que esas condiciones "no pueden señalarse a priori", porque "no siendo el mal puramente político", es preciso, antes, "organizar la comunidad, estructurarla".

¿Qué significa esto? El pensamiento de Onganía puede rastrearse en otro pasaje de aquella conferencia de prensa: "La comunidad debe satisfacerse por sí misma; el Estado debe ser un órgano supletorio; intervenir cuando la comunidad no puede dotarse por sí misma". Más concretamente: la comunidad "debe estar organizada para bastarse a sí misma. Debe tener sus organizaciones; las tiene, pero son organizaciones viejas; no responden a la dinámica que tiene que tener una sociedad moderna, casi industrial".

Por lo tanto, "se quiere —lo quiere él— que haya una gran representatividad". No sólo: es preciso corregir "la falta de capacidad técnica de la organización como organización en sí". Pues los problemas "no se pueden tratar hoy en la misma forma simple como se trataban antes; hay que enfocarlos con una dosis de técnica muy elevada". En definitiva: "La organización debe tener su instrumento técnico para poder contar con la representatividad suficiente". Ese instrumento técnico son los Consejos asesores (provinciales y municipales) y las múltiples comisiones que se formarán en cada Ministerio o Secretaría (sistema puesto en vigor, por directiva presidencial, el 1º de setiembre último). Todos con voz, pero sin voto, pues el planeamiento corresponde a los expertos y la decisión a las autoridades. En realidad, se trata de dar organicidad al derecho de petición, consagrado por la Constitución Nacional.

Todos contra uno

Para cierta parcela de la opinión pública, habitualmente prevenida contra todo propósito de reforma institucional, estos planes son demasiado brumosos, ambiguos y, sobre todo, lejanos. Si bien no pueden detectar una contradicción expresa entre los pronunciamientos públicos del Presidente y del Comandante, señalan dos leves peculiaridades:

- Lanusse dijo: "Cuanto antes"; Onganía no.
- Onganía insiste sobre la necesidad previa del desarrollo comunitario; Lanusse no emplea ese lenguaje.

Y, sin más elementos de juicio, imaginan que uno de ellos desearía la vuelta a los "cauces tradicionales", mientras que el otro abrigaría ciertas intenciones reformistas y dilatorias. En la política argentina —recuerdan— es tradicional que los jefes de cada Revolución disientan en cuanto al ritmo y a la hondura del proceso, y citan los precedentes de Uriburu y Justo, Ramírez y Perón, Lonardi y Aramburu.

La convulsión social que se cernía sobre el país a principios de octubre tornó inactuales, al parecer, estas especulaciones propias del tiempo político. Sin embargo, la impaciencia del sector liberal encontró un estímulo en el temido enfrentamiento entre las Fuerzas Armadas y la CGT. Esto sucede —se dice— porque no existen los partidos, que amortiguan los choques sociales.

Toda la clase política se sintió reconfortada, vengada de los desaires sufridos en los últimos tres años. El país no podía prescindir de ella. La Revolución no supo inventar nada para ocupar su sitio. Unas breves vacaciones le han permitido —como en 1932, 58 y 63— aspirar a la restauración. Nada ha pasado aquí, todo vuelve como antes.

Hasta el frondizismo, que en este lapso se declaró "revolucionario" —como suelen hacer los que andan

escasos de votos, calumnian sus primos radicales— parece aceptar ahora que se restituya la virginidad a la manoseada Constitución alberdiana. Ese grupo desconoció la reforma del 57 y luego la admitió desde el Gobierno; del mismo modo, ya añora el Estado de Derecho cuyo panegírico hacía continuamente Frondizi *in altri tempi*. Es verdad que su gente no padece la misma impaciencia electoral que la de Ricardo Balbín; esto se debe —nueva calumnia— al hecho de que tiene embutidos una buena cantidad de adeptos en el Gobierno nacional y en no pocas provincias.

En *Clarín* (jefe de redacción: Oscar Camilión, frondizista), ese giro se lleva a cabo con ejemplar sutileza. Un titular a toda página, el martes pasado, subraya: "Lanusse: Soy partidario del retorno a la Constitución". Otro, de la misma extensión, anuncia: "Onganía: En 1970 se iniciará una década forestal" (en la inauguración de un Congreso de esa materia). No podía insinuarse mejor el contraste entre "apertura" y "quedantismo".

El editorial del miércoles aplaude la "ratificación democrática" del Comandante. Señala la coincidencia con la declaración del Presidente "ante un importante grupo de jefes y oficiales", pero no menciona la otra, destinada a los civiles. "Democracia como sistema político supone el voto popular, lo que es inseparable de la opción que presenta un sistema de partidos", desliza. "Estos supuestos son a veces omitidos en otras formulaciones (...) que responden a sistemas ajenos a nuestras tradiciones y modos de vida." Y más adelante: "Es oportuno reiterar que hay que volver 'cuanto antes' a un sistema fundado en el voto popular". La "organización de la comunidad" —como dice Onganía— no "crea condiciones para el florecimiento espontáneo de aquéllos" (sin duda, los partidos).

El jueves, *Clarín* denuncia con precisión que la causa del malestar social reside en una política económica meramente estabilizadora: "La tasa de acumulación de capital dista de haber alcanzado los niveles óptimos de hace ocho años" (en 1961, cuando fluían por la República ríos de leche y miel). Pregunta: "¿Qué puede pasar si, por falta de consenso futuro, esa armonía [la armonía social], se ve perturbada?" *Clarín* olvida que apoyó la política de Krieger Vasena, al tiempo que Frondizi —tal vez por aquéllo de la división del trabajo— preveía su fracaso.

Por su parte, *La Prensa* tomaba a su cargo la refutación del discurso de Onganía en Balcarce (20 de octubre), a propósito de "la democracia social". "Parece obvio que la democracia «política», anatematizada por el Presidente, es la establecida en nuestro país por la Constitución de 1853-60." En ella, "la participación no existe". "La soberanía reside en el pueblo, y por lo tanto (sic) el pueblo no participa del Gobierno; lo ejerce en su totalidad —que es muy distinto— por medio de sus representantes." "En la «democracia social» la integración es material e ineludible, y surge como consecuencia de la disolución del individuo dentro de la comunidad." Y el remate: "La democracia social es una variante oportunista de la social-democracia, la cual no es sino «una atenuación táctica del socialismo», que «se distingue del comunismo por sus medios, pero no por sus fines». Nunca se había sugerido que el Presidente Onganía no fuera "occidental y cristiano".

El sábado, *La Nación* se incorporaba al coro de los impacientes: "Cuanto antes", titulaba su comentario político semanal. ⊖



Voto voluntario.

Libretas a 1 peso el kilo.

Contigo empanadas y vino.

El traslado de las urnas.



Homenaje al Presidente Justo: El eterno retorno.

La comezón del cuarto año

En la misma semana en que el general Lanusse comentaba la política argentina desde Washington —y en que se cumplía el término del mandato electoral de Arturo Illia—, los voceros del liberalismo han producido una llamativa serie de hechos:

- El Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires reprocha también al “titular del Gobierno revolucionario” no haber distinguido, en el mismo discurso, el liberalismo económico del político. En el primer caso, “sería razonable reconocer su escasa vigencia actual”; pero no puede disimular su inquietud si “esa condenación engloba a nuestro liberalismo político de esencia constitucional”. Confundir ambos términos es “hablar el mismo idioma de sistemas políticos condenados y proyectar la consagración de un régimen que repudia toda la Nación”.

- “¿Cómo ve usted la salida política?”, ha comenzado a preguntar, entre los dirigentes de los disueltos partidos, una entidad llamada Equipos Nacionales para el Cambio (?). Su creador, el aramburista Héctor R. Sandler, entiende que “no hay más democracia que a través de partidos políticos, como organizaciones aptas para la constitución y renovación pacífica del poder público, pues ella asegura, además, la presencia del pueblo en las grandes decisiones, indispensable para lograr las reformas económicas y sociales que el país necesita”. Previene: “Quienes prometen esa solución en las palabras, pero no actúan en consecuencia, llevarán inexorablemente el caos al país. El pueblo tiene demandas políticas que este estado de frustración no satisface, y estallará de mil modos, contra todo sistema represivo que se quiera montar”.

- La mesa directiva del Comité Nacional del Radicalismo del Pueblo compró media página de publicidad en algunos diarios para formular sus “Bases mínimas o puntos de partida para la Reorganización Nacional”.

“Mientras llega el momento en que cada agrupación política —con ideas actualizadas y estructuras renovadas— pueda disputar las preferencias ciudadanas en la fecunda controversia doctrinaria, ha de abrirse una indispensable gestión provisoria, con otros protagonistas.” Para eso, les recuerda a las Fuerzas Armadas su “responsabilidad insoslayable dentro del proceso”; la “disciplina y subordinación está referida a la custodia del orden previsto en la Constitución”; no deben “apuntalar estructuras que niegan la existencia institucional de la República”.

- La Academia Nacional de la Historia celebró sesión de homenaje al centenario del Colegio Militar de la

Nación, en El Palomar; su presidente, Miguel Angel Cárcano, flanqueado por los generales Gustavo Martínez Zuviría —en representación del Comandante en Jefe— y Alcides López Aufranc, recordó a los militares que la politización del Ejército condujo a la derrota de Sipe-Sipe, y las sublevaciones de Fontezuela y Arequito trajeron la guerra civil y la dictadura.

“El orden —enseñó— se obtiene en un lento proceso evolutivo, cuando las crisis económicas y sociales son dominadas por un régimen legal, constituido por un conjunto de instituciones, poleas, engranajes y frenos.” Es cierto que “las eternas fuerzas del Mal se disfrazan con máscaras modernas; pero finalmente serán siempre vencidas —como en el poema de Milton— por las fuerzas del Bien”.

- El día siguiente —viernes 10—, todo se volvía aún más claro. Representantes de 11 promociones consecutivas de oficiales del Ejército se congregaron en el Palomar, al pie del busto a la memoria de un hombre que dirigió el Colegio Militar durante aquellos años. Era el general Agustín P. Justo.

La novia por turno

Desde 1952, el período presidencial, que era de seis años, pocas veces alcanza a la mitad: en el primero los argentinos hacen un generoso acto de fe; en el segundo, la pierden; en el tercero, aceptan cualquier cambio, sin convencerse de que es mejor soportar un Gobierno malo y castigarlo en las urnas.

Es que los partidos —ninguno posee más del 35 por ciento de los votos, y un inveterado prejuicio nacional impide los Gobiernos de coalición— no tienen fuerza para garantizar un período presidencial completo. De hecho, pues, se resignan a alternarse —cada tres años, más o menos— con Gobiernos militares.

Es lo que hicieron Frondizi e Illia; es lo que se intenta repetir. No hay la menor certeza de que un Presidente constitucional consiga, por fin, entregar el mando a un sucesor elegido por el pueblo, por más que los hechos sigan el curso indicado por la UCRP en sus Bases mínimas: por eso, sin duda, las llama mínimas.

Todos sabemos que los protagonistas de la política argentina son todavía las Fuerzas Armadas y las organizaciones gremiales (obreras y empresarias); como se malogró, al parecer, el entendimiento que se buscaba, vuelven los partidos, prometiendo interponerse entre ellas para evitar un desastre. Pero todos

sabemos también que, en cuanto alguna fracción del radicalismo, más o menos comprometida con expresiones liberales, penetre en la Casa Rosada, tendrá que enfrentarse con una masa hostil y, como en el pasado, cultivar humildemente la benevolencia de un protector militar.

¿Vale la pena intentarlo de nuevo? ¿O es uno de esos cambios que —como decía el Príncipe de Lampedusa— ayudan a dejar las cosas como están?

No se trata de secundar la habitual campaña nihilista contra la clase política. Aunque muchos no lo crean, en este país se desempeña con honor esa profesión; sus miembros pueden ser comparados sin desmedro con sus colegas extranjeros, su nivel intelectual no es desdeñable y casi todos mueren pobres. En todo caso, es necesaria, y cualquier empresa de reconstrucción institucional tiene que contar con ella.

Sin embargo, buena parte de los argentinos miran con poco entusiasmo las primeras maniobras de los partidos para copar una Revolución que suponen agotada. Cuidado, vuelven los partidos, se oye decir. Esa prevención casi instintiva merece ser analizada. Tal vez se llegue a la sorprendente conclusión de que, si el descrédito de los partidos y los políticos no está justificado, sí lo está el del sistema de los partidos, en cuanto no ha sabido —ni sabrá, al parecer— asegurar la vigencia del Estado representativo, republicano y federal, como lo quiere la Constitución y la unanimidad del país.

Los argentinos han visto, es cierto, que bajo los Gobiernos de fuerza se acentúan las tensiones sociales, con riesgo para el prestigio de las Fuerzas Armadas, última garantía del orden. Pero ése no es motivo para olvidar que los Gobiernos constitucionales han zozobrado bajo el peso de sus contradicciones políticas: son democráticos y se aprovechan de la proscripción de la mayoría. No han sabido vencer en las urnas a un partido que los factores de poder tendrán en penitencia un tiempo más. Esto es así, guste o no guste; y la sabiduría consiste no en ignorar las dificultades, ni en someterse a ellas, sino en contornealas.

Lo que motiva el recelo de la opinión ante la reaparición de los partidos es que, después de dos o tres años, regresarán otra vez las Fuerzas Armadas. Los políticos lo saben, pero se resignan a gozar de la novia por turno.

Esta coyuntura, tan original, plantea un desafío a la imaginación creadora de la clase política: se trata de descubrir una nueva fórmula de representación, más sincera, más seria. ¿Por qué no ha de ser la Argentina el país que ofrezca al mundo de habla hispana el modelo de una democracia congenial, válida para el siglo próximo? ⊖

LOS AUMENTOS DE DAGNINO

por Jorge Elorza
y Enrique Bugatti

—¡Se vienen los montoneros! —gemía tristemente Vicente Roqué—. ¡Sólo Vandor podía aguantar esto!

El viernes pasado, las fuerzas sindicales comenzaban a reagruparse en dos campos: por o contra la política salarial del Gobierno en los próximos dos años, anunciada en la víspera por el Ministro de Economía. Una quincena antes, la Comisión de los Veinte canceló la huelga general del 1º y 2 de octubre; una semana atrás, acompañada por los "participacionistas", había restablecido el diálogo con el Poder. Ahora, de pronto, ese complicado andamiaje parecía a punto de derrumbarse.

Las decisiones anunciadas eran las siguientes:

- 1) Aumento general de 3.000 pesos (sin descuento) a partir del 1º de noviembre.
- 2) Incremento del 7 por ciento en todos los salarios desde el 1º de marzo próximo.
- 3) Mejoramiento de las jubilaciones y pensiones a partir del 1º de enero: 8 por ciento.
- 4) Limitación de las Comisiones Paritarias, en adelante, a las cláusulas no salariales de los convenios.
- 5) Obras y servicios sociales de los sindicatos: contribuciones del 2 por ciento a cargo de los empleadores y 1 por ciento a cargo de los asalariados.
- 6) Creación del Consejo Nacional de Precios y Salarios (tripartito): fecha, 1º de noviembre.
- 7) Prohibición de trasladar estos aumentos a los precios, salvo en algunos casos (cuando el insumo de mano de obra supere el 25 por ciento del costo). Las empresas deberán comunicar por anticipado toda alteración de sus precios.
- 8) En la Administración Pública y empresas nacionales no habrá aumentos.
- 9) Los salarios quedan congelados durante dos años (31 de diciembre de 1971).
- 10) El Poder Ejecutivo podrá, sin embargo, acordar un reajuste, si un informe del Consejo Nacional de Precios y Salarios, en agosto de 1970, indicase un deterioro del salario real.

Este último punto —que corresponde al artículo 3º de la ley 18396— no fue mencionado en el discurso del Ministro, para desesperación de los líderes sindicales, que confiaban en su efecto sedante. Por el contrario, Dagnino había dicho: "La definición de la política de ingresos hasta fines de 1971 permite eliminar la incertidumbre y definir con claridad el marco de referencia para las decisiones de la empresa privada".

Para mitigar la decepción, la noche del viernes, el Presidente dirigió un imprevisto mensaje al país. "La Argentina —dijo— ha sido siempre, a través de toda

su historia, y a pesar de sus crisis, un ejemplo de cordura, de sensatez y seriedad." Sin embargo, "no hemos podido sustraernos al flagelo materialista". Pedía "fe y comprensión"; su Gobierno abrió el diálogo con todos los sectores, convencido de que "las fuerzas del trabajo requieren del Estado una protección particular", aunque "no demagógica ni paternalista"; si bien "las últimas disposiciones no satisfacen totalmente las exigencias de la mayoría de los obreros", ellos "deben considerar que lo que se distribuye hoy es lo que realmente el país está en condiciones de soportar".

Esto es rigurosamente cierto; pero sólo demuestra que era justificada la incredulidad con que se acogió el Plan Krieger Vasena, hace dos años. Ni los obreros reciben su premio, ni las empresas se capitalizaron en grado suficiente para participar en el desarrollo nacional. La política económica que entonces se adoptó, apenas ha servido para mantener al país en el umbral de la subsistencia: es una confesión oficial.

Lo que se desmoronaba el viernes último era un acuerdo tácito entre cierto sector del Gobierno (Trabajo) y el "vandorismo", para desviar la lucha iniciada por Córdoba en mayo hacia una vulgar cuestión salarial. Los trabajadores hubieran tolerado el congelamiento hasta 1969, pero se los tentó con un aumento de emergencia, con el fin de prolongarle la vida a la oligarquía sindical; a última hora, otro sector del Gobierno (Economía) aprovechó para congelar por dos años más.

Los montoneros es el mote que aplica la burocracia cegetista a los caudillos de las delegaciones regionales del interior; aun antes de los disturbios de mayo, en las más importantes, como Córdoba y Rosario, esos organismos han recuperado su unidad, superando las diferencias entre "vandoristas" y "ongaristas"; de hecho, viven al margen de la CGT, curiosamente toleradas por la Secretaría de Trabajo y los Gobiernos provinciales.

La interregional de Córdoba reunía el sábado un Congreso para organizar una Comisión Coordinadora Nacional que, de alguna manera, vendría a suplantar a la exhausta Mesa Directiva de las 62 Organizaciones como fuerza animadora de un nuevo sindicalismo. Algunos pensaban que el conclave asumiría un neto color "ongarista", estimulado por una carta de Juan Perón que condena a la Comisión de los Veinte y exalta la figura del encarcelado Raimundo Ongaro. La tendencia más sensata prefería, en cambio, fortalecer al Bloque del Interior, sin desechar las vías de la negociación.

Las 62, por su parte, deliberaban en la Unión Obre-

ra Metalúrgica, donde hace 90 días fueron velados los restos de Augusto T. Vandor. Estaban representadas 35 delegaciones (son 95 en todo el país). Se dijo que Perón aprobaría la conducta de la Comisión de los Veinte al levantar el paro de los primeros días de octubre; esta hipótesis, reñida con la carta que circulaba en Córdoba, decidió la votación por 54 a 4. Sin embargo, no hubo un solo discurso que no criticase con violencia el magro aumento de salarios; se condenó la política económica del Gobierno y se exigió la unidad del movimiento obrero.

La CGT intenta preservar su estructura legal, pero sus organizaciones locales —los montoneros— se preparan a continuar la lucha en los términos en que estaba planteada anteriormente.

Tribulaciones de un Ministro

El domingo antepasado, cuando llegó con tres días de anticipación sobre la fecha prevista, la jovialidad de José María Dagnino Pastore encubría una íntima inquietud. Esquivó a los periodistas con desgano: "Habrá que tener en cuenta muchos factores", dijo.

¿Qué había sucedido durante su ausencia? Las agencias de prensa insinuaban que los 32 sindicalistas recibidos en la Casa Rosada el viernes 3 se ufanaron de haber conmovido, en cierta medida, la fe presidencial en la política de estabilidad monetaria.

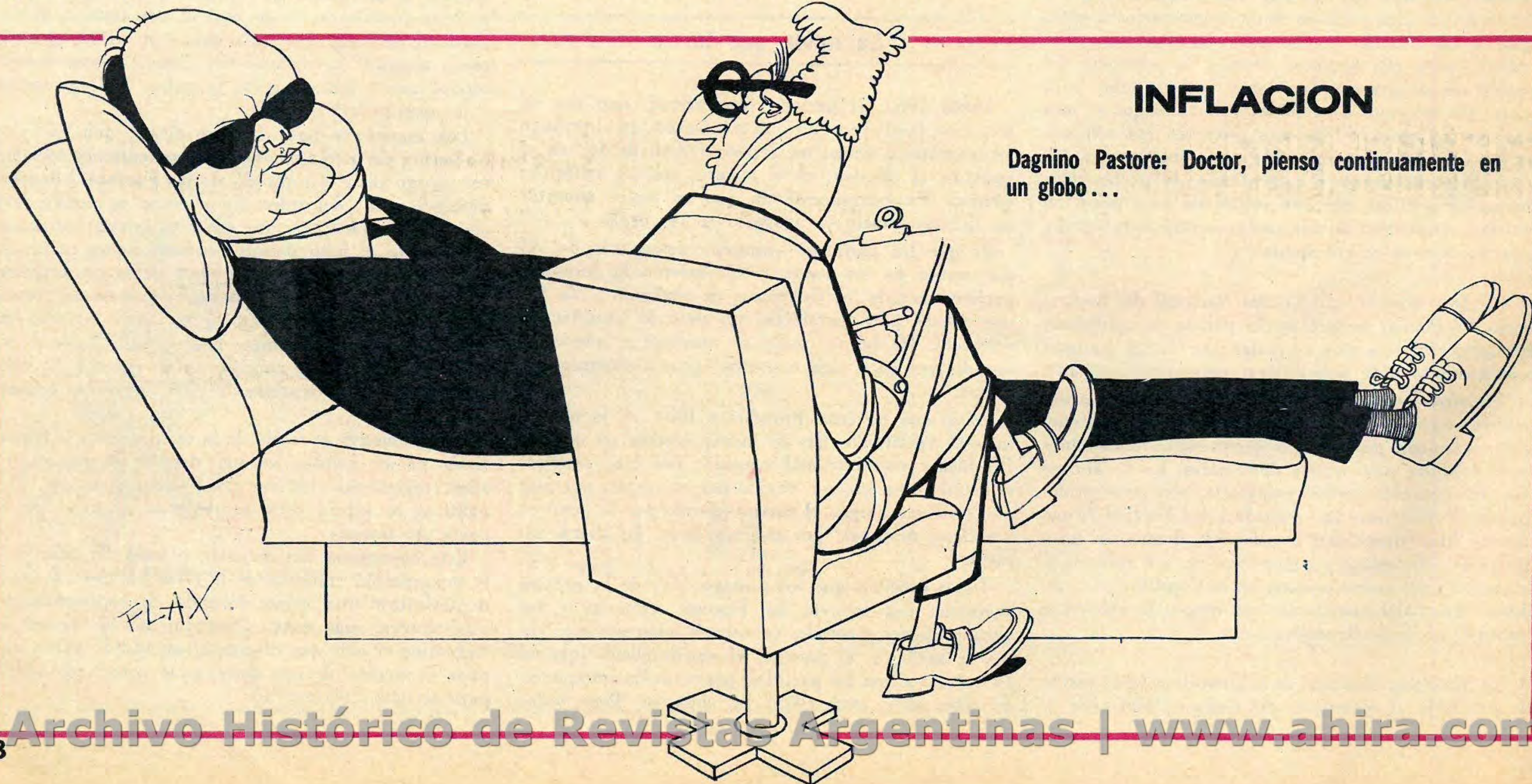
El mayor Jorge Alberto Schilling, Coordinador del Ministerio, le telefoneaba: "No, hombre; cómo se te ocurre; el Presidente no te va a abandonar". El Subsecretario Enrique Folcini, que debe su nombramiento a Krieger Vasena, contribuyó a devolverle ánimos.

Dos horas después de su llegada, a las 11, los reunió en su casa de Florida; después de almorzar, deliberaron hasta las 19. Cada uno le presentó su informe; armaron un plan; quedaba definida una tendencia. La premisa básica: preservar la estabilidad alcanzada.

Esa misma noche se dirigió a la quinta de Olivos —con dos carpetas bajo el brazo— y dio cuenta a Onganía de sus gestiones en Washington. El Presidente le informó sobre su entrevista con los bonzos sindicales. Dagnino, nervioso, creyó oportuno ofrecer su renuncia, que fue desechada en el acto.

"Técnicamente —sostuvo entonces—, el aumento no debería superar el 10 por ciento." Onganía no hizo números: se limitó a decir que al criterio técnico debía sumarse el político.

El lunes citó en su despacho, a las 10, a Carlos Consigli, Ministro de Bienestar Social; a los Secreta-





Onganía, San Sebastián: ¿Tiene tanta importancia una diferencia de 500 pesos mensuales?

rios Rubens San Sebastián y Alfredo Cousido (Trabajo, Seguridad Social) y a Folcini. Vestía traje gris con chaleco, camisa blanca y corbata azul; pidió café a su secretaria y comenzó las consultas. Diez horas después —noche cerrada— salía del Ministerio afrontando el oleaje de los hombres de prensa: “Excúsenme, no puedo informar”. Volvía a la quinta presidencial, hacia la que confluieron también Consigli y San Sebastián. Cuando se marcharon, a la 1.30, la decisión ya había sido tomada, en lo esencial.

Llegó a su despacho el martes a las 9.10, vistiendo el mismo traje que la víspera. Don Luis Costa, el mayordomo que atiende hace 40 años a los Ministros de Economía, intuyó que ese día su jefe se jugaba el puesto. Pasaron el Subsecretario y el Coordinador. Dos horas más tarde, en la sala de periodistas, Schilling dejó caer dos palabras: “Ya está”.

A las 11, Dagnino y Consigli entraron en la Casa Rosada. A las 12.15, el Ministro volvía a pie al Ministerio, siempre con sus dos carpetas bajo el brazo.

La reunión de Gabinete, por la tarde, se extendió de las 18.20 a las 23.20. Expuso largamente: se mostró celoso defensor de la estabilidad monetaria; la fórmula propuesta —añadió— permitiría satisfacer el requerimiento de los sindicalistas sin comprometer el esfuerzo nacional.

Los sindicalistas pedían 4.000 pesos desde octubre y el 10 por ciento desde el 1º de enero: alguien prometió conseguirles ese botín y San Sebastián quedó amoscado. Durante dos días estuvo revisando sus estadísticas. Pero el martes por la noche, Roqué y Coronel, alarmados, fueron a verlo. “Yo estoy de acuerdo con ese aumento —les dijo—. Pero no sé si camina; los muchachos de Economía se han puesto duros.” Los sindicalistas se encomendaron a él. “Otra vez —los reprendió al despedirse— no entreguen el cheque en blanco a negociadores paralelos.”

Ahora, en el Gabinete, Dagnino y San Sebastián llevan la voz cantante. Hay que salvar —dice uno— el 6 por ciento de crecimiento del Producto Bruto; aumentar en 12 por ciento los salarios es correr hacia una devaluación. El otro se retira a una segunda línea de defensa —3.500 y el 10 por ciento desde febrero—: no hay acuerdo. Otra retirada: 3.500 y el 10 por ciento desde marzo. Tampoco.

Consigli está mudo; el Canciller Martín se entromete, con escasa convicción; inesperadamente, Cáceres Monié (Defensa) toma partido por la tercera fórmula. Según parece, el general Lanusse le habría comentado hace poco: “Claro, hay que cuidar el Producto Bruto; pero esto la gente no lo entiende. ¿Qué se le dice a un teniente que gana 37.000 pesos?”

Por fin, San Sebastián decide “quedarse en el molde”. No puede oponerse al Ministro, de quien depende su Secretaría.

“Es poco: no va a servir”

Miércoles, 9.30. Dagnino lucía un ambo color claro, la misma corbata azul y calzado marrón. Como había desayunado en su casa, no aceptó el café ofrecido. Una conferencia con Schilling, otra con Folcini; telefonazos a Consigli y San Sebastián. A mediodía, los cuatro le hacían una visita. Vinieron también funcionarios del Banco Central y del Instituto Nacional de Estadística y Censos; se sirvieron unos diez cafés.

A las 13.15, Dagnino y sus allegados pasaron al comedor del Ministerio: el almuerzo duró 45 minutos. Por la tarde, revisó los anteproyectos que le habían entregado Folcini y San Sebastián; Schilling lo ayudó a preparar el mensaje que debía leer al día siguiente: el borrador tenía unas 20 carillas.

La Unión Industrial Argentina había solicitado una entrevista urgente: hubo que invitarla, juntamente con la Confederación General Económica. A las 18.30 llegaron las dos delegaciones, conducidas por José Enquin (vicepresidente de UIA) y Pedro Cristiá (presidente de CGE).

Dagnino les explicó que el sector empresario debía tomar su parte en el sacrificio; la UIA dudaba de que pudieran absorber los aumentos; en cambio, Cristiá diría a PERISCOPIO: “Las empresas atraviesan una difícil coyuntura; el Gobierno lo sabe. Pero nosotros conocemos, también, la situación de los trabajadores, y queremos contribuir a la distensión social”.

Poco después de las 19, los industriales partían hacia Olivos: detrás de ellos llegó el Ministro con su chofer. Onganía los recibió con familiaridad. “Estaba más cordial que de costumbre; parecía otro.” Les tenía preparadas ocho sillas; como los de la CGE eran cuatro más que los de la UIA, él mismo arrimó las que faltaban.

Habló de la paz social, de la unidad nacional, del futuro del país; tendrían que absorber los aumentos. Ensalzó la unidad obrera y empresaria. “A mí no me interesa que la UIA y la CGE se unan; lo que quiero es que se pongan de acuerdo cuando pidan algo.” Un dirigente comentó más tarde: “No podíamos enojarnos. Estamos frente a una realidad”.



Enquin: “Frente a una realidad”.

En la noche, los periodistas acechaban la salida de los automóviles. Enquin se había tranquilizado: “Haremos el esfuerzo necesario para apoyar la política salarial del Gobierno”. Cristiá se mostraba esquivo. Preguntado si se habían comprometido a no trasladar los aumentos a los costos, levantó los brazos: “Tendremos que afrontar un gran esfuerzo”. Dagnino se atajó: “Los detalles los daré por televisión mañana”.

Sin embargo, el Presidente no parecía convencido de haber resuelto bien. El jueves por la mañana llamó a San Sebastián. ¿Tenía tanta importancia una diferencia de 500 pesos por mes? En un salario de 20.000 pesos, no es tan poco como parece. Ese medio punto —teme el Secretario de Trabajo— puede desatar conflictos que los bonzos sindicales no conseguirán detener.

En la mañana del jueves, Dagnino y sus colaboradores inmediatos rehicieron dos veces el discurso. El Ministro había llegado a las 9.30 con traje oscuro y zapatos negros: “A tono con la ocasión”, se comentó en su secretaria privada. No hubo almuerzo ese día. A las 15.50, el mensaje estaba redactado; diez minutos más tarde, Dagnino fue introducido en el despacho de Onganía.

Entregó seis carillas mimeografiadas a dos espacios. El Presidente leyó, el ceño adusto, sin levantar la vista; la última página, dos veces. Por fin aprobó, y el Ministro se fue al Canal 7, a grabar el tape, que saldría al aire a las 21.

Aun antes de oírlo, Vicente Roqué y Rafael Coronel golpeaban a la puerta del Secretario de Difusión, coronel Luis Máximo Premoli. “Es poco; no va a servir”, dijeron. Al mismo tiempo, la Mesa de los Veinte emitió un comunicado: las cifras que habían trascendido “no cubren las exigencias mínimas a que aspiran los trabajadores”. Protestaba, sobre todo, por la exclusión de los servidores públicos.

Los participacionistas, en el Sindicato del Espectáculo Público adoptaban una actitud más filosófica. “El aumento no es malo —sentenció José Alonso—; pero no satisface. Hay que ver si realmente lo absorben o lo trasladan a los precios.” Se acicaló sus bigotazos y marchó hacia su Rambler Ambassador 900.

Cesáreo Melgarejo, presidente de La Fraternidad, declaraba a PERISCOPIO: “Doble decepción: primero, por la escasez del aumento; después, porque el porcentaje no se aplica hasta el 1º de marzo. A cambio de esto, se nos congelan los salarios por dos años. El clima social que ha de sobrevenir será responsabilidad única del Gobierno, que sigue cediendo a presiones antinacionales, sin valorar el sacrificio ilimitado que viene realizando la clase trabajadora”.

Vicente Roqué, secretario general de la Unión Obrera Molinera, planteó su “disconformidad absoluta”. “En las discusiones que hemos mantenido en los últimos días se han reconocido las necesidades de los trabajadores; a la hora de los hechos, eso se olvida”.

El viernes, la Mesa de los Veinte se reunió en México 2070, guarida de Roqué y su UOM. A las 13.10 habían convocado a reunión plenaria para el día 20, “a ver cómo reacciona la gente, primero”. Los Secretarios Generales deberán llevar mandato expreso de sus gremios sobre todos los puntos en discusión.

—¿Hacia dónde vamos?—, se preguntaba, ansioso, el vidriero Maximiano Castillo.

—A churrasquear —respondió el sodero Juan Racchini. ⊖



Cristiá: “Queremos contribuir”.



Sormani y el fusilamiento del primer gol. Todo Estudiantes tuvo media falta: Llegó tarde.

ESTUDIANTES: ¡TELECATAPLUM!

Desde el 20 de julio, el día en que Neil Armstrong apoyó su pie izquierdo en la Luna, los argentinos no habían vuelto a comprobar los fantásticos adelantos de la televisión. Fue la única sorpresa del miércoles último; quizás, alguna esperanza quedaba, pero cuando se abrió la imagen por Canal 13, a las 17, y apareció el esplendoroso estadio San Siro, en Milán, Italia, todo parecía difícilmente creíble: allí iban a jugar, Estudiantes de La Plata y Milan, la primera final por la copa Europea-Sudamericana de fútbol.

Al concluir el match, la triste actuación de Estudiantes cercenó cualquier asombro: acostumbró tanto a los aficionados de su patria, que sus trampas, sus torpezas, son extrañadas cuando no aparecen. En cuanto a la esperanza que abrazaban algunos optimistas, se sostenía en un concepto incuestionable: "Si siempre fue un desastre jugando al fútbol, pero ganó campeonatos y copas, ¿por qué no puede ocurrir lo mismo, ahora, que el equipo anda peor que nunca?"

Ricardo Arias y Norberto Longo presentaron, en Buenos Aires, una transmisión visualmente estupefanda. Desde Milán, Julio Ricardo se encargó de relatar y comentar el encuentro. Consideró correcto embanderarse con Estudiantes, mediante algunos excesos: "Argentina trata de mantener la pelota en su poder" (15 minutos); "Afortunadamente, no hay nadie [del Milan], y la lleva [la pelota] Malbernat" (21 minutos). Cuando se jugaban diez minutos del segundo tiempo y Estudiantes perdía por 2 a 0, avanzó Angelo Sormani; fue entonces cuando Julio Ricardo se olvidó de los comentaristas, el relato y los excesos, para vociferar: "Está Comblin en offside... esta Comblin en offside".

Arias quiso restañar las tres heridas estudiantiles —Milan ganó por 3 a 0— con apósitos autóctonos: "Los tres goles fueron convertidos por futbolistas sudamericanos". Era cierto: Néstor Comblin es un santafesino de Las Rosas; desconocido futbolísticamente en su patria, llegó a París en 1959, llevado por Amalfi Yeso, el brasileño que jugó por Boca Juniors; Sormani, brasileño, hace años que actúa en el fútbol italiano. Mal puede considerárselos —deportivamente— como un producto sudamericano.

En los primeros minutos del cotejo no fueron los dos scorers quienes generaron el estremecimiento de la defensa argentina; Pierino Pratti e Il bambino d'oro, Gianni Rivera, descalabraron a sus marcadores —Malbernat y Togneri—, pero tuvieron aliento y calidad para soportar los despiadados puntapiés que golpearon

por Luis Carlos Spinelli



El prodigio de la TV: La repetición del segundo tanto.



Sormani



Comblin



Pratti



Rivera

sus piernas. Fue una actitud incorrecta y eficaz: sobre los veinte minutos de juego, los frágiles Rivera y Pratti, machucados y doloridos, desaparecieron. En la pantalla, al menos, no se los veía.

Inopinadamente, Estudiantes tomó la iniciativa. Ya perdía por un gol: Sormani había cabeceado un centro de Pratti, mientras Aguirre Suárez, Poletti y Bilardo imaginaban que era imposible.

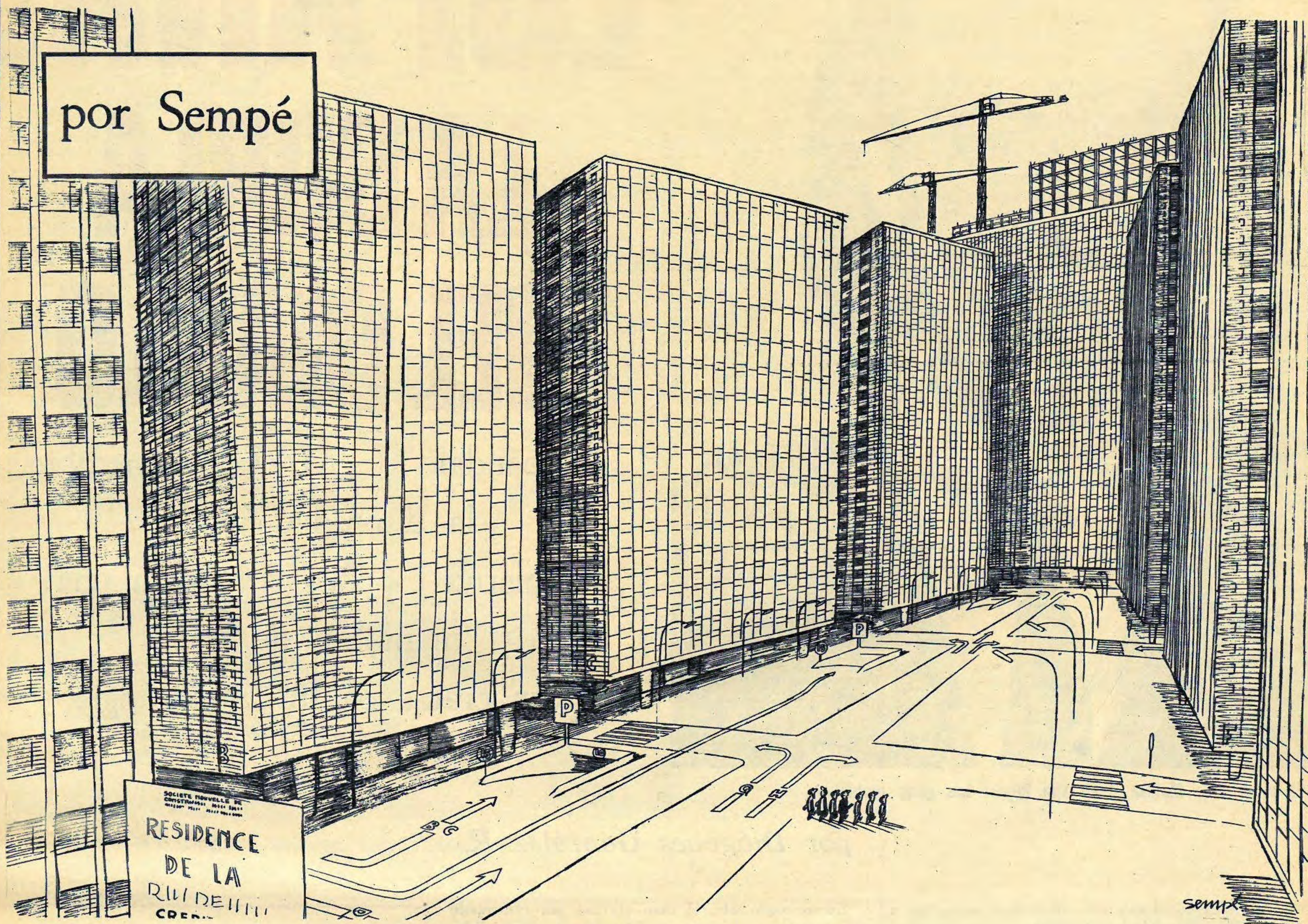
Estudiantes, tratando de jugar al fútbol, tiene la gracia de un rinoceronte en baby doll. Milan lo esperó con una formación defensiva que, es de esperar, fortificará durante el desquite en la cancha de Boca Juniors, el miércoles 22 del actual; entre el arquero y la línea de cuatro monotemáticos zagueros (perseguían a su hombre donde fuese), se estableció Saúl Malatrassi, un *libero* más *battidore* que nunca: rebotó, a lo ancho de la zona, los centros que Estudiantes ensayaba como último recurso de su impotencia.

Lo mejor de la primera etapa fue la asombrosa reiteración de los dos goles (sobre el final, Comblin anotó el segundo), inmediatamente después de convertidos, pero en cámara lenta y desde otro visor; las cámaras y los técnicos de la RAI otorgaron una clase de refinamiento y alto desarrollo.

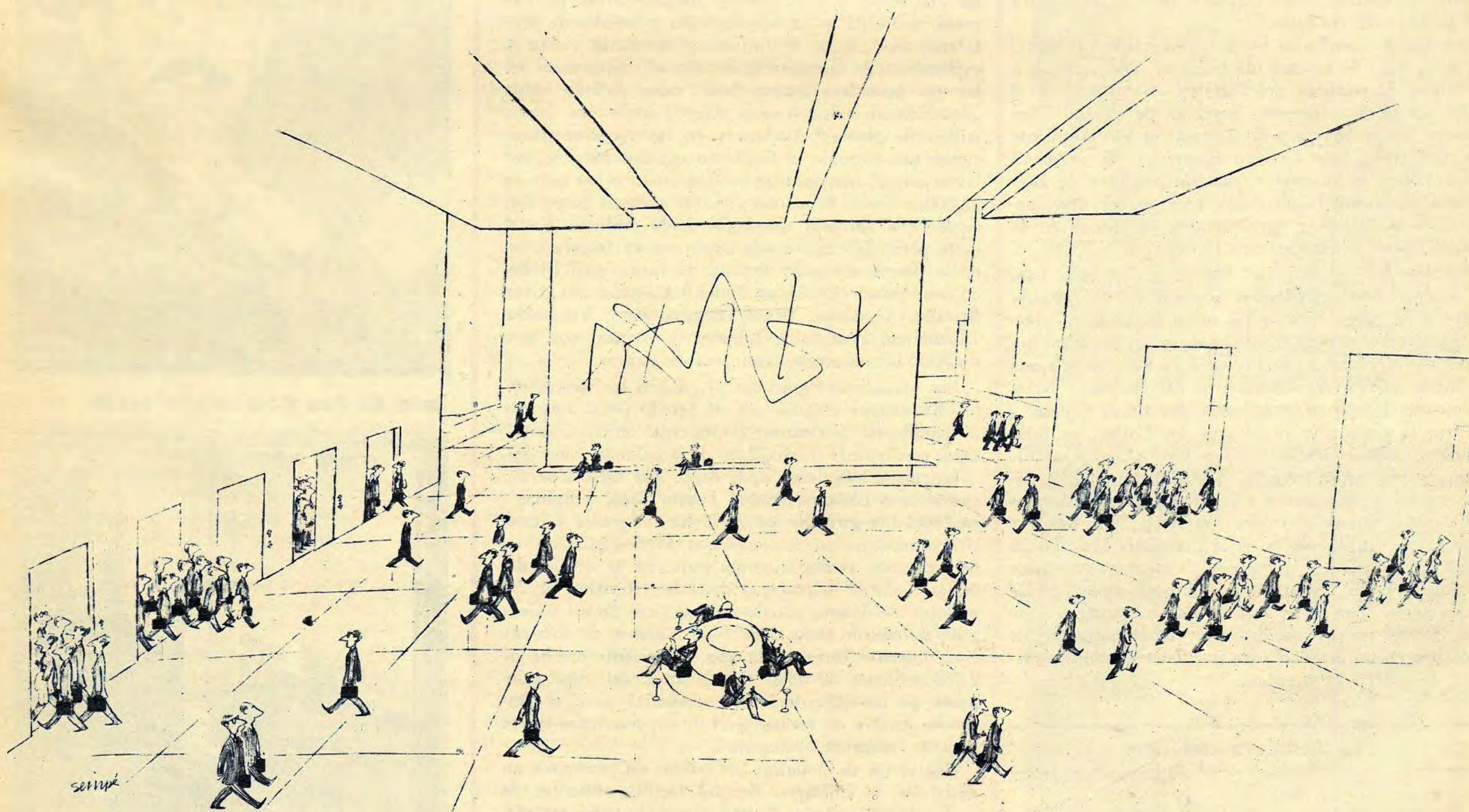
Cuarenta y cinco minutos más permaneció Estudiantes en el campo, amparado por atronantes silbatinas. Premeditaciones aparte, Poletti y Aguirre Suárez habían dado, a los treinta segundos de iniciado el partido, buenas razones: una botella cayó en el área de los argentinos; el back aprovechó la ocasión para tomarse la cabeza; Poletti inició allí su juego de las demoras, los malos entendidos, las confusiones, los equívocos.

El fútbol del campeón de la copa Libertadores de América era tan trabado, que hubo de aceptarse: los europeos son más hábiles que esta representación sudamericana. El técnico Zubeldía, antes de partir para Italia, ordenó: "No hay que llorar. Estudiantes es la única tabla de salvación del fútbol argentino, y hay que apoyarlo". Al regresar, como acostumbra hacerlo, se contradecirá. La caída de Estudiantes —desquite mediante— promete ser catastrófica. Si no le gana a Milan por tres goles, y obtiene así el derecho a un tercer encuentro, ya no habrá manera de utilizarlo como tabla, de evitar las lágrimas o de cobijarlo a su último puesto —sin puntos— en el campeonato Nacional. Algún día, el embrujo de que al fútbol se puede jugar mal y con pésimos ofiandes, debía desvanecerse.

por Sempé



—Lo importante sería crear un clima erótico.



—Entonces lo interrumpí y le dije: "No, no y no. No hay una regla general, sólo casos particulares".



El cerebro de Matesa, Juan Vilá Reyes: Los giros prohibidos.

ESPAÑA: LA BURLA DEL DIABLO

El escándalo de MATESA siembra la discordia en el Gobierno español y retarda una maniobra de los tecnócratas contra la Falange.

por Diógenes González R.

Nunca como este año, el bochorno hostigó a Madrid con parecida fuerza. En julio, mientras los 44 grados de calor hundían el asfalto en la Calle Ancha de San Bernardo, el Generalísimo Franco se obstinó en acrecer la temperatura política con uno de sus caprichos más esperados: el nombramiento de Su Alteza, el Príncipe Juan Carlos de Borbón como heredero suyo a la Jefatura del Estado. No era todo.

En agosto, cuando los funcionarios liaban sus bártulos para huir de la canícula hacia el Mediterráneo o el Norte, el estallido del "affaire" MATESA elevó el consumo de la refrescante horchata de chufas. Eran minutos de prueba para el régimen: el Vicepresidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco, y su principal colaborador, el Ministro Comisario del Plan de Desarrollo, Laureano López Rodó, optaron por desempacar. Se resignaban a consumir las vacaciones en la Capital, para reorganizar sus tácticas.

Es que los "tecnócratas" habían ganado una baza al ubicar a Juan Carlos en la sucesión; la segunda apuesta de López Rodó y los suyos consistía en obtener para estos días la constitución de un Gabinete homogéneo, del cual se excluyera a la Falange y a sus arcaicos sueños republicanos y nacionalistas. Notoriamente, el "caso MATESA" echó por tierra el plan.

Tras la ceremonia ritual ante las Cortes, en julio (cuando Franco ungió a Juan Carlos), el Caudillo acudió, como todos los años, a su Galicia natal, a pescar truchas y salmones, y a jugar al golf. A principios de agosto, fueron detenidos Fernando Vilá Reyes y Manuel Salvat, directores de la Compañía Maquinaria Textil del Norte de España —es decir, MATESA— para responder sobre "presuntas infracciones en asuntos de exportación"; un tercer miembro de la gerencia, Juan Vilá Reyes, no fue prendido: invocó la necesidad de recluirse en un hospital para una intervención quirúrgica de conclusiva urgencia.

La Quimera del Oro

Los españoles leyeron asombrados que MATESA adeudaba al Estado cerca de 10.000 millones de pesetas (50.000 millones de pesos), recibidos en los últimos cinco años bajo la forma de créditos para favorecer la exportación de telares sin lanzadera. Era un hecho sin memorias en una prensa que durante los últimos treinta años silenció o puso increíble cautela para informar o comentar sucesos que puedan afectar en algún modo la imagen de la Nación o del sistema.

Excepcionalmente, el caso MATESA era comentado sin cortapisas. La prensa falangista y sindicalista, "Arriba", "S. P." y "Pueblo", fueron los que más atención prestaron al asunto.

MATESA fue creada hace 13 años, con un capital de 200 millones de pesetas, representado en acciones cuya titularidad pertenecía a los hermanos Juan y Fernando Vilá Reyes y a su cuñado Manuel Salvat. La empresa, dedicada a "la investigación y estudio de problemas técnicos de la industria textil, la venta y explotación de maquinaria del ramo", fabrica un telar sin lanzadera marca Iwer, cuya patente había adquirido al rubro francés Ancet-Fayolle, por medio millón de pesetas. Amparada en las ventajas financieras que concede el Gobierno español para activar las exportaciones, MATESA recibió créditos por más de 13.000 millones de pesetas (65.000 millones de pesos), de los que tan sólo reembolsó 3.000 millones. En el corto plazo de cinco o seis años, con un ímpetu y un estilo desconocidos en España, el rubro creó filiales en once países (República Federal Alemana, USA, Gran Bretaña, Argentina, Brasil, México, Perú, Venezuela, Dinamarca, Portugal y Líbano) y contaba con más de 300 clientes en una treintena de países.

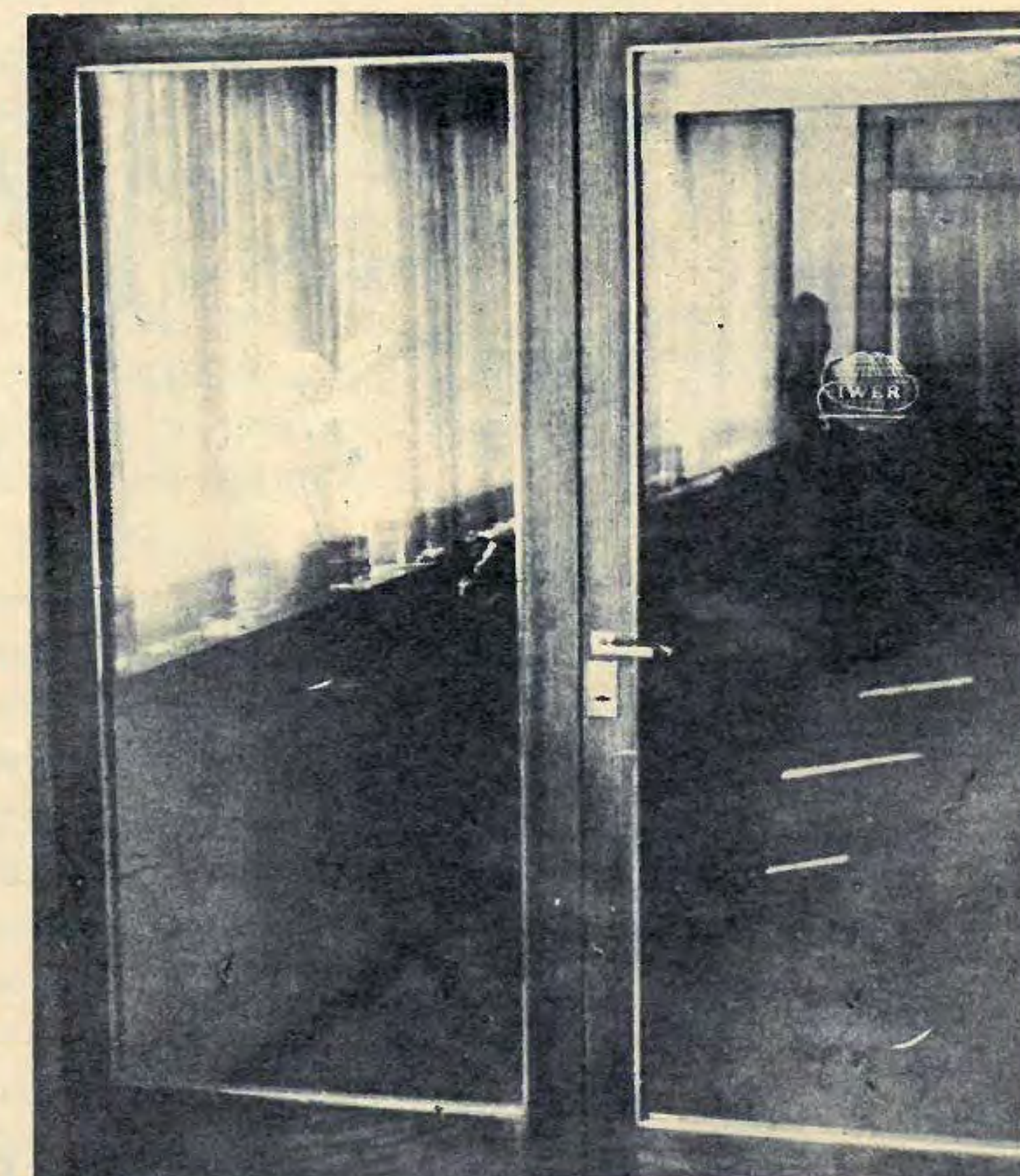
Los periódicos explicaron al público los instrumentos financieros creados por el Estado para fomentar la exportación y alcanzar el principal objetivo de política económica: el equilibrio de la balanza comercial.

La cuenta está desnivelada desde que España perdió sus últimas colonias (Cuba, Puerto Rico, Filipinas), en 1898. Los giros de los españoles emigrados a América contribuyeron a compensar el desequilibrio en los primeros treinta años del siglo. En la década del 60, la riada de divisas que siembra el turismo (1.200 millones de dólares anuales) y los giros de las nuevas generaciones de emigrantes (400 millones de dólares) contribuyen a cerrar cada año la creciente brecha de 2.000 millones de dólares, que surge del auge galopante de las importaciones, necesarias para el desarrollo, contra un escaso nivel de exportaciones que a lo lejos tratan de alcanzarlas.

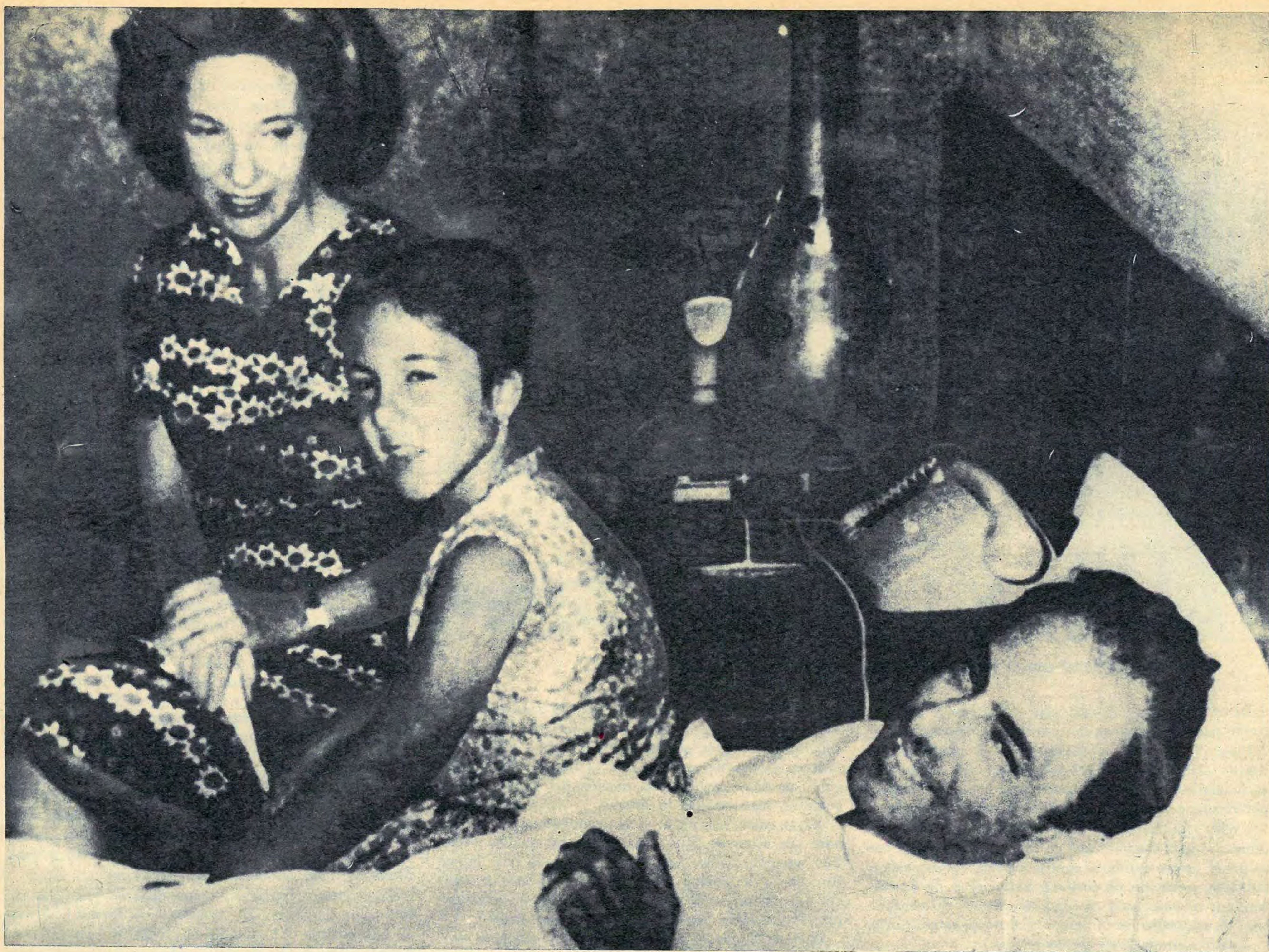
Con el fin de impulsar las salidas de productos industriales, el Gobierno español facilita adelantos de prefinanciación —sin límites legales de volumen, plazos o porcentajes— a las fábricas de buques, maquinaria y bienes de equipo. En algún caso, y "por considerarlo conveniente para la economía nacional", la cobertura puede llegar al ciento por ciento del valor. Además, el Estado presta dinero para sostener la venta a crédito en el exterior (pago aplazado en 5 años, a un interés del 4,5 por ciento, por el 80 por ciento del contrato de exportación), y anticipos de



Daniel Gil: Para él fue un golpe mortal.



Iwer, la distribuidora argentina.



Juan Vilá Reyes en el hospital, con familiares: "Sacar a España del atraso".

Matesa en Buenos Aires

Cuando el 13 de setiembre último falleció Daniel Manolo Gil, vicepresidente de Boca Juniors y titular de la antigua firma Francisco Gil S. A. I. C. I., sus amigos comentaron que, tanto como el mal físico que lo aquejaba, el "affaire Matesa" había contribuido a llevarlo a la tumba.

Es que, además de algunos millones de pesos, Daniel Gil había perdido también una gran ilusión. La empresa heredada de su padre por los hermanos Gil, no andaba bien. El negocio de la fabricación de bolsas se había venido a menos como consecuencia del creciente despacho de cereales a granel; el establecimiento avícola de Moreno, daba pérdida y sus operaciones cerealistas tampoco eran brillantes.

Que la situación antaño floreciente de la empresa se hubiera tornado delicada fue culpa, en gran medida de la mano siempre abierta de Manolo, quien no sabía decir "no" a los amigos. Dos muestras: a un periodista (a quien sólo conocía por sus ocasionales incursiones al palco de periodistas de la Bombonera) le salió de fiador en el alquiler de un departamento cuyas mensualidades quedaron impagas. Entre costas del juicio e intereses, Gil debió desembolsar cerca de un millón de pesos. A un viejo amigo con el que se sentía obligado, le avaló pagarés por decenas de millones de pesos y también tuvo que cubrirlo.

A principios de este año, el directorio de su propia empresa le exigió la renuncia al cargo de presidente. Y fue entonces cuando el negocio de los trescientos telares que le ofrecía Matesa (a un costo de 1.800 millones de pesos, financiados por un banco suizo) aparecieron como una salvación. De la alta productividad de su taller y del bajo costo en la fabricación de bolsas de todo tipo, esperaba Gil una rehabilitación.

Inició entonces la formación de una nueva firma, Textiles Francisco Gil S. A., con integrantes de Iwer del Plata S. A. (representantes de Matesa en Buenos Aires), y aportó cincuenta hectáreas de su establecimiento avícola de Moreno, con sus 25 mil metros cuadrados de construcción (adaptados al funcionamiento de los trescientos telares españoles). Además, solicitó y obtuvo una extensión de línea desde la usina de San Nicolás y un transformador, que debía instalar SEGBA. Pero al publicarse el "affaire Matesa", un gran golpe desplomó a Daniel Gil.

Por ahora, el doctor Ricardo Barbenza, abogado de

la casa Gil, es aún optimista. Cree que todo tendrá un final feliz "porque el Gobierno español no puede dejar morir a una firma como Matesa con la que ha ganado importantes mercados internacionales, compitiendo ventajosamente con las industrias alemana y estadounidense". Barbenza advirtió también que Francisco Gil S. A. I. C. I. "nada ha perdido aún, ya que todo es rescatable", pero aclaró, por las dudas, que él no fue apoderado en la operación de los telares.

Iwer del Plata S. A., con escritorios en Reconquista 468, séptimo piso, es la distribuidora de Matesa en Argentina, Paraguay y Uruguay. Constituida legalmente en febrero de 1968, en la primera Memoria (presentada en mayo último) exhibió un balance de 47.484.478 pesos. El capital suscripto era de 42 millones y el capital total autorizado de 70 millones, en acciones ordinarias. Ahora ha quedado acéfala, por la renuncia del directorio, que integraban, entre otros, Antonio A. Sturla (ex jugador de Boca), Carlos Travers, Juan C. Grosso y Rubén Sivadon.

"Como consecuencia de lo publicado aquí sobre Matesa, la venta se ha retraído y los negocios se han paralizado", se lamentó Juan A. Rey, de Iwer.

"En Buenos Aires se han firmado contratos por 800 telares", asegura Rey, aunque prefirió omitir detalles sobre las empresas que los compraron. Sólo exhibió una pequeña muestra: "En Uruguay la firma Cinca S. A. tiene doce telares de éstos trabajando; aquí la empresa Meller ha recibido ya nueve unidades".

"Los administradores oficiales Trillo y Zavalla, designados por el Gobierno español para intervenir en Matesa, de la que somos distribuidores, indicaron que continuaremos normalmente nuestras operaciones", agregó Rey. "Creo que aunque se llegue a aplicar sanciones a los directivos de la firma en España, Matesa seguirá actuando porque es muy importante para la economía de ese país. Iwer del Plata es totalmente ajena a lo que pasó en España", recalcó.

Mientras tanto, las extensas y lujosas oficinas de Iwer permanecen silenciosas y a media luz. Sólo Juan Antonio Rey y dos lindas recepcionistas aguardan por ahora la asamblea que puede traer nueva vida a la distribuidora de Matesa. Uno de los ascensoristas del edificio, en cambio, fue menos discreto y dio esta impresión: "Oh, hace un tiempo vinieron de España, hubo un gran lío y lo rajaron a Sturla". [G. B.]



Carrero Blanco: De vacaciones en Madrid.



López Rodó: Vencido antes de la pelea.



Vilá Reyes con el Ministro García Moncó (centro): "Yo les he advertido".

hasta el 30 por ciento del valor exportado el año anterior para "atenciones del capital circulante".

Para crear redes comerciales en el extranjero, el Estado ofrece hasta el 50 por ciento del capital que el industrial aplica al montar la red, y hasta un 20 por ciento del costo medio de formación de *stocks*.

Existe igualmente un muy amplio "seguro de créditos a la exportación" que garantiza al vendedor, con cargo al erario público, contra riesgos comerciales y políticos, elevación de costos y variaciones de tipo de cambio; además, está en vigor un seguro de prospección de mercados: si la perspectiva no es satisfactoria, el Estado sufraga parte de los gastos.

Juan Vilá Reyes, un simpático e imaginativo catalán de 43 años, se sirvió de todos estos instrumentos para lanzarse a una especulación ambiciosa destinada a forzar las puertas de los mercados industriales cerrados para España. Con un entusiasmo inusual abrió lujosas oficinas en una docena de países y ofreció sueldos deslumbrantes de 2.000 y 3.000 dólares a algunos de sus corresponsales de ultramar; también contribuyó con 20.000 dólares a la campaña electoral de Richard Nixon. El dinero que salía a torrentes de las arcas oficiales se destinaba sobre todo a la compra de participaciones en compañías textiles extranjeras. Para incrementar las ventas, MATESA ofrecía asistencia técnica y adquiría debentures en firmas interesadas en reemplazar su vieja maquinaria por telares sin lanzaderas Iwer. Lo cual tornaba necesario llevar a cabo suculentas transferencias ilegales de divisas; esos giros hicieron caer hace dos años a MATESA en las redes del Juzgado Especial de Delitos Monetarios, al comprobarse la evasión de 80 millones de pesetas (400 millones de pesos).

El lozano andaluz

Juan Vilá Reyes pagó una multa de 3 millones de pesetas y continuó siendo, para los tecnócratas españoles, el modelo del nuevo tipo de empresario. Sus oficinas e instalaciones industriales, en Pamplona y Barcelona —diseñadas con estilo de Hollywood—, eran mostradas con orgullo a los huéspedes extranjeros en visita oficial. Vilá Reyes sonreía desde la televisión y aparecía en los periódicos fotografiado junto a los Ministros. Impresionados por las instalaciones abiertas en Greenville (Carolina del Sur) por la "American Iwer Corporation", los arúspices del equipo económico gubernamental presionaron sobre la Banca privada para que siguiera el ejemplo de la caja oficial y otorgase créditos a quienes, desde España, llevaban una nueva técnica, incluso a los Estados Unidos de América. Ante las nerviosas y apremiantes invitaciones, los banqueros crearon una comisión para investigar lo que era y hacía MATESA. El resultado fue un informe confidencial y una circular remitida a todos los directores de sucursales de los grandes bancos: "No prestar ni una peseta a MATESA", rezaban.

Pero el Instituto de Crédito a Medio y Largo Plazo y el Banco de Crédito Industrial siguieron financiando, solitarios, a MATESA, convertida en la primera empresa industrial exportadora de España. A ella fueron destinados el 96 por ciento del total de los préstamos dispuestos para apoyar la exportación de la industria textil. Así, la compañía, embarcada cada vez en mayores operaciones —y que terminaba de adquirir la industria textil francesa Fatex, creadora del telar

Iwer, para quedarse con el control del mercado mundial—, necesitó cada vez más dinero. Una nueva solicitud de fondos por un total de 2.500 millones de dólares, destinada al parecer a la transferencia —ilegal— de cierta ayuda a la sección del Perú, en dificultades, hizo estallar la bomba.

En la carta, escrita a su abogado desde la prisión, hace dos semanas, Vilá Reyes reconoce que ha cometido irregularidades. Se defiende diciendo que "mientras no haya muchos empresarios dispuestos a venir como yo a la cárcel de Carabanchel por la grandeza del país, España no se recuperará de su atraso".

La nota alude a la existencia de un peligroso *dossier*, "que tengo a su disposición", el cual resume el texto de las conversaciones celebradas con el Ministro de Comercio el año pasado y en los primeros meses de 1969. Vilá Reyes asegura que "previendo situaciones como la actual" planteó al Ministro García Moncó "el problema de las inversiones en el exterior (redes comerciales, participaciones disimuladas en clientes a título de promoción de ventas). Todos cuantos problemas se nos han presentado y que por no estar previstos por la ley nos empujaban a situaciones fuera de ella, se discutieron larga y ampliamente con el Ministro", delata Vilá Reyes.

Desde el mes de abril, los Diputados sindicalistas comentaban, en los pasillos de las Cortes, la atención crediticia especial de que era objeto MATESA por parte de los tecnócratas del equipo económico. Semanas después, discretamente, el Ministerio de Hacienda nombró a dos de sus expertos, para que se encargaran de la intervención de la Sociedad. Los hermanos Vilá Reyes y su cuñado, el editor Salvat, a pesar de ser los accionistas mayoritarios, quedaron desplazados.

El escándalo financiero durmió en silencio hasta un caluroso día de agosto, cuando reventó en la prensa. El sector falangista del Gobierno —se dice en Madrid— lo habría sacado a la luz para frenar a los tecnócratas en su carrera hacia el control del Poder. "Quienes manejan las carteras económicas estarían comprometidos —por acción o por omisión— en el escándalo", gruñían los "camisas azules".



La protesta en Madrid: Estrofas contra Matesa.

El diario *movimientista* se pidió la renuncia de los Ministros económicos: dos días después cesaba de aparecer por haberse negado los créditos oficiales.

"El país necesita un nuevo equipo económico y un nuevo espíritu. La Nación precisa mejores administradores", hostilizó el Diputado sindicalista Serrats.

La opinión de falangistas y sindicalistas encontró apoyo en otros sectores; el economista Juan Sardá, profesor de la Universidad de Barcelona, dijo: "En el consejo de administración del Instituto de Crédito a Medio y Largo Plazo figuran todos los Subsecretarios de los Ministerios económicos, incluido el Ministro-comisario del Plan de Desarrollo, López Rodó. Los voluminosos créditos otorgados por el Instituto a MATESA, a partir de 1964, sin duda fueron objeto de múltiples exámenes".

El Pensamiento Navarro, único diario carlista, aulló desde Pamplona: "Es preciso citar por riguroso orden jerárquico a los aventureros de los negocios y en primer lugar a los Ministros que elogiaron repetidas veces las realizaciones del señor Vilá Reyes; a la Banca oficial que abrió las canillas del crédito; al sistema estatal de adelantos a la exportación".

La temperatura política subió al máximo en el ya caliginoso verano. El Consejo de Ministros, celebrado en el Pazo de Meirás, en Galicia, planteó de manera vibrante las diferencias entre el grupo tecnocrático y el falangista: se han ido agudizando a medida que Franco envejecía. Los Diputados falangistas y sindicalistas patrocinaron una reunión extraordinaria de las Cortes para tratar el caso y reunieron en tres semanas el *quórum* necesario: más de 130 firmas. El Gobierno arrugó el ceño: el hecho no había ocurrido nunca desde que, en 1943, Franco creó su Parlamento.

En los círculos políticos madrileños se comentaba que las posibilidades de los tecnócratas para constituir un gabinete "homogéneo", desplazando a los falangistas del Estado, se hacían cada vez más remotas. El andaluz José Solís, Presidente de la Organización Sindical y Secretario General del Movimiento Nacional, pisaba día a día más firme, secundado por el gallego Manuel Fraga, Ministro de Información.

Capitostes falangistas y tecnócratas se reunieron en el Palacio de la Trinidad —la casa de los sindicatos— en una comida que presidió el almirante Luis Carrero Blanco, Vicepresidente del Gobierno. Según una versión, José Solís, el anfitrión, habría insinuado la posibilidad de que salieran a la luz "otros casos MATESA", archivados; se creó entonces una situación incómoda para los Ministros del equipo económico, quienes durante largo tiempo ofrecieron una imagen de brillantes éxitos financieros.

La comida, que duró cinco horas y media, habría finalizado con una tregua entre los dos grupos, cuya meta consiste en heredar a Franco; los falangistas habrían aceptado poner sordina al *affaire* MATESA, a cambio de que los tecnócratas dejaran vía libre al proyecto de Ley Sindical, cuyo texto venían bloqueando desde hacía ocho meses.

José Solís es el patrocinador de esa nueva ley, que reemplazaría a la vigente desde 1940. Esta última, redactada al concluir la Guerra Civil, y cuando las potencias del Eje dominaban Europa, establece que las organizaciones verticales, unidas y obligatorias, agrupan a obreros y patronos y son una rama del Movimiento Nacional.

Los trabajadores "contribuyen a la potencia de la Patria ordenados en milicia" y los gremios no tienen como misión defenderlos, sino "hacer cumplir las directrices que el Estado dicte como supremo rector de la economía española".

Dúctil y hábil político, Solís, que está al frente de la Organización Sindical desde hace 17 años, ha olvidado los párrafos fascistas de la ley y ha ido llevando



Solís: En río revuelto pescó su ley de sindicatos.

a los gremios hacia caminos más democráticos. Las elecciones celebradas hace tres años fueron totalmente libres, a nivel de fábrica, e hicieron posible que hombres salidos de las filas clandestinas de la UGT socialista, de la CNT anarquista, de las Comisiones Obreras y de la AST cristiana ocupen cargos en la base.

El cuerpo legal pareció quedar arcaico y Solís desea uno nuevo para dar cara a la etapa posfranquista. La Organización Sindical agrupa en España a diez millones de trabajadores; posee un presupuesto anual de 20.000 millones de pesos y cuenta con 150 Diputados en las Cortes; asimismo, está representada en los cuerpos provinciales, municipios, y en los institutos económicos y asistenciales del Estado.

“Ejército, Iglesia y Sindicatos son los tres poderes de la España de hoy y de mañana”, comentó a PERIS-COPIO un hombre de negocios.

Sonrisas y Diamantes

Solís, que controla la maquinaria de la Organización Sindical, aspiraba a que una vez aprobada la nueva ley —en la que los gremios quedan desligados del Movimiento— el Congreso Sindical lo eligiese a él como titular. Su poder provendría entonces de las masas y no de la voluntad del Jefe del Estado, como ocurre ahora; podría hacer oír su propia voz en el Consejo de Ministros, y a través de sus Diputados, en las Cortes. Una fuerza peligrosa e incontrolable que los Ministros tecnócratas no querían aceptar.

En el armisticio transado en el Palacio de la Trinidad, al precio de MATESA, salió triunfante la “Ley Solís”, con una salvedad: el Presidente de la Organización Sindical, que se sentará en el Gabinete como Ministro, será impuesto por el Jefe del Estado.

El Consejo Ministerial, celebrado en el palacio de Ayete, sobre la bahía de San Sebastián, con el cual se cerró la temporada veraniega, fue el más largo desde 1947, en los difíciles años de la posguerra mundial: duró cuatro días y en los dos últimos estuvo presidido por Franco. El Ministro de Hacienda, Juan José Espinosa, leyó un informe de ciento cincuenta páginas sobre el desarrollo y la situación financiera de MATESA. Además de los 10.000 millones de pesetas que la compañía adeuda al Estado, debe otros mil millones a medio centenar de industrias del país vasco, que fabricaban piezas y accesorios del telar sin lanzadera Iwer. El cierre definitivo de la firma aventurera dejaría sin trabajo a seis mil operarios de estas industrias, amén de los mil quinientos empleados que guarece el taller de la compañía. El Ministro propuso la incautación de MATESA por el Estado a través del Instituto Nacional de Industrias, INI, organismo paraestatal. En un reciente caso similar —el de Manufacturas Metálicas Madrileñas—, el INI se hizo cargo de las voluminosas deudas. La propuesta fue rechazada por Franco, “al menos de momento y mientras no se aclaren los hechos”, dictaminó El Caudillo.

El otro tema central del prolongado Consejo de Ministros fue el proyecto de ley sindical, que se aprobó. Las Cortes lo estudiarían en el mes de noviembre. Solís estaba satisfecho el jueves 2 de octubre cuando conversó con los periodistas. Había ganado una batalla. Otra le espera, sin embargo, en las Cortes. Los Diputados de color social cristiano están dispuestos a oponerse a un proyecto que —dicen— no se ajusta a la doctrina de la Iglesia y al informe redactado no hace mucho por la OIT acerca de la situación sindical en España. Tenían el respaldo de los metalúrgicos navarros. La temperatura política seguía subiendo en España pese a los primeros fríos otoñales. ©

¿ES UD.

ROSISTA?

**SI LO ES,
DEBE SABER** que la más completa y documentada obra sobre revisionismo histórico es la historia del Dr. José María Rosa.

**SI NO LO ES,
TIENE HOY** la oportunidad de conocer un enfoque distinto de nuestra historia y poder así evaluar mejor su posición.



SOLICITE INFORMES A: **RELMU S. R. L.**

Mariano Acha 3168 - T. E. 63-3571 - Buenos Aires

5

NOMBRE

DOMICILIO PARTICULAR

LOCALIDAD

DOMICILIO COMERCIAL

LOCALIDAD

ROMMEL

SUS ULTIMOS DIAS

por Manfred Rommel

U n día, a mediados de agosto de 1944, me hallaba en mi batería, emplazada en las afueras de Ulm, cuando recibí una llamada telefónica de mi comandante: "Tu padre se encuentra en Herlingen y has sido asignado a su Plana Mayor. Partirás hoy mismo".

Un automóvil militar me llevó a Herlingen. Atravesamos la puerta del jardín y nos detuvimos frente a la casa. La sirvienta me abrió. Dejé mi mochila en el suelo, produciendo el acostumbrado tintineo, y apresuradamente me lavé las manos, pasando luego al estudio. Mi padre estaba sentado en un sillón, junto a una mesita para tomar café, con el ojo izquierdo cubierto por un vendaje negro. La parte izquierda de su cara había quedado estropeada por la explosión. Se levantó, vacilante, y nos saludamos.

—Estoy mejorando con mucha rapidez —dijo, contestando a mi pregunta—. Aún sufro dolores de cabeza, y mi ojo izquierdo sigue cerrado y sin movimiento, pero ya mejorará.

Nos sentamos, y vi cómo su expresión se volvía grave al volverse hacia mamá y continuar el relato de sus experiencias en Normandía. Aquella conversación, al igual que otras muchas, ha quedado grabada en mi memoria, y en ella confío al reproducirla.

—Mis funciones en Normandía —dijo— quedaban tan restringidas por Hitler, que igual las hubiera podido realizar un sargento mayor. Se interponía en todo y desaprobaba todas nuestras sugerencias. Al empezar, ingleses y americanos tenían sólo dos cabezas de puente: una muy débil en la península de Cotentin y otra más fuerte junto a Bayeux. Como es natural, deseábamos atacar la primera. Pero no, Hitler pensaba de otro modo. El mediocre y disperso ataque consiguiente quedó detenido desde sus comienzos. Si sacábamos a una División de su lugar, Hitler mandaba su inmediato regreso. Cuando ordenábamos "re-



El Zorro del Desierto, lo apodaron los ingleses.

sistir hasta el último cartucho", se cambiaba la frase por la de "hasta la última gota de sangre". Al rendirse Cherburgo nos enviaron un abogado especializado en procesos de guerra.

Las tropas se comportaron magníficamente, disputándose durante los primeros días la posesión de los *Panzerfäuste* (proyectiles cohetes antitanques, de uso individual), pero en seguida surgió un sentimiento de desánimo al comprobarse que nada se podía ya hacer. Un jefe de Cuerpo se quedó en su coche mientras era atacado por aviones en vuelo rasante. Cayó en su asiento gravemente herido. Su ayudante trató de salvarlo antes de que se produjera el ataque, pero él se mantuvo en su sitio, contestando: «Déjame. Prefiero que ocurra así.» Poco después fue muerto.

Mi padre se levantó y estuvo mirando por la ventana durante un rato. Luego prosiguió su relato:

—Pero el valor solo no servía para nada. La sangría resultaba terrible. En ocasiones, en una sola jornada sufríamos tantas bajas como durante toda la batalla de verano de 1942 en Africa. Mis nervios son fuertes, pero a veces me sentía al borde del colapso. Por todas partes no se leían más que informes de bajas y más bajas. Jamás he luchado en tales condiciones. Si no me hubiera trasladado al frente casi a diario, no habría podido soportar la eliminación literal de tantos regimientos uno tras otro.

De improviso se volvió con una sacudida, y hubo de apoyarse sobre el alféizar.

—Lo peor de todo es que la lucha carece de sentido. Nada podemos ya hacer. Cada tiro que dispararemos será inútil, porque se nos devolverá centuplicado. Cuanto antes termine, mejor para nosotros.

—Quizás existan nuevas armas que inclinen las cosas a nuestro favor —dije yo.

—Tonterías —repuso—. Nadie tiene semejantes armas. El único propósito de tales rumores es el de

En 1944, si los conjurados del 20 de julio lograban su objeto —matar al Fuehrer en su Cuartel General, y sublevar el Ejército—, Erwin Rommel habría sido proclamado Presidente del Reich. Se pensó en él porque no había popularidad comparable a la suya: era un héroe, un genio militar, no estaba salpicado por la fétida corrupción y la atroz vulgaridad de los jefes nazis.

Se dice que conoció la existencia del complot, pero ignoraba que presuponía la eliminación física de Hitler. Se asegura que no le habían informado sobre el papel que le reservaban ni sobre la composición del Gobierno que le impondrían, presidido por el general Ludwig Von Beck y el doctor Karl Goerdeler.

Todo esto es posible, pero nada está probado. Coincide demasiado con su leyenda. El generalato alemán vela por el prestigio de todos sus miembros, aun de los que han sido derrotados, aun de los que cargaron con el estigma de la traición. El juramento de lealtad que habían prestado a Hitler no sólo los eximiría de toda responsabilidad moral, sino que los convierte en protagonistas de angustiosas crisis de conciencia. Cada uno de ellos sería un austero e inflexible Catón, un Régulo que se da la muerte para no faltar a su palabra, un desinteresado Cincinato.

Su gloria:
demoró dos años
la invasión.
Su drama:
ayudó a los rusos
a llegar primeros.

Los conjurados del 30 de agosto iban a nombrarlo Presidente del Reich si conseguían matar a Hitler

animar un poco más a los soldados. Hemos sido derrotados, y la mayoría de los caballeros que ejercen el mando lo saben perfectamente, aunque no quieran admitirlo; pero ni aun ellos son tan estúpidos como para no reconocer hechos que aparecen claros a la vista de todos.

Los médicos rogaron a mi padre que permaneciera en cama durante unas semanas, pero él no les hizo caso alguno. Tenía un carácter demasiado activo. Cada mañana, muy temprano, le oía descender lentamente las escaleras. Yo le seguía poco después, para leerle algo. Por regla general sosteníamos una larga discusión durante el desayuno. Para mí, con mis quince años y mi tarea de auxiliar de la Luftwaffe, seguía flotando una aureola de gloria alrededor de Hitler, a pesar de lo que había oído de él. Así es que, cuando papá empezaba con sus críticas, yo intentaba una inmediata defensa del régimen. Con infinita paciencia analizaba mis argumentos.

—La guerra —me dijo una vez— raramente ha ocasionado beneficios a los pueblos. Pero éstos nunca son consultados. Una vez empezada la contienda, sólo cabe luchar, con el fin de salir lo mejor librados posible. Pero, ¿qué ocurre cuando ya no queda ninguna perspectiva? Lo mejor es detenerse sin pérdida de tiempo. Tal es nuestra posición actual, exceptuando que en el Este contendemos con un enemigo ante el que no cabe rendición. Hemos de luchar por nuestras vidas, y ello complica el asunto. Debemos procurar que nuestro enemigo de Occidente ocupe la totalidad de la Europa central, manteniendo a los rusos fuera de nuestras fronteras.

Cuando supo que se quitaban las tropas del Este para mandarlas al Oeste, estalló:

—¡Qué locura! No piensan sino en su propia piel. ¿Qué sacarán con prolongar unos meses más sus miserables vidas? El frente oriental se derrumbará, y al siguiente empuje los rusos estarán en Alemania. Todos sabemos lo que eso significa.

Hasta entonces no había oído nada de las tentativas de mi padre para concertar una paz separada en Occidente, y jamás imaginé que pudiera existir conexión alguna entre él y los militares detenidos después del 20 de julio. Me dejó perplejo la noticia de que algunos agentes de la Gestapo rondaban la casa, demostrando mucho interés por cuanto ocurría en ella. Papá y yo nos habíamos acostumbrado a dar un paseo diario por el bosque cercano. Una mañana estaba sentado con él en su habitación, cuando de improviso me dijo:

—Mira, Manfred. Es posible que haya agentes por los alrededores con la idea de eliminarme sin armar demasiado ruido: supongamos que por medio de una emboscada. Sin embargo, no tengo la intención de dejarles salirse con la suya. De ahora en adelante llevaremos pistolas durante nuestros paseos. Puedes tomar



La viuda inaugura el Crucero "Rommel", de la US Navy.

la mía de 8 mm. Esos individuos jamás aciertan al primer tiro. Si ocurre algo dispararemos contra el lugar de donde proceda el ataque, y lo más probable es que traten de protegerse a toda prisa.

Al principio no comprendí bien de qué se trataba, pero unos días después me preguntó:

—Dime, Manfred, qué opináis, los jóvenes como tú, cuando Hitler manda ahorcar a personas persuadidas, y no sin razón, de que la guerra se ha perdido y de que debe buscarse un fin?

—No lo sé —repuse—. En mi batería están todos hartos del conflicto, pero muchos siguen creyendo que ganaremos de una manera o de otra.

—Hemos perdido —me interrumpió mi padre—. ¿Y si yo mismo me hubiese declarado dispuesto a terminar la contienda, contra la voluntad de Hitler?

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—Dejémoslo, por ahora —fue su respuesta—. De todos modos, hay una cosa clara: resulta intolerable que el destino de toda una nación dependa de la terquedad de unos pocos. Debe existir un límite, ya que de lo contrario ocurrirían las cosas más fantásticas, sin que nadie las viera venir.

A partir de aquel día también yo experimenté el sentimiento de un desastre, cada vez más próximo.

La III Guerra Mundial

Por entonces mi padre estaba firmemente convencido de que, dentro de unos años, estallaría la guerra entre Rusia y las potencias occidentales, y, contrariamente a muchos militares que acudían a visitarnos, afirmaba también que la victoria sería del mundo occidental.

Recuerdo, con particular claridad, una conversación que tuvo lugar un mes después de su regreso de Francia. Serían las diez de la noche, y nos hallábamos en su gran estudio de Herlingen. Vestía su traje marrón de paisano y estaba sentado frente a mí en un sillón. Volvía a mostrarse otra vez muy activo, aunque su ojo izquierdo seguía hinchado a causa de la herida. Como con el otro no veía muy bien, se me había encargado temporalmente de leerle documentos. Aquella noche se trataba de unas estadísticas concernientes a la distribución de materias primas, en las que se sentía muy interesado, pero pronto el libro quedó sobre la mesa, y empezamos a hablar del futuro, que se ofrecía muy tenebroso.

—Rusia y el Occidente son como el fuego y el agua —dijo—. Existirán fricciones, y probablemente estallará otra guerra. Quizá no después de nuestro colapso, porque todo el mundo estará cansado de ellas, pero sí años más tarde.

—Una perspectiva muy poco halagüeña para ingleses y americanos, ¿no crees? —pregunté—. Las fuer-

No hay por qué negarles algunas de estas virtudes ni por qué suponerlas químicamente puras.

Nacido el 15 de noviembre de 1891 en una aldea de Württemberg, teniente en Caporetto (donde obtuvo la Cruz de Guerra de 1ª clase), instructor en una Escuela Militar, Rommel era mayor en 1933; conoció a Hitler dos años más tarde; su batallón sirvió de guardia de honor. Y, con ingenuidad política típicamente militar, creyó en él.

Desde luego, debió de mediar un malentendido. Uno estableció su tiranía, que implicaba la necesidad de la guerra; tal vez el otro aceptaba la tiranía porque pensó que sería útil para preparar la guerra, que era su oficio.

Hitler leyó uno de sus libros de táctica (Los ataques de la infantería) y su satisfecha ignorancia quedó favorablemente impresionada. Es una verdad a medias que Rommel fuese, como Guderian, un teórico, un precursor de la Blitzkrieg y de las posibilidades del Panzer. Si su nombre se incrusta en la literatura militar es sólo por sus notas de la campaña de Francia y por Las reglas de la guerra en el desierto, que ofrecen vivaces y eléctricos pasajes sobre los nuevos métodos de comando, a bordo de un tanque.

En 1940, su 7ª Blindada —en el Cuerpo de Ejérci-

tos mandado por Von Rundstedt— avanzó cómodamente sobre el Canal de la Mancha, desbaratando a un enemigo mal preparado para ese tipo de combate.

Pero la gloria de Rommel nace de una derrota; derrota aparente, puesto que cumplió con creces su misión. Era una modesta misión táctica: se trataba de impedir que las colonias italianas y francesas del Mediterráneo fuesen copadas por los ingleses. En ningún momento el Cuartel General tomó en consideración las incitaciones del Almirante Raeder para un proyecto más ambicioso: invadir Egipto, el Golfo Pérsico, la Mesopotamia, y reunirse con los japoneses en la India. Con unas pocas divisiones más —y combustible, sobre todo—, el Zorro del Desierto hubiera capturado El Cairo mucho antes de que Montgomery concentrase en El Alamein los fabulosos medios de que dispuso para atajar al diminuto Afrika Korps.

La paradoja fue que las soberbias celadas de Rommel; al retardar por dos años la invasión de Europa, ayudaron a los rusos a tomar Berlín antes que los aliados anglosajones.

Frustrado por una estrategia demencial, consciente de los daños que la aventura hitleriana causaría a Occidente, fue de los primeros jefes alemanes en mostrarse discolo y agorero.

La defensa de Francia, a las órdenes de Von Rundstedt, no llegó a interesarlo: el Cuartel General lo enviaba a un desastre seguro; él ya no pensaba, tal vez, sino en sacar a su país de la guerra. Fue entonces cuando los conspiradores tomaron contacto con Rommel.

Esperaba al enemigo en Bretaña y desembarca en Normandía, como Hitler le ha pronosticado. El día de la invasión, ni siquiera está en su puesto: volviendo del refugio del Fuehrer —donde, una vez más, formuló sus reservas— quiso celebrar el santo de su esposa en su granja de Ulm.

Quiere acumular sus fuerzas en torno de París, abandonando Normandía; Hitler, furioso, envía a Von Kluge, pero él convence al emisario —e incluso a Von Rundstedt— de que sólo la retirada podrá salvarlas de la destrucción.

En esas circunstancias, su automóvil es atacado por dos cazas y cae gravemente herido, sólo para despertar unas semanas más tarde, cuando la Gestapo ya lo tiene en su red. Von Stuepnagel, torturado, pronunció su nombre, y eso bastó para que se le concediera la cicutu. Iba a cumplir 53 años.

Fue un 14 de octubre, hace un cuarto de siglo: en estas páginas, su hijo Manfred recuerda su trágico fin.

Creyó que Occidente atacaría a Rusia

zas rusas de tierra son superiores a las occidentales.

—No es eso lo que decidirá la lucha —replicó mi padre—. Nuestros mejores tanques y divisiones escogidas no han servido de nada en Normandía. No, joven. Los americanos han conseguido el dominio del aire y lo conservarán. Ello significa una sentencia de muerte contra todo ejército terrestre, por grande que sea, que haya de luchar sin adecuada protección aérea.

—Quizá los rusos esperen hasta después de que, terminada la guerra, los americanos se hayan desarmado —intervino mi madre—. Los pueblos occidentales necesitan un alto nivel de vida, y todas sus industrias revertirán a la producción civil.

—Los Estados Unidos y Gran Bretaña vencerán —repuso—, aun cuando Europa sucumbiera a la tormenta del Este. No debemos olvidar que disponen de un gran poderío naval y pueden transportar su material de guerra a cualquier punto del Globo, accesible por mar. Tomemos, por ejemplo, el Africa del Norte francesa —añadió señalando el mapa que me había pedido le trajera—. Existen muchos y buenos puertos y comunicaciones ferroviarias de primera clase. En cambio, entre el Cáucaso y Egipto sólo hay algunos ferrocarriles aislados, y de vía más estrecha que la

destruirlo. Luego adelantarían paso a paso, ayudados por su flota, que puede transportar pertrechos a cualquier lugar de la Tierra, ya sea Tobruk, Suez o Basra. Una vez que los yacimientos petrolíferos del Caspio estén al alcance de sus bombardeos, quedaría expuesto el talón de Aquiles ruso.

El cerco se cierra

Mientras mi padre permanecía reflexionando sobre todas estas cosas, los sabuesos de Hitler se ocupaban en seguir las huellas que conducían desde la Bendlerstrasse (Ministerio de la Guerra) al Cuartel General del frente occidental. El general Von Stuepnagel, comandante militar de Francia, cayó en las manos de la Gestapo después de un intento de suicidio. El mariscal Von Kluge, que había reemplazado a Von Rundstedt como jefe del sector Oeste, después de la sustitución del último por supuesto derrotismo, había desaparecido varias semanas antes. Cierta día mi padre celebró una larga conversación con un oficial que le había traído noticias de Francia. Cuando oí que

El caso de mi padre representaba para Hitler un problema espinoso, porque la noticia de que hasta el mariscal Rommel consideraba perdida la guerra y preconizaba una paz separada, hubiese equivocado a declarar nuestra bancarrota militar. Por eso Hitler se contuvo tanto tiempo, después de haber sabido los esfuerzos de mi padre en dicho sentido. Pero el 7 de setiembre hizo detener al general Speidel, iniciándose así el último acto del drama. La noticia corrió de boca en boca, y antiguos amigos de mi padre guardaron extraño silencio. Al darse cuenta de ello dijo con una sonrisa:

—Las ratas empiezan a abandonar el buque.

Se sentía muy preocupado por la suerte de Speidel, y aunque no había sido informado todavía oficialmente de la detención, trató por todos los medios de obtener su libertad.

Finalmente, escribió a Adolfo Hitler la que sería su última carta.

“1º octubre 1944.

Mein Führer:

Desgraciadamente mi salud no es aún tan buena como yo quisiera. La cuádruple fractura de cráneo, las desfavorables condiciones en el frente Oeste desde que fui herido, y la destitución y arresto de mi antiguo jefe de Estado Mayor, teniente general Speidel —de lo que me enteré por casualidad—, han exigido de mis nervios más de lo que éstos pueden soportar. Ya no me siento capaz de resistir nuevas pruebas.

El teniente general Speidel me fue asignado como jefe de Estado Mayor a mediados de abril de 1944, sustituyendo al teniente general Gause, y siendo recomendado por el coronel general Zeitler y por su antiguo jefe el general Wöhler. Poco antes de ocupar su puesto en el Grupo de Ejércitos le concedisteis la Cruz de Caballero y la promoción a teniente general. Durante sus primeras semanas en el Oeste, Speidel demostró ser un jefe activo, diligente y enérgico. Gobernó al personal con gran firmeza, demostró una profunda comprensión de las necesidades de la tropa y me ayudó lealmente a completar las defensas de la Muralla del Atlántico, dentro de los medios con que contábamos. Cuando me dirigía al frente, como ocurría casi a diario, podía confiar en que Speidel transmitiría mis órdenes, discutidas de antemano, a los Ejércitos, y llevaría a cabo los cambios de impresiones con unidades equivalentes o superiores según sus directrices.

Al iniciarse la batalla de Normandía, Speidel no ahorró esfuerzo alguno para conseguir una victoria sobre el enemigo, que nos estaba ocasionando graves preocupaciones con su superioridad aérea, sus cañones navales y otros elementos. Hasta el día en que fui herido, Speidel permaneció lealmente a mi lado. También el mariscal Von Kluge parecía satisfecho de él. No puedo imaginar lo que habrá conducido a su destitución y arresto. El *Oberstgruppenführer* Sepp Dietrich y Speidel eran buenos amigos, y se entrevistaban con frecuencia.

Por desgracia resultó imposible librar la batalla de Normandía de tal manera que el enemigo quedara destruido mientras seguía en el mar, o por lo menos en el momento mismo del desembarco. Ya di los motivos que lo impidieron en un informe que el general Schmudt os presentó, sin duda alguna, mientras aún seguía a vuestro lado.

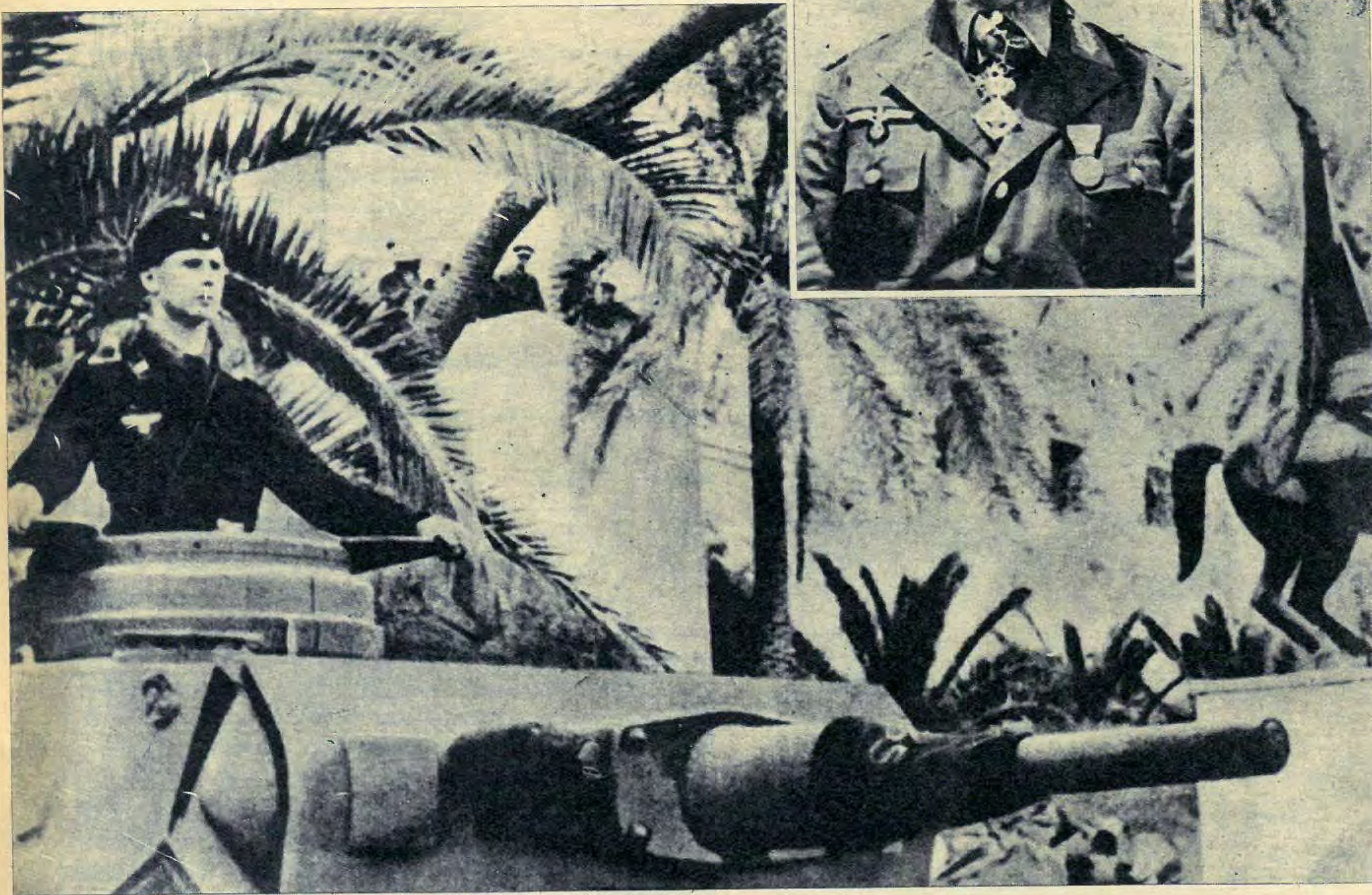
Cuando el mariscal Von Kluge asumió el mando en el Oeste, tuvo lugar una desagradable escena en el Grupo de Ejército «B», en presencia de mi jefe de Estado Mayor y de mi «Ia». No pude soportar en silencio los cargos que se me imputaban, y en privado expuse mi opinión al mariscal Von Kluge, rogándole al día siguiente que me hiciera saber en qué se basaba para formularlos. Dichos cargos fueron retirados verbalmente en el transcurso de una conversación durante la cual insté al mariscal Von Kluge a que os presentara con toda claridad y urgencia la situación en el frente, sin ocultar las partes desagradables, porque sólo por este medio podíais, *mein Führer*, apreciar de manera perfecta lo ocurrido y adoptar las decisiones pertinentes. Mi último informe fue enviado a la Jefatura del Sector Oeste, el día antes de resultar herido, y, como Kluge me dijo más tarde, os fue remitido con una nota adicional suya.

Ya sabéis, *mein Führer*, hasta qué punto he empleado mi fortaleza y mis posibilidades, tanto en la campaña occidental de 1940 como en la de Africa de 1941-43, la de Italia en 1943 y de nuevo en el Oeste en 1944.

Sólo me domina un pensamiento: el de luchar y vencer por vuestra nueva Alemania.

Heil, mein Führer.
E. ROMMEL.”

Pero el paradero de Speidel permaneció desconocido. Después se mencionó su nombre, junto con el de



El Afrika Korps fue la obra de su genio.

rusa, de modo que de poco podrían servirles. Entre Libia y Túnez no existe ferrocarril en más de 3.000 kilómetros. Los rusos tendrían que transportar por camión los abastecimientos de su Ejército durante un largo trayecto, lo cual resulta prácticamente imposible. Un vehículo de tal clase requiere 4 litros de gasolina cada 10 kilómetros, lo cual representa 1.200 para cada viaje de 3.000 kilómetros y otros tantos para el regreso, es decir, 120 bidones en total. La carga de cada uno estaría constituida por su propio carburante. Otro factor a considerar es éste: el moderno motor de tanque no soportaría tales distancias. ¿Podrían los rusos continuar siendo peligrosos después de tres o cuatro mil kilómetros? Desde luego, no. En Africa, una fuerza pequeña pero bien equipada, resistiría durante meses.

Hemos oído decir, además, que Inglaterra y los Estados Unidos producen cuatro veces más que Rusia. No puede existir duda alguna de que, en caso de peligro, estos dos países podrían establecer considerables fuerzas en el Africa Occidental francesa sin experimentar molestia alguna. Desde allí ganarían gradualmente el dominio del aire y se irían fortaleciendo, a cada mes que transcurriera. Luego iniciarían el avance, como están haciendo ahora en el Oeste. Sus formaciones de bombardeo cortarían la comunicación entre el Ejército ruso y sus bases de aprovisionamiento, lo inmóvilizarían y procederían a

su coche se alejaba penetré en el estudio. Mi padre estaba sentado ante su escritorio, muy serio.

—Kluge ha muerto —me dijo—. Ahora ya sabemos lo ocurrido. Hitler le dio orden de regresar al Reich. Por el camino se envenenó. Cuando el chofer volvió la vista atrás, se encontró con un cadáver. A su llegada a Francia, me saludó con las siguientes palabras: “También usted tendrá que aprender a obedecer las órdenes.” En el Cuartel General del Führer le habían impulsado a ello. Desde luego, se produjeron roces, pero una visita al frente bastó para convencerle de que yo tenía razón, y también quedó pronto seguro de que la guerra debía terminar cuanto antes. El 20 de julio, Kluge no sabía de la revuelta, hasta que el mensaje de Hitler fue leído por radio.

No existe duda alguna de que también mi padre había pensado en que podía caer víctima de la represión de Hitler. Lo que no imaginó fue que su fin fuera similar al de Von Kluge.

A principios de setiembre supimos que el general Hans Speidel había sido relevado de su cargo de jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejército “B”. Días más tarde visitó a mi padre en Herlingen. Los dos hablaron durante varias horas. El general Speidel debía presentarse en el Cuartel General del Führer uno o dos días después. Conviniere en aprovechar la oportunidad para lanzar otra propuesta de paz a través del general Guderian, jefe del Estado Mayor del Ejército. Pero nada de eso se llevó a cabo.

Quince minutos y una cápsula de cianuro

mi padre, ante el Tribunal de Honor del Ejército. Pero el "caso Rommel" no se discutió oficialmente.

El 7 de octubre llegó a Herlingen el primer indicio alarmante. El mariscal Keitel rogaba a mi padre que se trasladara a Berlín para una importante conferencia, a celebrar el día 10. Un tren especial lo esperaba en Ulm.

—No soy tan tonto —dijo al ver la carta—. Conocemos bien a esos señores. No llegaría vivo a Berlín.

Habló claramente del asunto al profesor Albrecht, especialista de cerebro de la Universidad de Teubingen, y a cuyo cuidado estaba, tras de lo cual el profesor certificado inmediatamente su incapacidad para efectuar el viaje. También trató de persuadirle para que se refugiara en su clínica: no sería fácil dar con él. Mi padre contestó que no olvidaría la oferta.

Pero los acontecimientos se precipitaban. Su negativa a ir a Berlín prolongó su vida sólo cuatro días.

El terrateniente Oskar Farny era amigo suyo desde que ambos sirvieron juntos en Weingarten. Como antiguo Diputado por el Partido del Centro en el Reichstag, Farny había desconfiado siempre de los nacional-socialistas, y durante la segunda mitad de la guerra sostuvo largas conversaciones con los ex Ministros Fehr y Gessler, acerca de la posibilidad de terminar con el conflicto y con el régimen nazi.

Fehr y Gessler fueron detenidos el 13 de octubre de 1944, y Farny, a quien mis padres visitaron aquel mismo día, esperaba que la Gestapo fuese por él de un momento a otro.

—Pero Hitler no te hará nunca nada —dijo a mi padre— Eres demasiado popular y atraería demasiada la atención.

La respuesta de papá parecía cargada de presagios. —Te equivocas —le dijo—. Hitler quiere deshacerse de mí; removerá cielo y tierra hasta conseguirlo.

De regreso a Herlingen, después del largo viaje en automóvil, llegó un mensaje telefónico en el que se avisaba a mi padre que al día siguiente dos generales vendrían a hablar con él de su "futuro cargo".

Un coche verde oscuro

Mi batería, a la que había regresado unas semanas antes, me dio permiso para el 14 de octubre. Partí por la mañana muy temprano, y llegué a Herlingen a las siete. Mi padre estaba ya desayunando. Me trajeron rápidamente una taza, y una vez que terminamos salimos a dar un paseo por el jardín.

—A las doce vendrán dos generales para discutir mi futura tarea —empezó—. Hoy quedará decidido lo que se ha planeado sobre mí: o un tribunal popular o un nuevo mando en el Este.

—¿Aceptarías ese mando? —le pregunté.

Me tomó por el brazo y repuso:

—Querido, nuestro enemigo del Este es tan terrible que ante él ha de abandonarse cualquier otra consideración. Si consigue arrollar Europa, aunque sólo sea temporalmente, será el fin de cuanto hace a la vida digna de ser vivida. Desde luego aceptaría.

Poco antes de las doce, se retiró a su habitación del primer piso, cambiándose la americana marrón de paisano, que solía llevar con pantalones de montar, por la guerrera traída de Africa, su uniforme favorito por tener el cuello abierto.

Hacia las doce, se detuvo frente a la puerta de nuestro jardín un coche verde oscuro, con matrícula de la capital. Los únicos hombres que había en la casa, aparte de mi padre, eran el capitán Aldinger, un cabo veterano que sufría graves heridas y yo. Dos generales —Burgdorf, hombre exuberante y robusto, y Maisel, pequeño y delgado— bajaron del coche y entraron en casa. Se mostraban muy respetuosos y corteses, y pidieron permiso a mi padre para hablarle a solas. Aldinger y yo salimos de la habitación. Mientras subía las escaleras en busca de un libro, pensé, aliviado, que no irían a detenerle.

Minutos más tarde, oí cómo mi padre penetraba en la habitación de mamá. Ansioso de saber lo que ocurría, lo seguí. Se hallaba en el centro de la estancia, con la cara muy pálida.

—Ven conmigo —dijo con voz tensa. Pasamos a mi cuarto—. Acabo de decir a tu madre —empezó lentamente— que debo morir dentro de un cuarto de hora —su voz era tranquila—. Resulta duro terminar así. Pero la casa está rodeada, y Hitler me acusa de alta traición. "En vista de los servicios prestados en Africa" —añadió sarcásticamente— podré quitarme la vida con un veneno. Los dos generales lo traen consigo. Obra efecto en tres segundos. Si acepto, no serán adoptados contra mi familia los procedimientos usuales, e incluso dejarán libres a mis colaboradores.

—¿Lo crees? —le interrumpí.

—¡Sí! —replicó—. Lo creo. Les interesa mucho que este asunto no trascienda. Además, me han en-

cargado que consiga tu promesa del más estricto silencio. Si pronuncias una sola palabra acerca de lo ocurrido, no se sentirán ligados al convenio.

—¿No podríamos defendernos...? —insinué.

—No serviría de nada —dijo—. Es mejor que muera uno, que perecer todos en un tiroteo. Además, carecemos de munición.

Nos despedimos, brevemente.

—Haz el favor de llamar a Aldinger —me dijo.

Entretanto, los componentes de la escolta de ambos generales habían entablado conversación con Aldinger, para mantenerlo alejado de mi padre. Al llamarle, subió a toda prisa las escaleras. Quedóse frío al enterarse de lo que ocurría. Mi padre habló rápidamente, insistiendo en la inutilidad de defenderse.

—Todo ha sido preparado hasta el menor detalle. Se me hará objeto de honras fúnebres con carácter oficial. He rogado que se celebren en Ulm. Dentro de un cuarto de hora, usted, Aldinger, recibirá una llamada telefónica del hospital de la Wagnerschule en Ulm, dirán que he sufrido un ataque cerebral mientras iba en camino a una conferencia.



Speidel: Su arresto fue un presagio fatal para Rommel.

Volvió a despedirse de nosotros, y luego bajamos las escaleras juntos.

Le ayudamos a ponerse el abrigo de cuero. De improviso sacó la cartera.

—Quedan 150 marcos —dijo—. ¿He de llevarmelos?

—Eso es cosa que ya no importa, señor mariscal —repuso Aldinger.

Mi padre volvió a guardar su cartera. Al entrar en el vestíbulo, el perro que le habían regalado unos meses antes en Francia, salió a su encuentro ladrando alegremente.

—Enciérralo en el estudio, Manfred —me dijo.

Y esperó con Aldinger, mientras yo me llevaba al alborotado can. Luego salimos juntos de la casa. Los dos generales aguardaban en la puerta del jardín. Avanzamos por el sendero. El crujir de la arena resonaba más que de costumbre. Cuando nos aproximábamos a los dos generales, éstos elevaron la diestra en señal de saludo.

—Señor mariscal —dijo Burgdorf brevemente, y se apartó para dejar paso a mi padre. Unos cuantos aldeanos permanecían junto a la calzada. Maisel se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿En qué batería sirves?

—En la 36/7, mi general —repuse.

El automóvil estaba dispuesto. El conductor de las SS abrió la portezuela y se puso firme. Mi padre se colocó el bastón de mariscal bajo el brazo izquierdo, y con gesto tranquilo nos estrechó la mano a mí y a Aldinger antes de penetrar en el vehículo.

Los dos generales ocuparon rápidamente sus puestos, y se cerraron las puertas. Mi padre no volvió la cabeza mientras el coche se alejaba veloz por la cuesta, desapareciendo a la vuelta de una curva.

Muerte en el bosque

Aldinger y yo regresamos silenciosos a la casa.

—Voy a ver a tu madre —me dijo.

Yo me fui arriba para esperar la anunciada llamada telefónica. Una gran depresión me invadía, impidiéndome reflexionar con calma. Encendí un cigarrillo y traté de leer, pero las palabras carecían de sentido. Veinte minutos más tarde sonó el teléfono. Aldinger cogió el aparato. Una voz le notificó la muerte de mi padre. Aquella noche nos fuimos a Ulm, dirigiéndonos al hospital en que se hallaba. Los médicos que nos recibieron se encontraban muy nerviosos, sospechando sin duda las verdaderas causas de la muerte. Uno de ellos abrió la puerta de una pequeña habitación. Mi padre yacía en una cama de campaña, vistiendo su uniforme de Africa, con una expresión de absoluto desprecio en el rostro.

No sabíamos todavía lo ocurrido después de que partió de nuestro lado. Más tarde nos enteramos de que el automóvil se había detenido unos metros después de salvar la cumbre de la colina, en un espacio despejado, junto a la linde de un bosque. Agentes de la Gestapo llegados en gran número de Berlín aquella misma mañana, vigilaban la zona, con instrucciones de abatir de un disparo a mi padre y penetrar violentamente en la casa, si ofrecía resistencia. Maisel y el chofer saltaron del automóvil dejando adentro a Burgdorf y a mi padre. Cuando, diez minutos más tarde, se permitió regresar al chofer, éste vio a mi padre desplomado, sin gorra y con el bastón de mariscal caído a su lado.

El general Burgdorf fue al Cuartel General de la Wehrmacht en Ulm; de allí telefoneó a Hitler, para notificarle el fallecimiento. A continuación, llamó a casa de la familia de uno de sus oficiales de escolta para preparar la cena de aquella noche. El general Burgdorf, a quien odiaba el noventa y nueve por ciento de su oficialidad, a causa de su carácter brutal e implacable, murió en Berlín en abril de 1945, tras haber pasado varios días borracho con Bormann en el bunker del Führer.

Quizá la parte más despreciable de todo el asunto es la que se lee en las muestras de condolencia enviadas por los miembros del Gobierno, quienes no debían ignorar las verdaderas causas de la muerte de mi padre.

Incluyo unos cuantos ejemplares:

"En Campaña, 16 octubre 1944.

Acepte mi sincero dolor por la sensible pérdida que para usted representa la muerte de su querido esposo. El nombre del mariscal Rommel quedará para siempre unido a las heroicas campañas del Norte de Africa.

ADOLFO HITLER.

Cuartel General del Führer, 26 octubre 1944:

Me he emocionado profundamente al saber que su esposo, el mariscal Rommel, ha muerto como un héroe, a consecuencia de sus heridas, cuando todos esperábamos que siguiera perteneciendo largo tiempo al pueblo alemán. Le expreso, querida Frau Rommel, mi profundo sentimiento en nombre propio y de la Luftwaffe alemana.

Silenciosamente apenado, suyo.

GOERING,
Reichsmarschall
del Gran Reich alemán.

Berlín, 17 octubre 1944.

Mi querida Frau Rommel:

En ocasión de la dolorosa pérdida experimentada en la persona de su esposo, mi esposa y yo le transmitimos el testimonio de nuestra inalterable consideración. Con el mariscal Rommel el Ejército alemán pierde a uno de sus jefes más ilustres, cuyo nombre quedará para siempre unido a la heroica lucha librada durante dos años por el Afrika Korps. Reciba el testimonio de nuestra más sincera condolencia.

Heil Hitler.
Reichminister Dr. GOEBBELS
y FRAU GOEBBELS.

Mientras todos aquellos personajes trataban, con su hipocresía, de dar el último toque realista a la farsa, miles de soldados alemanes seguían muriendo en el Norte, el Sur, el Este y el Oeste, sin grandes esperanzas, pero con una inalterable fe en la integridad de quienes los mandaban.

BOTVINNIK

Y SU NOVIA,

por Jorge Llistosella

“**M**oscú, 14 de marzo de 1965 — El ex campeón mundial de ajedrez, Mikhail Botvinnik, reveló que no se había inscripto en el torneo por la Candidatura, debido a que se halla en desacuerdo con una decisión de la Federación Internacional de Ajedrez, que le negó un match desquite con Tigran Petrosian, quien le arrebató la corona el 20 de mayo de 1963. En una carta al periódico *Trud*, Botvinnik dice, también, que desea dedicar más tiempo a su idea de crear una computadora electrónica, capaz de jugar al ajedrez como un gran maestro.”

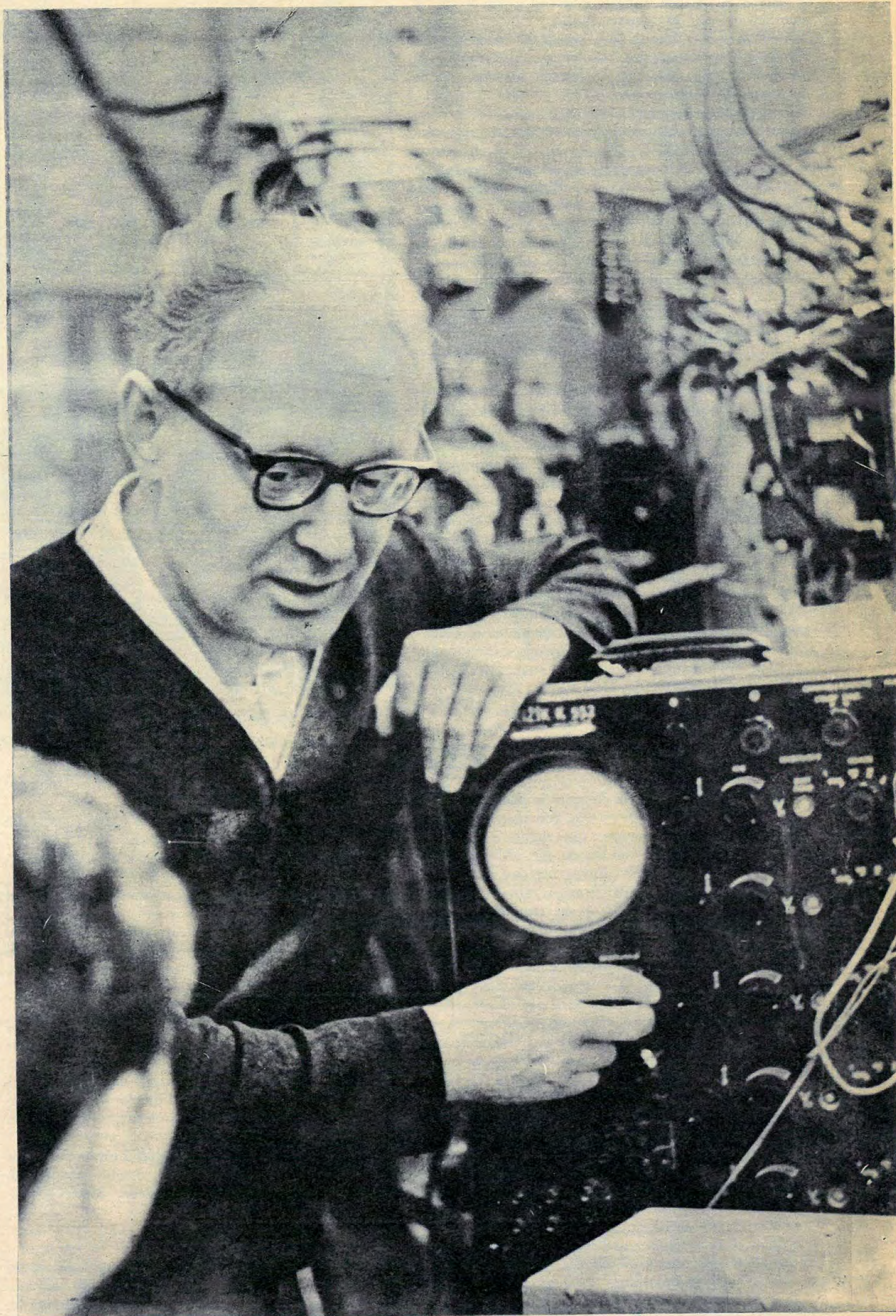
La noticia, publicada por *La Nación*, daba cuenta de que el hombre que permaneció en los primeros planos del ajedrez mundial, desde 1926, resignaba definitivamente sus intentos de perdurabilidad. No podía, empero, despojarse de su piel, esa cubierta imantada que lo inclinaba hacia los tableros, que le había hecho soñar con trebejos, con aperturas y variantes desde los doce años, “una edad avanzada para iniciarse”, según su propio juicio. Botvinnik enlazó dos títulos universitarios —ingeniero electromecánico y doctor en ciencias técnicas— con esa pasión afiebrante, para insistir en una propuesta tan peligrosa como extraña: en 1951, un matemático y juez, Claude Shannon, hizo conocer que trataba de enseñarle a jugar ajedrez a una máquina.

“Tiene dos debilidades: una exactitud espantosa y los cerebros electrónicos”, le advirtieron a Leonid Pleshakov, un periodista obviamente ruso, tras encargarle un reportaje a Botvinnik. Durante muchos años, fue el campeón mundial, y las entrevistas que se lograron con él rondaban las competencias en las que intervenía, sus triunfos, sus reveses. Era un escollo monolítico para los líderes de tendencias revolucionarias en el ajedrez, hasta que cayó —deshecho— frente a la técnica y las elongadas previsiones del estanco Petrosian. Ahora, fuera del vaivén de los torneos, con su hipertensión controlada metódicamente, maduro y sapiente, Botvinnik ofrecía un buen blanco de ataque para la investigación. Pleshakov rondó la casa y, cuando las agujas del reloj se clavaron en la hora de la cita, tocó a la puerta.

La insoportable superioridad soviética pareció declinar tanta solidez en los últimos certámenes. El caso despertó excesivas consideraciones; fue el mismo alboroto que puede ocasionar la llegada de un forastero a un rancho provinciano: todos prefieren alterarse con la novedad, sin reparar en que, próximamente, todo promete regresar a la inmovilizable quietud anterior.

“Creo que no hay tal crisis —analizó Botvinnik—. Algunos de los tropiezos se deben a que, acostumbrados a ganar, ya vamos a las competencias sin estar suficientemente preparados. Nuestros dirigentes están seguros de los éxitos; se preocupan poco de los entrenamientos. Y el deporte es así: a igualdad de condiciones, triunfa el que esté mejor adiestrado. En todo caso, ahora hay en el mundo doce jugadores de clase excepcional: ocho de ellos son soviéticos. Por eso pienso que es prematuro afirmar que estamos cediendo posiciones. Tampoco sería atinado tratar de verlo todo color de rosa. Además, resulta evidente que, en Rusia, el interés por el ajedrez disminuye. Pero todo cambiará cuando se invente una máquina electrónica capaz de jugar al ajedrez como un maestro: entonces se centuplicará el número de aficionados.”

Sin solución de continuidad, como quien no puede escapar de un tema obsesivo, Botvinnik derivaba el rumbo hacia su embarcadero mental: la cibernética. Hubo que hacer algunos esfuerzos para corregirlo. “Digo que la popularidad del ajedrez decae, porque no se necesita demasiada inteligencia para advertir que la juventud no quiere arriesgarse ligando su futuro con el deporte, una actividad que no asegura un porvenir económico, como lo hacen los conocimientos en cualquier otra manifestación: la ciencia, el arte, la técnica. Pienso que los jóvenes dan preferencia a lo que les



“El día en que estas máquinas puedan jugar como un gran maestro, la ciencia habrá redescubierto al fuego.”

El hombre que poseyó la corona mundial desde 1948 hasta 1963 indaga las razones por las que el ajedrez no interesa más a la juventud soviética. Fischer, Petrosian, Larssen y Tahl, bajo su crítica. Se analiza él y habla de su excluyente pasión: una máquina ajedrecística.

LA COMPUTADORA

ofrece perspectivas más sólidas, en lugar de una fama quimérica y, a menudo, fugaz.

"Actualmente, el nivel de desarrollo en el deporte es tal que resulta difícil mantenerse arriba; en algunos casos, es posible, pero hay que dedicarse tanto que no resta tiempo para desarrollar otra actividad. Mientras uno es joven, está impulsado por energías e ilusiones. Recibe ayuda, protección —en muchas ocasiones, excesiva—, elogios y honores. Pero pasa el tiempo y todo eso se esfuma. Por entonces, uno es demasiado joven como para jubilarse, y demasiado viejo para empezar a vivir cosas imposibles ya, aprender una profesión o cambiar el esquema de vida.

"Desde luego, lo que hace la mayoría es convertirse en instructor de ajedrez; pero no todos tienen vocación o capacidad para serlo. Lo peor es hacerlo a la fuerza. Tomemos, por caso, el de Bengt Larssen: abandonó la Universidad cuando estaba en el tercer curso; el ajedrez lo arrastró; le fue imposible combinar las dos cosas. Ahora, ya hace tiempo que sus discípulos son ingenieros, mientras él, para asegurarse un nivel mínimo de subsistencia, tiene que andar de acá para allá, de un torneo en otro, y encomendándose a todos los dioses para ganar los primeros premios. Por allí anda, también, Bobby Fischer, la comidilla de todo el mundo. Yo creo que esos escándalos que protagoniza en los torneos —por cuestiones religiosas, o por los días de oración— tienen un origen más prosaico: el ajedrez no puede mantener a Fischer, y será por eso que los Adventistas del Séptimo Día han tomado bajo su tutela al muchacho. Contar con un feligrés como Bobby acercará popularidad a esa secta: debe ser la razón por la que lo ayudan materialmente. Es así como se despilfarra el talento. La Federación Internacional de Ajedrez no hace nada para resolver este problema: es una lástima."

Las quejas de Mikhail Botvinnik deducen que el organismo máximo del ajedrez mundial ratea en su funcionamiento, por estar desprovisto de ajedrecistas en su constitución. Cuando pretende dar un buen ejemplo, no puede con el genio, y un rojo barniz cubre sus palabras: "Vea usted; los norteamericanos siempre han tenido magníficos jugadores, pero en su Federación mandan los *organizadores*. Las consecuencias que obtuvieron pueden juzgarse por la ubicación del equipo de los Estados Unidos en los distintos campeonatos...".

* * *

Leonid Pleshakov podía sentirse conforme consigo mismo. Pocos periodistas —profanos como él, o suficientemente idóneos— habrían conseguido que el gran maestro demoliera su hermetismo para hablar con tanta claridad. Pero la draga pretendía escarbar otra superficie, una que estaba minada por compromisos e irritabilidad. Poco a poco fue llegando a la zona:

Pleshakov: En cuanto a ajedrecistas jóvenes y de talento, ¿será posible que en la URSS no haya ninguno?

Botvinnik: Hace tres o cuatro años, efectivamente, no teníamos ninguno. Nuestros contrastes en los certámenes juveniles eran explicables. Por suerte, las cosas han ido mejorando. Anatoli Karpov y Mikhail Steinberg prometen mucho; hace tiempo que observo su evolución. Ambos rondan las diecisiete años: les quedan uno o dos para concluir la escuela media. Después, cuando comiencen los estudios superiores, estarán más ocupados, todo les resultará más difícil... y ya verá usted que no abandonan a la Universidad.

Pleshakov: Usted es, definitivamente, un pesimista.

Botvinnik: No lo crea; tal vez sólo tenga mejor sitio para observar la realidad. Para seguir avanzando, en el ajedrez, se requiere mucho tiempo y dedicación.

Pleshakov: Cuando dice que observa la realidad, parece ignorarse. Sin embargo, usted existe y, aparte



En Moscú, junto a su esposa Gagané y a su perro Mishka, durante un aburguesado y bien cubierto paseo invernal.

de sus dos títulos universitarios, llegó tan alto en el ajedrez que allí cabía sólo un nombre.

Botvinnik: Mi caso no sirve como ejemplo: fui una excepción. Además, cuando yo crecí como ajedrecista, corrían otros tiempos; teníamos pocos hombres de categoría; el nivel general, en Rusia, no era tan elevado como ahora: había tiempo para el deporte y para el estudio. Otra cosa: yo me atenia firmemente a la conducta de no participar más de dos veces por año en competencias de gran importancia. Hoy, me asombro al enterarme de que grandes maestros juegan hasta cien partidas oficiales por año. A propósito, le informo que yo me aficioné al ajedrez tarde: tenía ya doce años.

* * *

Fue, sin dudas, un desliz en la medida de Botvinnik. ¿Qué hubiese pasado en el caso de iniciar sus prácticas antes de los doce años, si a los catorce produjo la primera conmoción? José Raúl Capablanca, el entonces (1925) campeón del mundo, jugó una serie de simultáneas en Leningrado; cuando lo notó, estaba perdiendo una partida ante ese mocoso. Al tenderle su mano pronosticó: "Juega con la seguridad de un maestro; va a llegar muy lejos". Con los años, Botvinnik y su metódica frialdad se inclinaron por la moderna escuela occidental, apadrinada por Wilhelm Steinitz, renunciando a la soviética, inspirada en la potente personalidad del gran maestro Chigorin, muerto en 1908.

Tiempo después, asimismo, ya convertido en campeón mundial, Botvinnik no permitiría que un niño abrazara el ensueño de vencerlo, como él lo había hecho con Capablanca: en 1948, tras imponerse a Smyslov, Keres, Euwe y Reshevsky, en una selección para ocupar el título —había muerto Alejandro Alekhine, su poseedor—, viajó a Riga para tomar un descanso, junto a su esposa. Un día sonó el timbre: su mujer (una ex bailarina clásica) corrió a atender y se encontró con un pequeño de diez años, quien llevaba un tablero y una caja con piezas bajo el brazo. Era menudo, esmirriado, quería jugar una partida con el campeón. Le frotraron la cabeza, escuchó una excusa, recibió un beso y vio cómo se cerraba la puerta. Trece años más tarde, ese niño, Mikhail Tahl, le iba a escamotear la corona a su negado adversario. Luego, lo calificaría sin atajos: "Botvinnik piensa como un burgués".

Algo para jugar

En un artículo periodístico, el ex campeón mundial estableció su opinión sobre una duda que atormenta a quienes bordean al ajedrez, y que no parece merecer demasiadas preocupaciones: ¿es un juego, un arte, una ciencia o un deporte? "El ajedrez —explicaba Botvinnik— no es una ciencia, sino un deporte. Empero, cuando se juega una partida perdurable, podemos hablar de arte. Lo digo con sinceridad y no creo que deba avergonzarme nunca por lo que estoy escribiendo. Ahora bien, pienso que es un juego intelectual; más exactamente, un juego matemático. En suma, un juego en el más amplio sentido de la acepción, como lo aceptan los matemáticos cibernéticos. Para ellos, también es un juego la dirección de una fábrica, nuestro trabajo diario o la labor militar."

Llegar a los sentimientos de Botvinnik ofrece tantas dificultades como escabullirse entre las piezas de una central atómica, para comprobar el color de los protones. Pleshakov, no obstante, lo intentó con algunas preguntas:

—¿Por qué le gusta el ajedrez?

—El ejercicio intelectual me produce satisfacción.

—¿Solamente eso? ¿Y ganar, o perder?

—Por supuesto, uno se alegra cuando gana, y siente comezón cuando pierde. Pero no es lo esencial.

—Hace veintiún años, usted fue proclamado campeón mundial. ¿Recuerda qué experimentó en ese instante?

—¿Cómo olvidarme? Sentí una gran turbación; ser campeón mundial entre los soviéticos no era, precisamente, algo tradicional. Estaba como agarrotado, pero después dijeron que me había comportado bastante bien.

—¿Por qué no explica mejor su emoción?

—Más que emoción, debería hablar de nervios. Para mí, la victoria no fue inesperada. Por entonces, yo tenía conciencia de ser el mejor jugador del mundo. Mis rivales opinaban otra cosa, y les demostré que se habían equivocado.

* * *

En aquella época se dio por cierta una anécdota; según ella, se les preguntó a los mejores ajedrecistas del mundo quién era el número uno. Casi invariablemente habrían contestado ubicándose en ese lugar, y a Botvinnik en el segundo. El supuesto segundón desmiente la veracidad del sucedido: "Esa encuesta no se realizó jamás, pero sí es verdad que, ya en 1936, Alekhine —escribiendo para el *Manchester Guardian*— afirmó: «Botvinnik tiene todas las cualidades para llegar a campeón: posee un gran sentido del peligro». Por mi parte, desde 1941 y durante siete años, no perdí un solo torneo importante, nacional o internacional. Quiero decir que, entonces, yo era el mejor."

Recuerda que conocía muy bien a sus adversarios; todas sus debilidades y fortalezas. En ese sentido se le consideró un aventajado sucesor de Lasker y Alekhine, maestros que elegían —a menudo— la variante que desagradara al rival, o que lo sorprendiera. En mayo de 1961, cuando reconquistó el campeonato que le había birlado Tahl, no ensayó nuevas defensas, sino que puso en marcha una estrategia distinta: recondicionó las líneas que había utilizado contra Smyslov, para esterilizar su ímpetu; forzó senderos lisos, encauzó las partidas férreamente, para ahogar la imaginación del *gangster del ajedrez*. En veintiuna partidas lo liquidó con un score incuestionable: 13 a 8.

Botvinnik no demuestra mayor estima por los dos últimos hombres que le quitaron la corona mundial: "Tahl es un excéntrico. Al principio, esa manera loca le reportaba ventajas; luego, lo estudiaron y se adaptaron a él: ahora no resulta tan peligroso. No es cierto que esté jugando peor; ocurre, simplemente, que su estilo ya no es una novedad.

"En cuanto a Petrosian, quizá sea el rival menos cómodo. Es un tipo raro de ajedrecista: no tiende al juego abierto, sino que todo lo hace con el objeto de paralizar las ideas de su adversario. Yo no tuve tiempo de encontrar la forma para contrarrestarlo: de adulto, el hombre pierde la capacidad de transformarse, se hace conservador, se deja llevar por la inercia."

—Habla usted de la edad. ¿Cuál es aquella en la que un ajedrecista está en su esplendor?

—Los mejores resultados se obtienen entre los 30 y los 40 años. El cerebro es lo bastante maduro como para saber mucho, y suficientemente joven para mantener la forma deportiva necesaria.

—Usted se contradice: conforme a su teoría, Fischer no llegó aún a la edad óptima; sin embargo, lo elogia entusiastamente.

—¿Acaso no se puede elogiar a nadie, hasta que cumplió los 30 años? Veremos qué pasa con Fischer cuando madure.

—Usted llegó a jugar con todos los campeones mundiales, excepto Steinitz. ¿A quién considera el más grande?

—El primero, Capablanca; luego, Alekhine. Debo aceptar que cuando yo empecé a jugar, el campeón era Capablanca; después lo fue Alekhine. Es natural que guarde por ellos una total admiración. Pero, fríamente, también entiendo que el más grande debe haber sido Capablanca.

—Entre Fischer y Larsen, ¿por quién se decide?

—Por Fischer, sin pensarlo demasiado. Larsen es talentoso, pero se ha exagerado mucho, refiriéndose a él. Posee una táctica excelente, aunque, como estrategia, es regular. Su horizonte es bastante limitado. Analiza estupendamente las posiciones próximas, pero no le es posible prever los acontecimientos que se producirán en el tablero mucho más adelante. En la Olimpiada de Moscú, en 1956, se hablaba de él como un nuevo astro, pero luego siguieron diez años en los que perdió más juegos de los que ganó. En su última *marcha triunfal* se hizo mucho ruido con él, pero pocos tomaron en cuenta que sus rivales no estaban en la mejor forma.

—¿Y Fischer?

—Cuando juega, nunca se sabe lo que piensa hacer.

—¿Cuántas veces lo enfrentó?

—Una sola: en 1962. Fue una partida desgraciada; primero, me equivoqué yo y estuve a punto de perder. Él jugó mediocrementemente, desperdició la oportunidad y entablamos.

* * *

Leonid Pleshakov no es ajedrecista; apenas, un hom-

bre que hizo del periodismo su profesión. Pero nadie podrá retacearle el mérito de haber sostenido esta partida, con Mikhail Botvinnik, en términos de igualdad. Hasta el final de la conversación pudo arrearlo fuera del terreno en el que tendría todas las ventajas. Por último, le concede la pregunta ya inesperada:

—¿Por qué manifiesta tantas esperanzas en el robot ajedrecista?

—En principio, conviene aclarar que no se trata de una máquina que juegue al ajedrez, sino que sea capaz de hacerlo como un gran maestro.

—Entonces, acabará con el juego humano...

—Al contrario: lo hará más popular, más asequible. El ajedrez es una actividad que atrae por el placer de sentir lo bien que le funciona a uno el cerebro. Además, podrán organizarse torneos entre jugadores y computadoras, o separadamente.

—¿Como el match entre máquinas soviéticas y norteamericanas?

—Bueno, eso resultó bastante deprimente. Fue aceptable como experimento, pero no más: las máquinas jugaron a lo principiante. Ganó la nuestra, paradójicamente, pero el método de mayores perspectivas es el de ellos. Nuestra computadora funcionó conforme al estudio de todas las jugadas posibles. *Veía* por anticipado dos jugadas y media, y *pensaba* cada movimiento durante una hora. La norteamericana, en cambio, actuaba a semejanza del hombre: desechaba las jugadas que carecían de sentido y, aunque eso era lo racional, perdió. El secreto fue que su programación corrió por cuenta de matemáticos, y no de ajedrecistas. Tendrían que haber trabajado en común. Con el desarrollo de la cibernética, los jugadores pasamos muy malos ratos: cada teórico de la nueva ciencia se siente obligado a hablar de ajedrez, aunque no tenga la menor idea. Hasta Norbert Wiener —reconocido como *padre* de las computadoras electrónicas— ha escrito sobre nuestro juego en términos que mueven a risa.

—Pero, ¿para qué hace falta una máquina que juegue al ajedrez?

—¡Hombre, por fin se decidió a hacer la pregunta! Es que no se trata solamente del ajedrez. Como juego matemático, como juego con un enorme volumen de información que es necesario obtener, estudiar y evaluar antes de tomar una decisión, el ajedrez es un notable modelo de la actividad del cerebro humano. Si enseñamos a una computadora a encontrar la óptima entre las infinitas soluciones posibles; si le enseñamos a analizar esa variante —no sólo en la posición dada, sino desde los diversos puntos de vista de las posiciones que pueden darse en el futuro—, como hace un buen ajedrecista, indudablemente le podremos encargar tareas de importancia mucho mayor que una partida de ajedrez. Y hasta poseerá ventajas, en comparación con el cerebro humano, ya que el aparato cibernético es capaz de recordar mayor información, y de suministrar respuestas más rápidamente. La creación de una máquina así será un hecho equiparable al descubrimiento del fuego.

* * *

Habló de fuego. Él, a quien apodaron *El Hielo* cuando, frente a un tablero, desconfiaba de lo espontáneo, de la aventura; cuando hizo de la sensatez, de la previsión y de la cautela, un método granítico para vencer. Es probable que su pasaje por el ajedrez no haya sido sino un magnífico entrenamiento para arribar a las disciplinas científicas, el definitivo enarmonamiento de Mikhail Moiseyewitsch Botvinnik, nacido el 17 de agosto de 1911, en Leningrado. ⊖



Una sonrisa inicial, pour la galerie. Luego desenroscaba la

Nuestros diseñadores y nuestros artesanos discuten mucho cada nuevo modelo.



No es tiempo perdido. El resultado vale la pena.

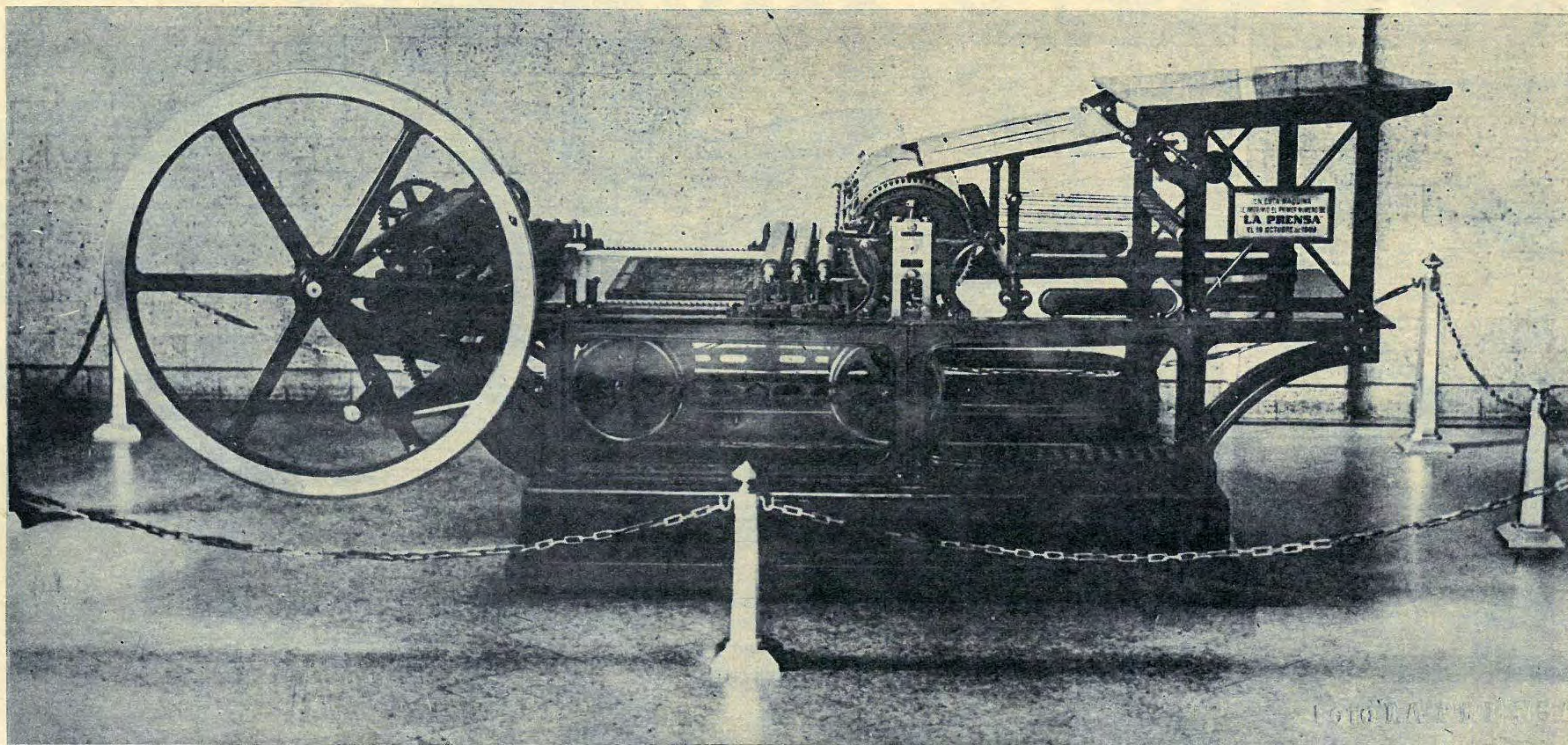
Florida 251 y 834, Santa Fe 1680, Suipacha 121, Rivadavia 6782 y 11416, Cabildo 2162, Callao 52, Boedo 832, San Juan 2334, Uruguay 66 (San Martín), Laprida 388 (Lomas de Zamora), Rivadavia 160 (Quilmes) y sucursales del interior: Salta, Tucumán, Córdoba, Bahía Blanca, Mendoza, Mar del Plata, Santa Fe, Pergamino, Tandil, Luján y San Juan (Rivadavia 120, Este). Adheridas a COMPAÑIAS DE CREDITOS Y CREDITOS PERSONALES BANCARIOS. VEALOS EN GRIMOLDI Y EN LAS MEJORES ZAPATERIAS DEL PAIS.

Grimoldi

EL SIGLO DE LA PRENSA

por Ramiro de Casasbellas

(Investigación de Enrique Bugatti)



En esta máquina se imprimieron los ejemplares iniciales: Una hora de atraso.

Eran tiempos difíciles aunque promisorios. Los vencedores de Francisco Solano López deliberaban acerca del tratado de paz y las conquistas territoriales, mientras sus soldados perseguían, selva adentro, al Mariscal. En cuatro años y medio de guerra, la Argentina gastó 31 millones de pesos.

Sarmiento, que doce meses antes recibía la banda y el bastón de manos de Mitre, sostiene que los asuntos limítrofes deben ser considerados después que el Paraguay recobre su independencia. "La victoria no da derechos", claman don Domingo y el Ministro de Relaciones Exteriores, Mariano Varela.

El primer Censo Nacional acaba de sumar, en setiembre, 1.736.702 habitantes, de los cuales el diez por ciento (177.787) vive en Buenos Aires, que alberga al Presidente y al Congreso sin ser aún la Capital de la República. La inmigración europea se vuelca al Plata: en Buenos Aires, además de 90.000 argentinos, hay ya 42.000 italianos, 14.000 españoles y una cantidad similar de franceses.

La ciudad crece: en sus seiscientas manzanas se yerguen 19.309 casas; más de 17.000 son de planta baja, unas 2.000 de dos pisos y 183 de tres pisos. Doscientos ochenta vigilantes, al mando de Enrique O'Gorman, cubren las funciones policiales. El teatro Colón y el Argentino abastecen de ópera a las clases altas; el velocípedo, un invento francés, apasiona a los jóvenes adinerados, que dirimen torneos en la pla-

za del Retiro (hoy San Martín), los domingos a la mañana. Las compras a plazo están de moda y don Mariano Billinghurst tiende los rieles del tranvía.

Los elegantes imitan las costumbres inglesas en el Club del Progreso y el Club del Plata. Sólo saben leer 80.000 personas, y apenas 15.000 niños asisten a las escuelas. La Lotería de Beneficencia, de orden municipal, ofrece un sorteo por semana (premios: 120.000 pesos) y uno cada mes (300.000). Precio del billete: 50 pesos, o 2 pesos fuertes.

La ciudad, a la que todavía no se agregaron los partidos de Flores (2.256 habitantes) y de Belgrano (1.795), aloja a 215 abogados, 154 médicos, 127 escribanos, 121 ingenieros, 61 agrimensores, 33 arquitectos, 32 industriales, 112 fotógrafos, 128 boticarios, 299 músicos y tres telegrafistas.

En ese momento, el 18 de octubre de 1869, surge un nuevo diario, vespertino: *La Prensa*.

Pocas palabras, muchos hechos

Hijo de Ezequiel Paz Mariño y de Jacoba Manuela Cueto Cernadas, José Clemente Paz, oriundo de Buenos Aires, pasa la infancia en Rosario, donde su familia se había aislado de las luchas entre porteños y provincianos. Sin embargo, el muchacho termina

por mezclarse en ellas, nace a la política.

En julio de 1859, dos cañoneras al mando de Murature echan el ancla frente a Paraná; los tripulantes de una, la General Pinto, se sublevan en favor de la Confederación (que no disponía de flota) y obligan a Murature a emprender la retirada en la Buenos Aires, río abajo, perseguido por una nave brasileña. Al cruzar ante Rosario, y pese al fuego de la artillería, Jose Clemente nada hasta alcanzar el buque, en el cual regresa a su ciudad.

Mitrista, secunda al general en la batalla de Pavón (1861), que consolida la unidad nacional. Con todo, es Mitre quien lo disuade de enrolarse en las fuerzas de la Triple Alianza. Organiza entonces la ayuda a los lisiados de la contienda, a través de la Sociedad Protectora de Inválidos, que crea en 1865, y del periódico *El Inválido Argentino* (1876); allí, sin duda, descubre su vocación.

Más tarde se alinearé junto a Mitre cuando —ya competidor suyo en periodismo— el ex Presidente resiste el triunfo electoral de Avellaneda y es vencido en La Verde (1874); Paz se traslada a Montevideo y concluye sus estudios de abogacía. Luego, otra vez en Buenos Aires, se separa del Partido Nacional (mitrismo), disgustado por la transitoria alianza con los autonomistas de Adolfo Alsina. Después se afilia al Partido Autonomista Nacional y obtiene un mandato de Diputado (1879), que sólo ejerce durante un año.

José C. Paz, mitrista ferviente, saca su diario

DE SARMIENTO A ONGANIA



Sarmiento: Un idilio con final amargo.

En un siglo, La Prensa tuvo que pronunciarse acerca de 27 Gobiernos (sólo se salvó el de Lonardi, porque el diario no aparecía entonces). Una compulsión de los editoriales muestra que la crítica más virulenta se ejerció contra Hipólito Yrigoyen (1916-1922; 1928-1930) y Juan Domingo Perón (1946-1950). Cuando El Peludo, ya ha transferido el poder a Alvear, insiste: "El desquiciamiento aún se deja sentir".

En cuanto a Perón, si la injusta confiscación privó a La Prensa de criticar sus últimos cuatro años y medio del mandato, desde 1956 en adelante no ha perdido ocasión de vituperar al ex Presidente.

Es curioso certificar que la hoja de un mitrista ferviente inició su carrera defendiendo a Sarmiento (1868-1874) y atacando al general. El 30 de noviembre de 1869 La Prensa alerta sobre la campaña de desprestigio que los mitristas llevan contra el sanjuanino: "Las tendencias generales son de apoyo al gobierno constitucional", afirma.

El idilio, sin embargo, se quiebra en 1874: "Los abusos y la inmoralidad tenían un auxiliar encubierto en el señor presidente; hoy lo tienen franco y abiertamente declarado, formando al frente del bando de los facciosos y agitadores", se enfurece el 26 de julio.

Tampoco goza de buena opinión Nicolás Avellaneda (1874-1880), y menos todavía su Ministro de Guerra, Adolfo Alsina, cuyos planes para la cuestión india desecha. "El período que se acaba de cerrar nada podía ya dar de sí", despide La Prensa al joven Presidente.

Las objeciones a Julio Argentino Roca (1880-1886) son, en su mayoría, de carácter político. Deplora que los comicios libres brillen por su ausencia y que la Argentina esté en manos de un "partido único". En cuanto a las "mejoras materiales", la República "ha hecho rápido e inmenso camino", sostiene en enero de 1884.

Miguel Juárez Celman (1886-1890) pasa inadvertido, aunque hacia 1889 menudean los reproches a la orientación financiera. El 31 de julio de 1890 figura esta perla: "El señor jefe de Policía nos comunica la resolución del P. E. exigiendo la remisión de las pruebas de cada número de «La Prensa» para someterlas a la censura previa. En las circunstancias actuales no podemos discutir esta medida, pero tampoco ofreceremos a la censura y en holocausto del estado de sitio, la independencia del pensamiento popular, del que seríamos intérpretes. En consecuencia, «La Prensa» callará en política y dará noticias sin comentarios".



Yrigoyen, Perón: Los juicios más virulentos en cien años.

Carlos Pellegrini (1890-1892) es el blanco de severas admoniciones: "En vez de presidir la rehabilitación nacional, el presidente presidió el derrumbe del edificio". Luis Sáenz Peña (1892-1895) "circunscribió sus funciones al pulcro manejo de los dineros fiscales, hecho que siempre se recordará en su honor, pero allí no estaba el problema de la crisis argentina".

La misma opinión le merece José Evaristo Uriburu (1895-1898): "El pueblo entero se formó un juicio exacto de que el P. E. era una entidad puramente administrativa". La segunda Presidencia de Roca (1898-1904) inflama los editoriales: ahora no sólo lo acusan de "prepotencia electoral" sino de que "económicamente su acción ha sido negativa". El fin de su mandato "es la caducidad de un sistema [...] inconciliable con la civilización argentina".

El régimen de Manuel Quintana (1904-1906) le merece iguales reparos; más contemporizadora es con José Figueroa Alcorta (1906-1910), quien "ha preparado el terreno para las fuerzas redentoras: destruyó a la oligarquía pero no entronizó al pueblo". Esa tarea, según La Prensa, no fue seguida por Roque Sáenz Peña (1910-1914), un gobernante que sólo le extrae juicios adversos.

Por ese entonces califica al radicalismo de "fuerza electoral con arraigo en el alma del pueblo; su porvenir es una promesa para la democracia". Si Yrigoyen enardece a La Prensa, Marcelo de Alvear (1922-1928) no le resulta grato: "El Presidente sale y los testigos políticos podemos decir a su paso que no despierta admiración, ni amor, ni odio".

José Félix Uriburu (1930-1932) es perdonado: "Obró con desinterés y sana intención". Agustín P. Justo (1932-1938) y Roberto M. Ortiz (1938-1942) no sufrieron embates demasiado rigurosos; sí, en cambio, Ramón S. Castillo y Edelmiro J. Farrell (1944-1946). Los editoriales sobre Pedro P. Ramírez (1943-1944) son cautelosos, aunque desnudos de elogios.

Los hay para la obra de Pedro Eugenio Aramburu (1955-1958), y se esfuman sin merced durante las Presidencias de Arturo Frondizi, José María Guido y Arturo Illia. El régimen instaurado en 1966 suscita, en sus últimos dos años, las más ásperas objeciones.

Hija de la República Liberal, La Prensa, en fin, se opuso a la formación de reservas petroleras, la creación de la Marina mercante, las concesiones a la CHADE de 1936, la compra de los trenes y los teléfonos, el agnaldito y la nacionalización del Banco Central. ⊕



La Tribuna, La República, La Verdad, La Discusión (matutinos) y El Nacional, único vespertino hasta aquella época. Sin embargo, la puja será ardua, porque incluso los diarios extranjeros (The Standard, Deutsche La Plata Zeitung, Le Courrier de la Plata) asumen posiciones facciosas.

Sólo El Nacional (de Vélez Sársfield y Piñero) menciona el arribo de La Prensa; y La Prensa lamenta el silencio de los camaradas restantes, en especial Nación Argentina, que inspira Mitre, el ídolo de Paz. El 21, Nación Argentina contesta con un suelto agresivo e injurioso; La Tribuna (de los hermanos Varela) tuerca en la disputa: "No se aflija, colega; el sol alumbra para todos".

Es cierto. A mediados de 1870 estalla una controversia sobre circulación. Rompe el fuego La Tribuna, al jactarse de vender 5.000 ejemplares. Contesta La República: "nosotros vendemos 5.800, y ellos apenas 3.500". Asevera La Prensa: "tenemos 1.500 suscriptores y 1.000 compradores callejeros; como cada ejemplar es leído por 4 personas, La Prensa es el diario de mayor alcance". Nación Argentina, que desde el 4 de enero aparece como La Nación, dirigida por Mitre, opta por no intervenir en la polémica.

Contra viento y marea, La Prensa sigue su camino. "Los avisos de los pobres son gratis", anuncia una volanta en la edición del viernes 8 de julio de 1870. Cuatro páginas ya, correspondientes al número 209; el precio es el mismo: un peso. Un folletín ("La linda", de Gustave Aimard) se instala en la portada.

Sarmiento ha despachado la intervención a Entre Ríos, tras el asesinato de Urquiza; La Prensa da cuenta de la nota que López Jordán, sucesor de Urquiza en la Gobernación, eleva al Senado, acusando al Ejecutivo de violar la soberanía de la provincia. Otras noticias: el corresponsal en Santiago del Estero informa de los estragos que causan los Taboada, enemigos del Presidente; hay una revuelta de "fenianos" en los Estados Unidos y una incidencia en la Asamblea francesa. Telegrama de Roma: "La infalibilidad papal será proclamada el 29".

No falta la queja eterna: "En la Contaduría Nacional se atrasaron los expedientes".

Los tiempos de bonanza

Corren tiempos mejores para José C. Paz: adquiere la imprenta de Estanislao del Campo en 110.000 pesos. Las alternativas de la guerra franco-prusiana incrementaron la venta del diario. Estanislao Zeballos, colaborador desde el número 1, accionista, ejerce la dirección. Las columnas de La Prensa acogen una de sus ideas: una expedición militar al valle del Río Negro para someter definitivamente a los indios, según los propósitos de un joven oficial del Ejército, Roca, de guarnición en Río Cuarto.

A partir del 6 de julio de 1871, La Prensa aparece por la mañana. Sus suscriptores en el municipio trepan a 3.500; la máquina impresora trabaja a razón de 1.200 ejemplares por hora; la cantidad de avisos recibidos sube constantemente.

Bajo la dirección de un hijo de Paz, Ezequiel, el diario se consolida (1898). Abandona el precario alojamiento de Moreno y se afina en el solar de hoy: avenida de Mayo 567, un edificio encomendado a los ingenieros Alberto de Gainza y Carlos Agote, que se inaugura a fines de siglo. Allí también funcionarán los talleres, si bien la fatigada impresora "Marinoni" será reemplazada por una "Hoe".

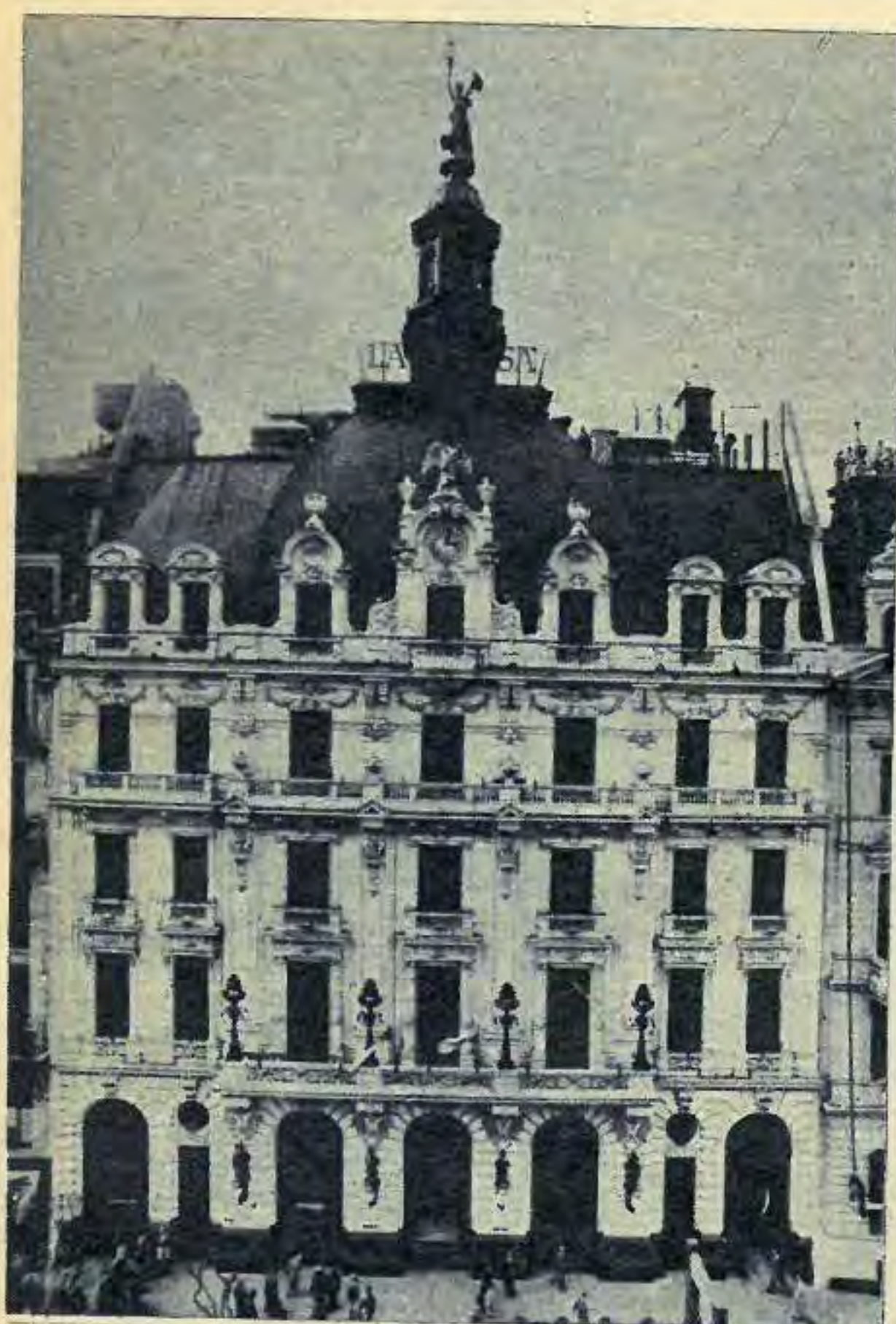
La nueva sede atesora mármoles, herrajes, boiserías y chimeneas con una dispendiosidad que admite pocos paralelos. Uno, sin duda, es la actual sede del Círculo Militar, que fue también propiedad de los Paz; en esa casa vivieron Ezequiel y su hermana, Zelmira Paz de Gainza. Inspirada en el sector del Louvre que data del siglo XVII, fue proyectada en Francia por el arquitecto Louis Sortais y construida por los mismos profesionales que levantaron el hogar del diario.

El palacio de los Paz —así se lo conocía hasta que lo compró el Círculo Militar en 1938— guarda, por ejemplo, una estatua de mármol de Carrara, "La Vendimia", firmada por Raúl Larche; herrajes cincelados de la casa Briacuart de París; mármoles rojos de Francia; boiserías talladas y pintadas al laqué, al estilo Luis XV; galerías tapizadas en damasco de seda roja y zócalo de nogal tallado.

Ya La Prensa es una mención obligada en la guía de Buenos Aires; sus editoriales hacen temblar a los Gobiernos. Concurren a su sede, que cuenta con sala de armas, comedores y alojamiento, las figuras más representativas de la "gran aldea".

Su faro —o su "farola", como la califica despectivamente El Diario, de Láinez—, enclavado en la cúspide del edificio, en la mano de una simbólica estatua de la Libertad, sirve de referencia a las embarcaciones o a las personas que la divisan a la distancia en

1927: Un coloso de 235.000 ejemplares



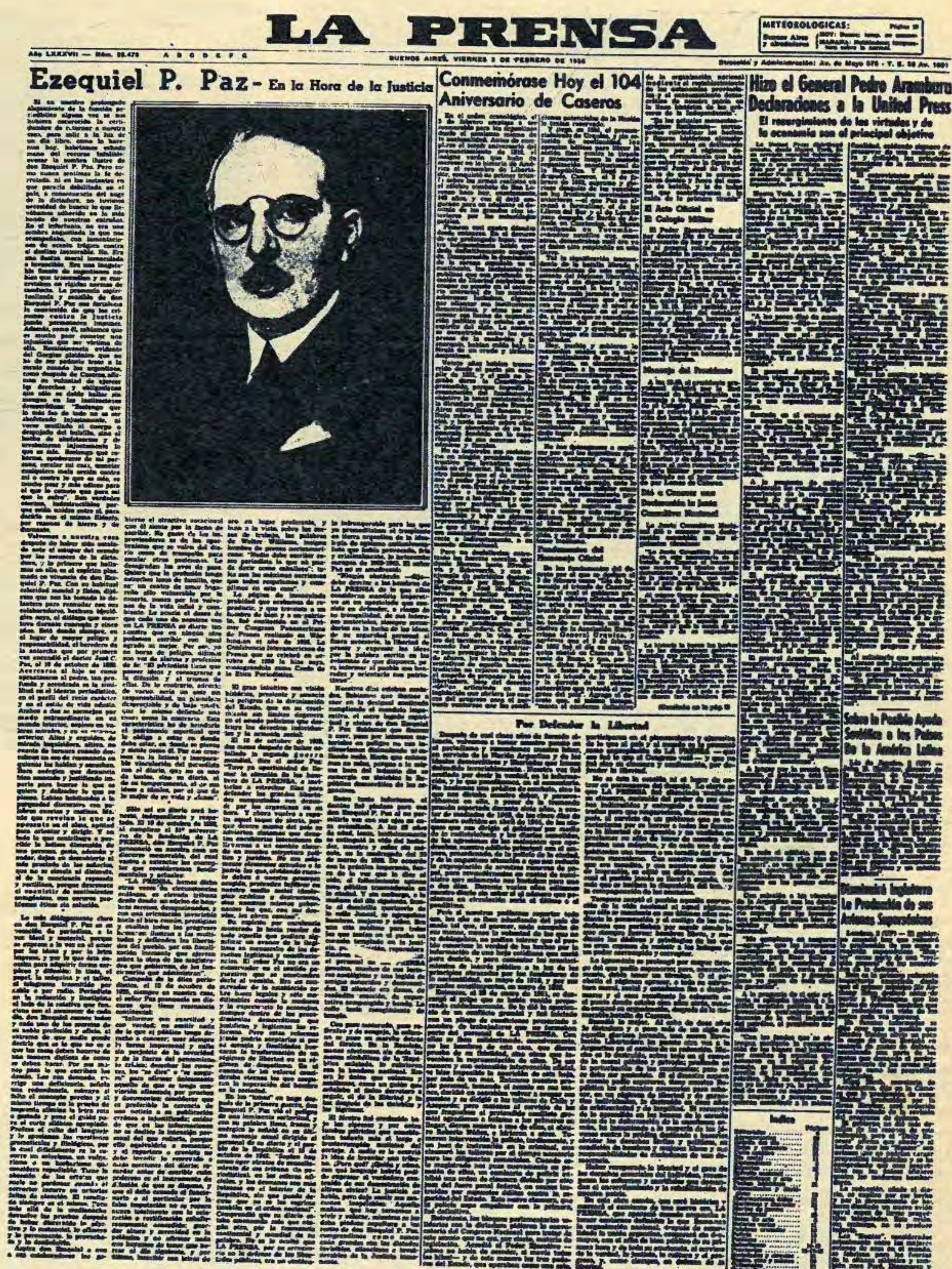
El edificio de Avenida de Mayo.



La estatua y el faro, rumbo a la azotea.



Don Ezequiel o la consolidación del diario.



Año LXXXVII, N° 29.476: Tras la caída del "tirano prófugo".

una ciudad todavía chata. También tiene su historia: la estatua, que vino de Francia, pesa tres toneladas; izarla fue una hazaña, que culminó en noviembre de 1899, ante 20.000 curiosos.

El faro dio noticias de la guerra anglo-boer; para anunciar la victoria de los insurrectos al mando de Krueger se encendía una luz verde; cuando los triunfos eran británicos, luz amarilla. Anotado como punto de referencia en la cartografía oficial del puerto y del río de la Plata, lo desplazan de su lugar por orden del Intendente Jorge Sabaté, en marzo de 1952, después que *La Prensa* es confiscada. La estatua, que había sido cortada en pedazos, es repuesta por Miguel Madero en 1956. Otra reliquia de *La Prensa* son sus sirenas, oídas a propósito de acontecimientos mundiales: el último, la visita de los astronautas Collins y Armstrong hace una quincena.

El 1° de enero de 1919, James I. Miller, destacado por la Agencia United Press en Buenos Aires, enrojeció de ira: los dos matutinos de entonces, *La Prensa* y *La Nación*, incluían noticias extranjeras suministradas por la competencia, The Associated Press. Sus permanentes contactos con don Ezequiel habían fracasado; no obstante, el astuto periodista intuyó que el dueño de *La Prensa* no se conformaría con recibir el mismo caudal noticioso que *La Nación*.

Miller acentúa la frecuentación de Paz y se familiariza con las tareas del matutino: el 1° de junio de 1919 logra que se le acepte un envío especial de la UP. Inmediatamente pone en conocimiento del hecho a Nueva York y Londres, e insiste en la necesidad de mejorar el servicio, especialmente en el área europea. En la redacción de *La Prensa* no hay línea telegráfica; la UP debe traducir los despachos y mandarlos al diario por mensajeros. El primer despacho anuncia la firma del Tratado de Versalles. El denuedo fructifica: "Paz está satisfecho y contrató un servicio completo", cablegrafía Miller.

Las exigencias de don Ezequiel obligan a la UP a ampliar su red de corresponsales y a crecer a la par del diario. Las noticias políticas y económicas de Europa, adonde la Argentina exporta sus productos, interesan a *La Prensa*: los pagos semanales del matutino a la UP ascienden a 14.000 dólares.

En esa misma época Luis A. Firpo lleva su fama a los Estados Unidos; el diario *Crítica*, atendido por AP, concede amplitud a las andanzas del "Toro Salvaje". *La Prensa*, contraria al boxeo por considerarlo un deporte "ridículo y bárbaro", elude todo comentario. En oportunidad de una de las peleas de Firpo, frente a las oficinas de *La Razón*, 50.000 fanáticos esperaban novedades de su ídolo; sus gritos llamaron

la atención del sobrino de don Ezequiel, Alberto Gainza Paz —actual director del matutino— quien —dice la leyenda— advirtió, con pena, que mientras aquello ocurría a las puertas del diario vecino, en el suyo, apenas un racimo de hombres maduros hurgaba en la crisis del Gabinete francés. Fue por ello que ordenó, tras deliberar con su tío, abrir las páginas de *La Prensa* al boxeo. Sus textos evitaron la frase: "Ayer se tomaron a golpes de puño..."

En 1927 un informe procedente de París sintetiza las cualidades del diario: el término medio de la circulación es de 235.000 ejemplares; la impresión absorbe diariamente 54.000 kilogramos de papel; el consumo de ese material significa en pesos cuatro millones y medio por año; mil personas trabajan en redacción, administración y talleres; para la impresión se utilizan cinco rotativas, tres dobles séxtuples y dos dobles óctuples; cada una entrega 24.000 ejemplares de 24 páginas por hora. El servicio telegráfico ha consumido 3.600.000 palabras de nuestro país y 2.784.000 del mundo, excluyendo Sudamérica. Desde 1926, *La Prensa* tenía un suplemento dominical.

En 1938, los talleres gráficos abandonan el subsuelo de avenida de Mayo al 500 rumbo a un edificio de estructura de hierro (único en el país), situado en Chile esquina Azopardo. Es necesario tender un sistema subterráneo, de tubos neumáticos, que enlace la Redacción con la imprenta. Don Ezequiel tiene permiso del Intendente para instalar ese conducto; sin embargo, las obras sólo se iniciaron con el sí del Concejo Deliberante.

El manotazo peronista

La Prensa, a través de sus editoriales, ha juzgado paciente, implacablemente, hasta el hecho más minúsculo. Enemiga de las rectificaciones, muy pocas veces se allanó a ellas y entonces volvió a filtrarse la anécdota. Alguien, de gravitación en el país, fue equivocadamente "enterrado" por *La Prensa*; formulada la reclamación, se le habría indicado la única salida posible: hacerlo figurar en la sección nacimientos.

En 1943 asume la dirección Alberto Gainza Paz, que tiene entonces 46 años; don Ezequiel, un hombre amable pero severo, según sus servidores, cede el timón a su sobrino. Socio del Club Argentino de Pelota, murió a los 82 años, el 25 de marzo de 1953, en su domicilio de la calle Juncal, sin saber de la expropiación; en sus exequias no se pronunciaron discursos; el silencio fue más elocuente.

Ya en 1944, *La Prensa* había sido clausurada durante cuatro días por el Gobierno Farrell; motivo: un editorial titulado "Ahorro en los hospitales municipales". ¿Cómo había surgido ese comentario? Por esos días comió en la residencia del director del Jardín Zoológico, doctor Dago Holmberg, un columnista del diario; al salir fue testigo de las peripecias que soportaron los familiares de una mujer quemada, que no pudo ser atendida en el Fernández por falta de elementos; decidió escribir sobre el tema.

Otro golpe: el 28 de febrero de 1946 se declara comprendido en la ley de represión del agio al papel para diarios, lo que obliga a entregar el excedente a la Subsecretaría de Informaciones. Como el papel escaseaba es secuestrado el sobrante de *La Prensa*.

En octubre de 1948 se concreta una idea del Diputado peronista José Emilio Visca: reducir el número de páginas de los diarios; *La Prensa* acomoda sus entregas de 30 a 16 páginas.

El Presidente interviene en la campaña; el 7 de marzo de 1947, en el teatro Colón, expresa: "Hay algunos diarios que sistemáticamente combaten nuestras ideas. Son los que dicen que los teléfonos andan mal porque ahora son argentinos y que antes andaban bien porque los manejaban extranjeros. Pero ya sabemos por qué dicen eso, porque frente a ese artículo leemos el aviso que lo paga".

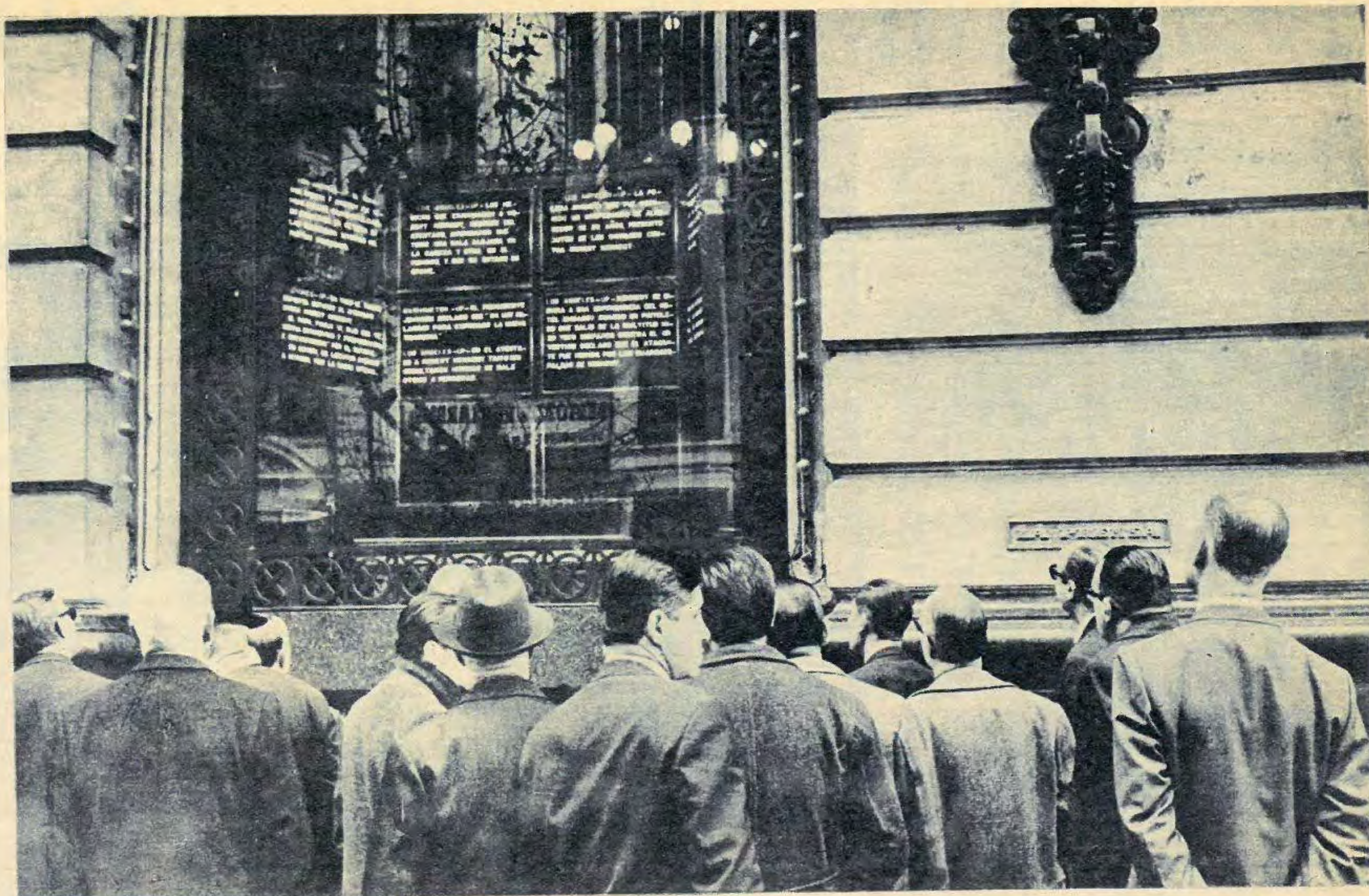
La presión aumenta: los diarios oficiales memoran la primera huelga sufrida por *La Prensa*, en 1919, que culminó con el despido de los adherentes al paro. También se rescita la edición del 4 de julio de 1933, donde la muerte de Yrigoyen cupo en unas líneas de cuerpo 6, extraviadas entre otros hechos.

En febrero de 1946 las cosas se complican; un fallo determina que *La Prensa* debe pagar los derechos aduaneros ligados al papel empleado en la publicación de avisos, de 1939 a 1948: varias decenas de millones de pesos. El Diputado Visca atiza el fuego: "Descubrimos que en los talleres de Azopardo y Chile estaban armando una nueva rotativa, adquirida en dólares, y que habían utilizado 13 millones de un crédito en el Banco de la Provincia —relata—. Perón quiso saber qué razones había para que un diario opositor usufructuara tales beneficios".

Por fin, un organismo parlamentario especial resuelve estudiar el caso. El 25 de enero de 1951, el Sindicato de Vendedores de Diarios informa a las autoridades de *La Prensa* que si no son satisfechas ciertas demandas, el gremio irá a la huelga. Rechazadas las exigencias, comienza el paro que, curiosamente, es impuesto al personal por los dirigentes gremiales. Transcurrido un mes, los obreros gráficos



Alberto Gainza Paz: Director desde 1943.



Las pizarras de "La Prensa": El boxeo y cómo lograrlo.

resuelven reanudar su labor; en el intento pierde la vida Roberto Núñez, un trabajador de expedición, atacado por activistas que impiden el acceso al diario.

La mecha había sido encendida; el problema llega a la Cámara de Diputados, donde se hace pública la idea oficial de expropiar *La Prensa*; Antonio J. Benítez, Diputado peronista, es traído en un avión militar desde el Sur, donde se halla por cuestiones parlamentarias, para informar sobre el tema.

Las argumentaciones peronistas: el 71,61 % del espacio son avisos pagados; para su provisión de papel posee la mitad indivisa del barco Río Grande (3.168.750 pesos), la otra es de Alberto Dodero; *La Prensa* está asociada a la UP, a quien pagan sus sucursales en Montevideo y Buenos Aires; con un capital de 1 millón de pesos en 1916, obtiene en los 20 años siguientes ganancias por 50 millones; en 1943 se transforma la sociedad civil Ezequiel Paz-Zelmira Paz, en sociedad colectiva, con retroactividad a 1912; el diario se opone a los intereses nacionales; en sus oficinas no hay un solo retrato de próceres argentinos.

La bancada radical, por boca de Arturo Frondizi, defiende a *La Prensa*, niega los cargos. Dirigiéndose al personal del diario, Frondizi arenga: "Quiero decirles a los hombres de *La Prensa* que no cae abatida por una revolución transformadora que abre una esperanza de redención para el futuro, sino que cae abatida por una dictadura, por una oscura dictadura".

El 11 de abril de 1951 se aprueba la expropiación, al tiempo que Gainza Paz se exila en los Estados Unidos y sus abogados rescatan documentos y los depositan en un inmueble de French y Azcuénaga, un reducto al que no llega la intervención del Gobierno.

Eduardo Colom, miembro informante del despacho que apoyó la confiscación, explica ahora:

—No volvería a votar la medida. Nos hizo mucho daño. En cada lugar del mundo donde llegué me preguntaron por qué habíamos tomado esa actitud.

Su ex colega Benítez, menos terminante, se defiende: "Fue una medida justa aunque nada práctica. Con los años he comprendido que no era imprescindible".

Durante el peronismo, *La Prensa* es usufructuada por la Confederación General del Trabajo, cuyo secretario general asume la conducción. El Gobierno Aramburu devuelve el diario a sus dueños.

El 3 de febrero de 1956 está en la calle: ese día se tiran 840.000 ejemplares; Gainza Paz y su madre, Zelmira, autografían copias a diestro y siniestro. A fines de 1963, la rotativa Hoe, de ocho unidades, es recuperada; la pone en marcha Roberto Núñez, hijo. Había sido utilizada, durante el régimen peronista, para imprimir diarios de la cadena, en el edificio Alea, de avenida Leandro N. Alem.

Contra viento y marea

Algunas cosas cambiaron entonces. La portada volvió a guarecer noticias; los avisos "clasificados"—una apreciable fuente de ingresos que durante medio siglo fue, además, sólido acicate para la venta del diario— se mudaron a las últimas páginas; su volumen había decrecido entre 1951 y 1955, en beneficio de *Clarín*, el matutino fundado en 1945.

También se suprimieron las agencias en el radio de la Capital (Flores, Belgrano, Caballito, Parque de los Patricios, Barracas, Federico Lacroze): era antieconómico sostenerlas, debido al sistema de distribución. Sin embargo siguieron funcionando los "servicios gratuitos" (el consultorio médico y el jurídico) y la biblioteca pública, cuyos 75.000 libros ocupan el subsuelo del edificio y a quienes vigila Hilario Micelotta Arcadi.

Los deportes obtuvieron mayor espacio y hasta la crónica policial alargó su centimetrage; otros aires

soplaban en el periodismo nacional y *La Prensa* no estaba en condiciones de ignorarlos. El 14 de enero de 1963, la sección Turf publica por primera vez la foto de una llegada, a 4 columnas. Días más tarde se añade un sumario a la portada. No obstante, fiel a su línea de conducta, *La Prensa* se atuvo a sus viejas tradiciones: desdén por los adjetivos, ausencia de horóscopos y pronósticos de carreras ("si no se cumplen, la gente perderá confianza en nosotros", explica uno de sus funcionarios), vetustos suplementos dominicales, un lenguaje seco, sin adornos, y una absoluta independencia de criterio.

Este requisito y el apego a moldes antiguos disminuyeron la pujanza de *La Prensa*, nunca su influencia: si ya no derriba Ministros, al menos incide en su gestión, los inquieta. Dice un ex Canciller:

—Lo primero que hacía a la mañana, antes de tomar el desayuno, era fijarme si *La Prensa* me dedicaba un editorial. Cuando eso ocurría, los efectos del artículo eran arrasadores. No bien llegaba a mi despacho, mis colaboradores se presentaban, recorte en mano, a discutir. Los colegas me llamaban por teléfono, me declaraban su solidaridad...

La independencia juega en todos los planos, desde los hechos políticos hasta la recepción de avisos. Los hombres de *La Prensa* no admiten las dádivas y los sobornos tan difundidos entre cierta calaña de periodistas (con el silencioso beneplácito de sus dirigentes). Las agencias de publicidad y los anunciadores no encuentran allí la amplitud de créditos que les conceden otros órganos. En estos trece años no fue posible recuperar el tiraje de antaño ni el ubérrimo caudal de avisos.

Tal vez por eso, o con el fin de ponerse a tono con la época, *La Prensa* ha recurrido a campañas promocionales internas y en órganos gráficos o televisivos: sus jingles de 1964 molestaron a más de un veterano suscriptor. Sus editoriales, muchas de sus informaciones, dibujan una visión tendenciosa de la realidad contemporánea: decir que la UNESCO ejecuta órdenes de Moscú porque rinde homenaje a Lenin, o tachar de fascistas a los ciudadanos argentinos que aspiran a una renovación institucional, son huesos duros de roer en el mundo de hoy.

Esas manifestaciones, no obstante, forman parte del acervo de *La Prensa*, que no declina sus principios; es imposible, a veces, compartíroslos, pero no es posible dejar de admirar su franqueza, su coraje. Se necesitan honradez y valentía para no caer en el sometimiento, para eludir las volteretas; acaso el máximo elogio que cabe a *La Prensa* sea éste: ha luchado por convertir al periodismo en un medio de opinión, en un oficio honorable.

Desde que Telam centralizó los avisos estatales, *La Prensa*—que no le reconoce tal carácter— cesó de insertarlos. Meses atrás protestaba contra unos agentes policiales que intentaron pegar carteles anticomunistas en los muros del edificio. Cuando el asesinato del ideólogo marxista Emilio Jáuregui, fue el único diario que señaló ciertas oscuridades en la versión oficial; en ese mismo número campeaba un vigoroso editorial contra la "subversión comunista" en la Argentina. Y, sin duda, mientras exista, *La Prensa* no escribirá el nombre de Perón: seguirá llamándolo "el tirano prófugo".

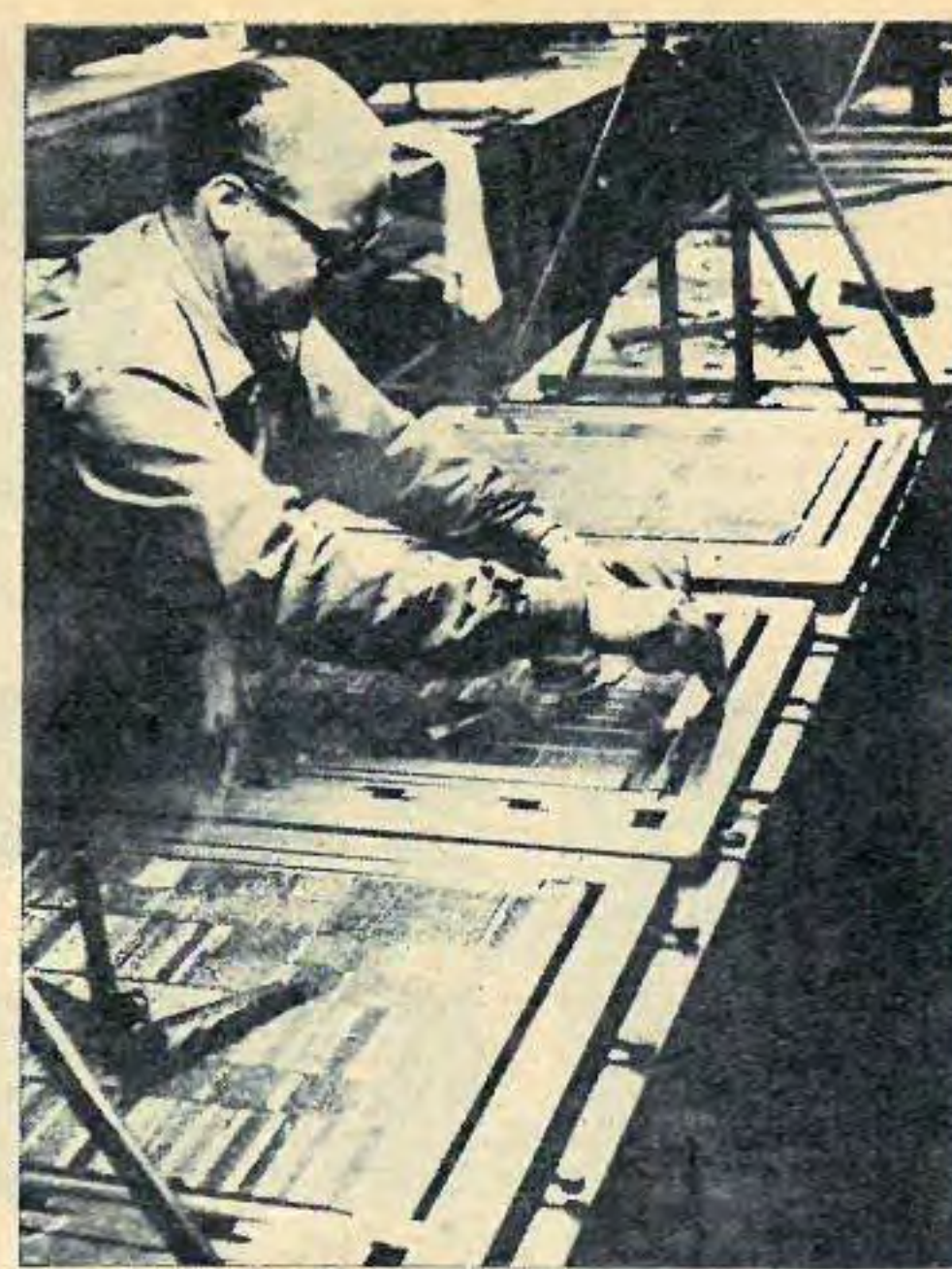
Las raíces de esta actitud se hunden en su propia historia, en una frase que consigna la edición de octubre 18, 1870: "La Prensa es un diario del pueblo. No sirve los intereses mezquinos de ningún partido, de ningún círculo, ni ciegame las ideas de ningún gobierno" ☉



José Santos Gollán, Rodolfo N. Luque: Mismas voces, otros ámbitos.



Sesenta y dos linotipos a la espera de noticias.



El "armado", pero sin diagramas.



El plomo se transforma en cartón: El "matrizado".



Las rotativas: Dos ediciones, 220.000 ejemplares.

Las 17 horas de cada día

Todas las mañanas, a las nueve y media, los bigotes y el clavel rojo de Ricardo Constenla avanzan por la calle Florida en dirección a Rivadavia. El Jefe de Noticias de *La Prensa* se instala en su oficina del tercer piso; no saldrá de allí hasta la noche. Su labor es monótona: centralizar las informaciones, elaborar una guía de los acontecimientos más importantes de la jornada.

Constenla, hijo del Administrador General muerto en 1951, es el primer periodista que llega al diario. A esa misma hora el teléfono suena con insistencia en un departamento de Santa Fe entre Callao y Rodríguez Peña: es la casa de Adolfo Lanús, 73, el Redactor en Jefe, que conduce la vital sección Editoriales. Los colaboradores de Lanús, que ingresó a *La Prensa* en junio de 1919, proponen y discuten los temas a considerar.

Después del mediodía, la afluencia de cronistas y redactores es continua. A ellos se suman los altos funcionarios y Genaro Fariña, el mayordomo, que presta servicios desde 1922 y acompañó a los abogados de la empresa al exilio de French y Azcuénaga (ver página 28). Fariña se ayuda con su pipa a recordar otros tiempos: don Ezequiel, "bueno, derecho, democrático"; los grandes secretarios ya desaparecidos: José Santos Gollán, Rodolfo N. Luque; algunos visitantes que fueron vecinos de *La Prensa* en la Casa Rosada: Alvear, Justo, Frondizi. ¿Y el doctor Gainza Paz?

—Igual a su tío. Fíjese que logró sacar a mi hijo, que era fotógrafo, de Cuba, donde había ido por razones profesionales.

—¿Se lo pidió a Fidel Castro?

—¡No, no hace falta! Don Alberto resuelve estas cosas por teléfono.

Fariña es uno de los pocos que no tiene vedado el acceso directo al barroco despacho de Gainza Paz, en el primer piso, cuyas antecámaras conservan, entre otras reliquias, el original del telegrama que anunció el armisticio de 1918: GERMAN'S SIGNED 15.12. FERGUSON. Gainza Paz está en su escritorio de tres a nueve de la tarde, incluso los domingos. Un té, que sirve Fariña, "es su única bebida".

Durante esas horas se gesta *La Prensa* bajo el control de los cinco Secretarios de Redacción: Quiliano Anta Paz (Exterior), Raúl Hernández (Interior), Fermín Luque y Miguel A. Gori (Local), Enrique E. Zanni (Economía). El titular de este equipo es Juan J. Navarro Lahitte, el Secretario General, que recibió su confirmación como empleado efectivo el 1º de julio de 1919, junto con Lanús; su sueldo de entonces: 150 pesos.

Son ambos los más antiguos hombres de *La Prensa*, un diario donde perviven las razones dinásticas.

—Mi debut fue con motivo de una sublevación en la cárcel de Caseros —dice Lanús—. El oficial de turno, desde lo alto de su pupitre, me negó información. Pero un escribiente me susurró al oído: "Espéreme en el bar de la esquina". Me contó todo y así pude volver con una verdadera primicia.

En 1925 Lanús pasa a la sección Editoriales; un año después abandona el periodismo para gobernar su provincia, La Rioja; conservador, entrega el poder en 1929 a un radical. Luego, de 1938 a 1942, ocupa



Lanús en su despacho: La savia de los editoriales.



Fariña: Un té cada tarde. Navarro Lahitte: 50 años.



un asiento en la Cámara de Diputados y preside la comisión investigadora sobre venta de tierras fiscales en El Palomar. Secretario de Prensa de la Presidencia en 1956, desempeña la Embajada en Uruguay en 1957 y torna a *La Prensa* en 1958. Aún le aguarda una función pública: Ministro de Defensa durante un mes, en el turbulento setiembre de 1962.

También Navarro Lahitte transita varios departamentos del diario antes de alcanzar la cima. A él le está reservado titular la portada de *La Prensa*, la única página que se diagrama; el resto es armado en los talleres de Azopardo y Chile, de acuerdo con un orden de prelación, sin que antes se dibuje en el papel la configuración de cada texto e ilustraciones, como se hace en los demás periódicos.

Los tubos neumáticos subterráneos conducen los originales desde avenida de Mayo hasta las 62 linotipos; vuelven a la Redacción, ya compuestos, en "pruebas de galera", que supervisan los Secretarios; una copia queda en manos del Director. A las cinco, Lanús, en consulta con Gainza Paz, establece qué asuntos serán tocados en los editoriales (tres por día, promedio) e inicia el trabajo final.

Unos veinte especialistas forman el equipo de Lanús, aunque sólo media docena de ellos tiene funciones efectivas; entre otros, Alfonso de Laferrère. La opinión de *La Prensa* sobre todos los aspectos y a lo largo de su existencia yace resumida en una serie de cuadernillos, pequeñas biblias que los redactores manejan para eludir las contradicciones y sostener la continuidad editorial.

Siete teletipos unen a *La Prensa* con sus sucursales en La Plata, Mar del Plata, Rosario, Santa Fe, Córdoba, Tucumán y Mendoza; pero la red de corresponsales se extiende a las demás provincias. Tres teletipos de la United Press Internacional, uno de los cuales opera en la oficina de Gainza Paz, suministran las noticias extranjeras. Cinco corresponsales actúan en Londres, Nueva York, París, Vigo y Montevideo. El Servicio Meteorológico, una de las más viejas secciones de *La Prensa*, es obra de un veterano: Lorenzo Martínez Cortés, a quien han bautizado Júpiter.

Hacia las nueve de la noche, dos Secretarios viajan a los talleres para dirigir el "armado"; mientras tanto, el restaurante que atiende Gayoso y Cía. abre sus puertas: allí, por 400 pesos, según el vale que se extiende, el personal del diario puede elegir doce variantes de los tres platos básicos.

Las rotativas zumban en Chile y Azopardo alrededor de las once y media; una hora más tarde, los "revendedores" se llevan la primera edición; a las dos de la mañana sale la segunda. En total, 220.000 ejemplares, casi la mitad del tiraje anterior a la expropiación, que merodeaba los 400.000. *La Prensa* tiene 1.045 empleados así divididos: 512 administrativos, 332 gráficos, 201 periodistas.

La planta baja de su edificio —elevado en el solar que a fines del siglo pasado ocupaba la cochería funebre de Malcon y Champalanne— cuenta con la única entrada para automóviles de la avenida de Mayo; en ese lugar se encuentran las oficinas de publicidad. En el primer piso, el "salón dorado", donde desarrolla sus actividades el Instituto Popular de Conferencias; los despachos del Director, el Administrador (Máximo Gainza Castro, 45, hijo mayor de Gainza Paz) y el jefe de Editoriales.

En el segundo piso: el director de Rotograbado (José Santos Gollán, h.) y las oficinas de las secciones Deportes, Cine, Teatro, Música y Sociales, así como las de los editorialistas efectivos. La Redacción general (*cuadra*) está en el tercer piso, más el despacho de Navarro Lahitte, la sección Fotografía (cuyo titular es Jorge Gainza Castro, 34, hermano de Máximo) y un plantel de máquinas Cometa, linotipos electrónicos. El cuarto piso aloja la Administración y el Archivo periodístico; el quinto, la sección Dibujantes y el archivo de la Administración; el sexto, los consultorios médico y jurídico. Otro hijo del Director, José Gainza Castro, 40, rige lo talleres.

The Times, de Londres, colocó en 1965 a *La Prensa* entre los cinco mejores diarios del mundo; los otros cuatro: *The New York Times*, *Asahi Shimbun* (Tokio), *Le Monde* (París), *Izvestia* (Moscú). Juzgó entonces que *La Prensa* sigue "manteniendo sus mismas tradiciones y sirviendo la causa que hizo suya".

EL VERDADERO DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

por Félix Samoilovich



Antropólogos e historiadores de todo el mundo polemizan sobre los primeros viajes a América.

En la biblioteca de San Marcos, en Venecia, los pacientes pueden descubrir un vetusto catálogo ("Rarezas venecianas", dicen las letras descoloridas). Si el polvo no los desalienta, ni las miradas inquietas del guardián, ni ese silencio de crepúsculo, es posible que al llegar al número 636, encuentren la referencia de un pequeño libro. Está editado en 1558 por un impresor llamado Marcolini; el autor, Niccoló Zeno, relata el viaje de dos antepasados suyos, los hermanos Niccoló y Antonio.

Quizá la obra fuera prescindible; sin embargo, hay algo que la convierte en documento singular: basada en una serie de cartas que los hermanos enviaron a Europa a fines del siglo XIV, contiene indicios de que entonces, un siglo antes que Cristóbal Colón, ellos habían tocado tierra americana.

En el siglo pasado, Víctor Hugo solía compadecer al marino. "Fue un ser desgraciado —lamentaba—, ni siquiera se le puso su nombre al Nuevo Continente." En los últimos años la situación del genovés es aún peor: hay, por lo menos, una docena de evidencias de viajes anteriores; su cetro de pionero parece resbalar hacia otras manos.

Los rivales más mentados: chinos, japoneses, polinesios, musulmanes, y hasta etruscos y egipcios. A veces se trata nada más que de vagas presunciones; otras, de hipótesis que no carecen de buen humor científico. Nadie sabe, en fin, quién o quiénes llegaron primero; sí, en cambio, que la orlada bota de Colón no encontró virgen el suelo de América.

Andrzej Wiercinski, un antropólogo polaco, sostiene que europeos y africanos llegaron cientos de siglos antes que él. Después de estudiar durante años esqueletos y estatuas centroamericanas del período precolombino, llegó a una conclusión: en todos los casos hay signos de contacto con poblaciones blancas y africanas. La cautela —o ese conservatismo que algunos científicos consideran respetable— mantiene a Colón, al menos en la historia oficial, sobre el podio de los vencedores; no se trata de arrojarlo de allí: sí, de no cerrar los ojos a las evidencias acumuladas en la última década.

Versiones documentadas y de las otras

En 1964, la Cámara de Representantes de Estados Unidos ungió a Leif Ericson, un navegante vikingo del siglo X, como el primer europeo que pisó América. Se supone que fue hacia el año 1000; la precocidad tiene, ahora, recompensa: el 9 de octubre —presunto día de su cumpleaños—, quedó fijado como *Día de Leif Ericson*.

En realidad, hacía tiempo que los investigadores tenían noticias de las incursiones normandas por el Atlántico Norte; se sospecha que llegaron hasta Terranova y, quizá, hasta el actual territorio norteamericano. Algunas viejas sagas islandesas evocan la aventura, aunque no son los únicos indicios. Desde 1953, el noruego H. Ingtad exploró la costa atlántica de América del Norte, entre Rhode Island y Terranova; en 1961 desenterró su primera alegría: restos de un establecimiento normando y un par de ánforas del mismo origen. Dos arqueólogos norteamericanos, H. Collins y L. Bird, confirmaron el valor de su hallazgo. Las sagas no mentían: los normandos parecen haber estado en América hacia el año 1000.

Hay más pruebas: el famoso mapa de Basilea —levantado en 1440, medio siglo antes de la aventura colombina— esboza una tosca representación de la nueva tierra.

Los especialistas de la Universidad de Yale y los del Museo Británico afirmaron, después de estudiarlo, que es copia fiel de una carta marina de principios del siglo XII. Alexander Victor, uno de los expertos, apostó su prestigio científico en su favor: "Si se trata de una ficción —aseguró—, me retiraría a cualquier lugar apartado, lejos de la Humanidad". Salvador de Madariaga amenaza convertir a Victor en un anacoreta: "El documento es falso —controvierete—; ha sido compuesto con fines fraudulentos y sensacionalistas".

A veces las polémicas toman rumbos filológicos. Por ejemplo: las sagas islandesas hablan del cabo *Vinland* y, durante muchos años, se creyó que denominaba "tierra del vino" —su significado— a algún lugar de América. El filólogo sueco Serderber dio la primera alarma: *vin*, en el antiguo escandinavo, no era "vino" sino "pradera". Por fin, el profesor Gwenn Jones cortó para siempre esta vía de análisis: demostró que el vocablo *vin*, en esa acepción, ya no se usaba en la Noruega del siglo XI. Largas especulaciones —y esfuerzos— resultaron, al fin, vanos.

Los historiadores españoles —quizá para salvar el orgullo de una prioridad mantenida durante siglos— han vuelto a manipular la versión de que América fue descubierta por Alonso Sánchez, en 1484. Según Torcuato Luca de Tena, la teoría puede sostenerse sin

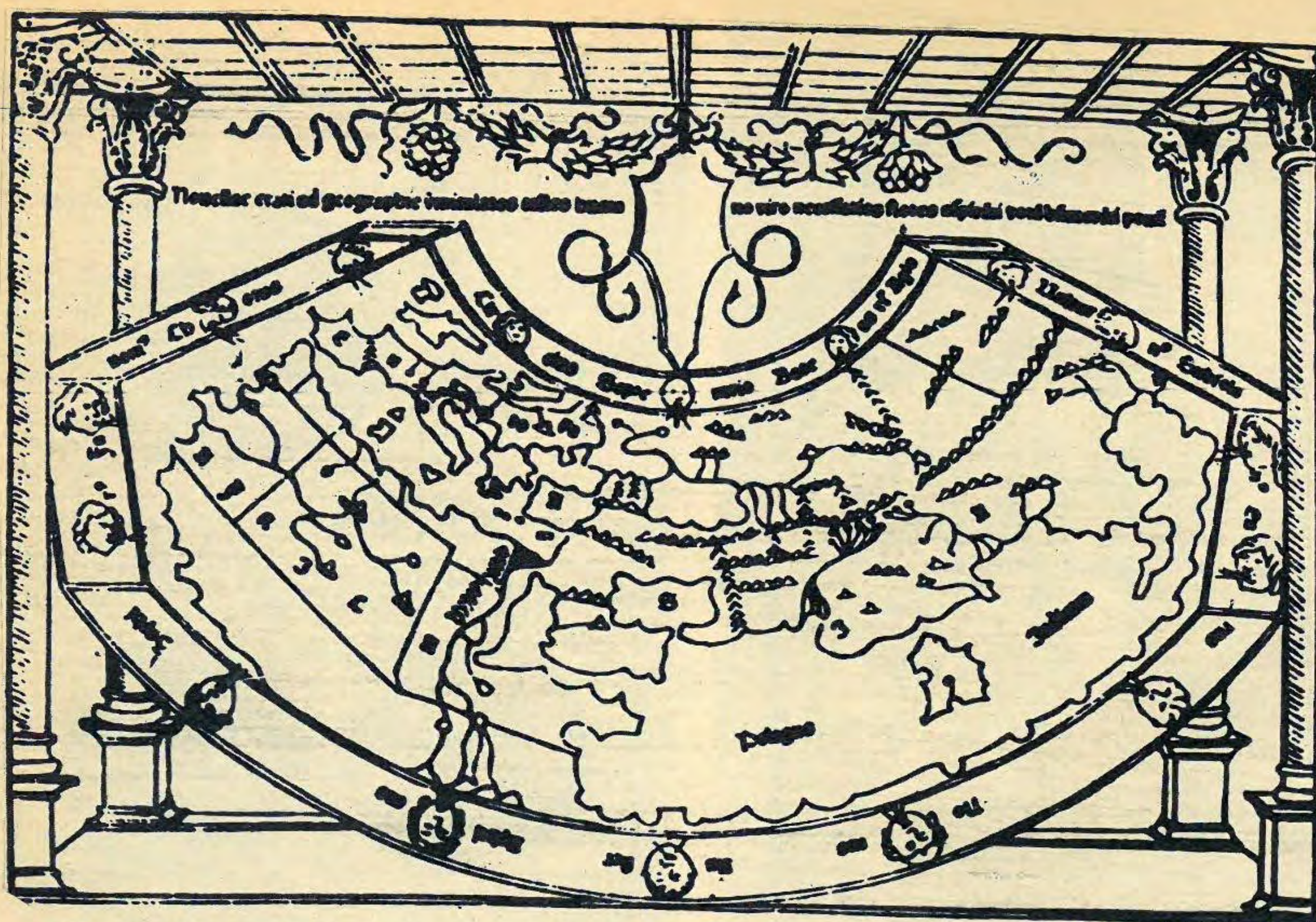
peligro si se la apoya en los romances y crónicas de los siglos XVI y XVII. Allí se informa que el marino andaluz salió de Huelva hacia Londres y un temporal desvió la nave hacia el Oeste, yendo a parar por fin a las Indias Occidentales, donde Alonso dijo haber visto "hombres pintarrajeados".

Aunque la versión fuera cierta, el calé no fue quien descubrió el maquillaje: hay noticias de que en los siglos VI, VII y IX, llegaron a América aventureros desde las actuales España, Portugal e Irlanda; se sabe que unos pescadores vascos alcanzaron las playas bajas de Terranova hacia el año 1000. Ninguno presentó quejas formales por la novedosa coquetería masculina.

Pero quizá la versión más documentada sea la de los hermanos Zeno, los dos audaces venecianos del siglo XIV. A fines del 1300, Niccoló abandonó los privilegios de la ciudad natal —pertenece a una de las familias más encumbradas— y marchó a Flandes. El barco naufragó —cada naufragio parece tener un descubridor en potencia— y tuvo la fortuna de ser recogido por sir Henry Sinclair, un súbdito inglés. El afán de aventuras del veneciano y sus condiciones de marino no tardaron en convertirlo en capitán de la flota; llamó entonces a su hermano, y juntos, en tres pequeños barcos, se lanzaron hacia el Norte. Así llegaron a Groenlandia, una región incierta poblada todavía de historias terroríficas: en el límite septen-

trional, cuando desmayaban las esperanzas de hallar vida, descubrieron alborozados una iglesia (la de Santo Tomás) y un monasterio donde se cobijaban unos frailes noruegos. Las cartas describen la ignota colonia: unas pocas casas de piedra liviana, clima gélido, vegetación escasa, vida dura y ascética; los monjes, sin embargo, no carecían de algún confort: habían construido un aceptable sistema de calefacción, aprovechando una fuente de agua termal cercana.

En 1402, poco después de la muerte de su hermano, Antonio tuvo que afrontar una misión difícil: Sinclair sospechaba la existencia de otras tierras —treinta años antes, un pescador le había confiado una aventura en un país habitado por canibales—, y decidió mandarlo a explorar. La partida tuvo que aventar mil peligros; fue recibida hostilmente por los pobladores y más de una vez los intrusos se vieron literalmente, arrojados a la costa. Aunque las referencias son, en este punto, menos generosas, hay pocas dudas de que Antonio y sus camaradas de aventuras llegaron a tocar las costas de América del Norte. El profesor Richard Henry Mayor declaró que, "este testimonio sirve de prueba incontrovertible de los descubrimientos de los venecianos en los mares occidentales". Su colega E. R. Taylor (en la *Geographical Review*, Nueva York, 1964) también considera relevantes los datos aportados por las cartas de Antonio Zeno.



El planisferio anterior al descubrimiento, cuando el mundo terminaba en Europa.

La otra cara del Continente

El Atlántico no fue el único camino: los polinesios llegaron al actual Perú en el siglo XII, a través del Pacífico. Otra teoría sostiene que ocurrió al revés: los quichuas fueron los que se desplazaron hasta la Polinesia, más o menos en la misma época. También se afirma que los musulmanes, desde Madagascar, llegaron a tierra transoceánica, donde encontraron "gentes de piel roja". La imagen se filtró a los manuscritos de Idrisi —una serie de observaciones de los geógrafos árabes del siglo XII—. Sin embargo, Ignati Krachkovsky, un experto ruso, declara no haber hallado pistas confiables en las obras disponibles, después de una cuidadosa búsqueda.

Alucinada —aunque más poética— es la leyenda de Brendan, prior de un convento irlandés del siglo VI. Según la tradición, el monje leyó sus oraciones sobre el lomo de una ballena; luego congregó a un grupo de iguales y, a horcajadas en el animal, surcaron el océano hasta tocar territorio americano.

Marco Gattoni Celli, un lingüista, afirma que hace tres mil años los etruscos emigraron a las Guayanas. Su teoría se apoya en las similitudes entre sus ritos religiosos y costumbres y las de los indios navajos.

Los mitos chinos reclaman su parte: según remotos manuscritos, cinco lamas budistas viajaron al "país de Fusán"; por entonces recién nacía Cristo. Durante mucho tiempo se discutió el lugar al que habían llegado; algunas versiones los plantaron en California, otras en México. Por fin, la fantasía se derrumbó: A. Cordier, un historiador, observó que los escritos aluden a una corriente marina al Este de Fusán; no hay dudas, sostiene, que se trata de la corriente de Kuro Shivo. Si fuera así, los monjes apenas habrían hecho un *tour* hasta el Japón.

Este país, en definitiva, es uno de los que cuenta

con más adeptos. Froelich Rainey, un arqueólogo norteamericano, descubrió en Alaska un tendal de objetos de sílice. Los microlitos —unos seis mil años de antigüedad— son del mismo tipo que los que se pueden encontrar en las islas Aleutianas y en las costas orientales del Japón. Por otro lado, los esposos B. Meggers y C. Evans (del Instituto Smithsonian de Washington) detectaron semejanzas entre cacharros del Ecuador y cerámicas niponas del 3000 a. C. Como las piezas ecuatorianas eran posteriores, concluyeron que los modelos fueron llevados desde Oriente a la costa sudamericana del Pacífico unos 4.500 años antes del viaje de Colón.

Las balsas y los días

¿Pudieron soportar la cruenta travesía del océano las modestas embarcaciones anteriores a la Edad Moderna? Los arqueólogos E. Estrada y B. Meggers sostienen que sí: "Existían medios y posibilidades de realizar el viaje —alegan—; estudiando todas las circunstancias, de lo único que cabe asombrarse es de que los científicos de ambos hemisferios hayan prestado tan poca atención al problema". Más cauto, C. Evans dice que, "afirmar la existencia de contactos a través del Pacífico, tres mil años antes de Cristo, resulta sumamente descabellado; pero esa es la única conclusión admisible si nos atenemos a los principios del análisis comparativo".

Hace poco, Thor Heyerdhal, un explorador noruego, trató de escapar a la pura teoría. Su proyecto: demostrar que los egipcios descubrieron América veinte siglos antes que Colón; para eso preparó una embarcación modelo faraónico, el *Ra* —bautizado así en homenaje al dios egipcio—, la que devoró doscientas mil cañas de papiro. Salió de Marruecos el 25 de mayo

de este año, con seis tripulantes, un mono mascota y la pretensión de transitar seis mil cuatrocientos kilómetros, hasta la ansiada América. Menos de dos meses después, el 20 de junio, la nave estaba convertida en una ruina flotante; los pasajeros se animaron a enfrentar la opinión de más de un experto, más no la voracidad de los tiburones; pasaron, cabizbajos, a un buque de rescate; un beneficio del que no hubieran disputado sus presuntos inspiradores.

Intentos como el de Heyerdhal no hacen sino encender aún más las disputas. Es que los científicos no parecen estar vacunados contra cierta vanidad provinciana: "El día [de Colón] en que el mundo honra la memoria del hombre que abrió las puertas de América a la colonización, es un día que molesta", se queja el presidente de la Sociedad Histórica Italiana de Nueva York. Un vocal de la Suprema Corte, en USA, el doctor F. A. Musmanno (con ardor peninsular), califica de "delirante" la idea de que los primeros en llegar a América fueron los japoneses. Un colega rezuma: "¿En qué se basan para asegurar que los japoneses desembarcaron aquí hace 5.000 años? Dicen que encontraron unos trozos de cerámica roja. Es extraño que no llegaran a la conclusión de que América fue descubierta por los comunistas, siendo las piezas de ese color". Quiérase o no, América fue descubierta hace un tiempo suficiente como para que no haya que ensordecirla a gritos.

Es posible que algunos datos sean ciertos y que otros resulten fruto de imaginaciones calenturientas. Quizá lo más sensato sea utilizar toda la información —en lugar de contraponerla sin beneficio—, y definir qué quiere decir cada uno de los contrincantes cuando habla de descubrimiento. Porque una cosa es acceder a un lugar deshabitado, y algo muy distinto establecer un vínculo regular entre dos culturas; esto último, sin duda, es un lauro que puede llevarse Cristóbal Colón.

Es que si se intenta establecer, con estricto respeto por la cronología, quién fue el primer humano que llegó a América (un arribo necesario, ya que no se han encontrado restos de monos antropoides darwinianos), no hay más remedio que remontarse 30 mil años atrás, al pleistoceno, una era alienada al radio de acción de la memoria de la Humanidad.

Por eso se sostiene que fueron los protomogoles (desde Asia, cruzando el lugar donde después se formó el estrecho de Behring), los primeros hombres americanos. "En América ya vivían, en 1492, millones de seres —advierte Conrad Kretschmer—; para ellos no era necesario descubrirla."

En definitiva, ¿por qué pensar que sólo Europa descubre? ¿Acaso un tahitiano —en el sentido estricto que suele tener la polémica— no podría argüir que Europa no está aún descubierta? No es sino el viejo etnocentrismo europeo (esa tendencia a convertir su cultura y su historia en la cultura y la historia del mundo) lo que siembra buena parte de la confusión. De todas maneras, si se trata de competir, Europa lleva las de perder. "Asia y Africa —razona un investigador— nunca pudieron ser descubiertas por el hombre, ya que éste nació en ellas. Esos hombres, asiáticos o africanos, fueron los que descubrieron a Europa, hace por lo menos un millón de años." ⊕



Thor Heyerdhal, el explorador fracasado.

El modelo faraónico, que iba a servir para probar que los egipcios fueron los primeros, se fue a pique.



LOS BEST-SELLERS DEL

por Andrés Zavala



Los consumidores de textos: "Leemos, aunque nos cueste..."

A pesar de su popularidad, los autores de textos son poco conocidos por la mayoría de sus lectores. Algunos de ellos llevan ya treinta ediciones del mismo título.

Con la única excepción de aquellos que fueron sus alumnos, la inmensa mayoría de los estudiantes que pasaron por las aulas de los colegios secundarios jamás supieron realmente quiénes eran los autores de sus libros de texto. Todos han sufrido —y sufren todavía— una especie de tormento psicológico cuando oyen los nombres de Lorenzo Dagnino Pastore, José Carlos Astolfi o Fermín Estrella Gutiérrez, autores de libros sobre geografía, historia y literatura, cuyas ediciones anuales suelen agotarse, siempre entre marzo y abril.

El recuerdo de esos volúmenes desencajados, con cuadernillos sueltos y tapas raídas de tanto viajar entre carpetas y compases, se asocia inevitablemente a los momentos más difíciles de la vida estudiantil: los minutos anteriores a una llamada "al frente"; o algo peor aún: las vísperas de un examen. Es allí cuando Roberto F. Giusti o José María Sáenz Valiente, por ejemplo, reciben toda clase de maldiciones anónimas, aquellas que ni siquiera llegan a sus oídos. Tampoco son capaces de imaginar, claro, que un alumno —tal vez un futuro ingeniero electrónico o un especialista en trasplantes de riñón— sea capaz de colocar su *Geografía* de quinto año en el suelo y aplicarle un violento puntazo, como si se tratara de un tiro penal, después de rendir su examen por tercera vez y librarse de esa pesadilla con un ansiado 4.

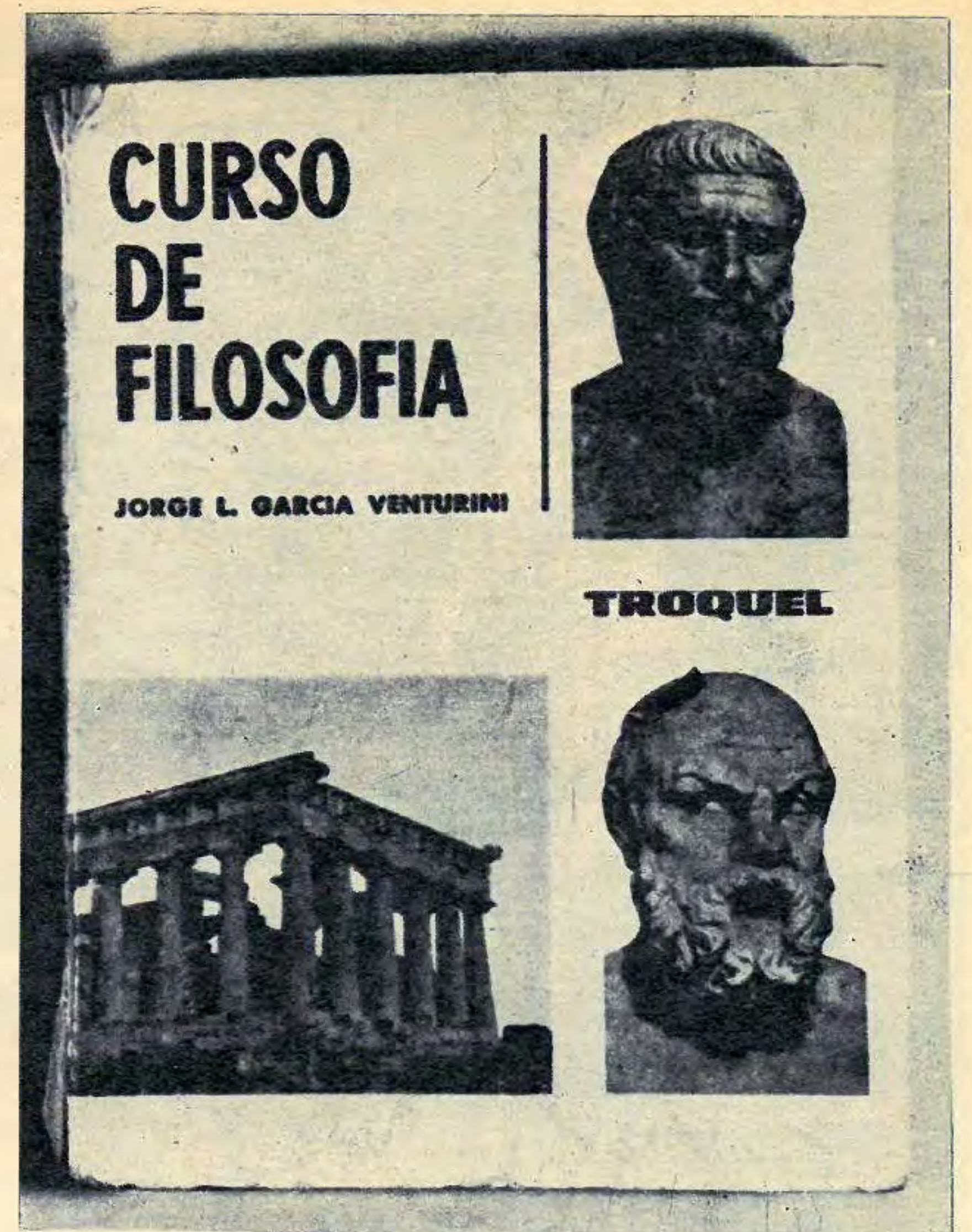
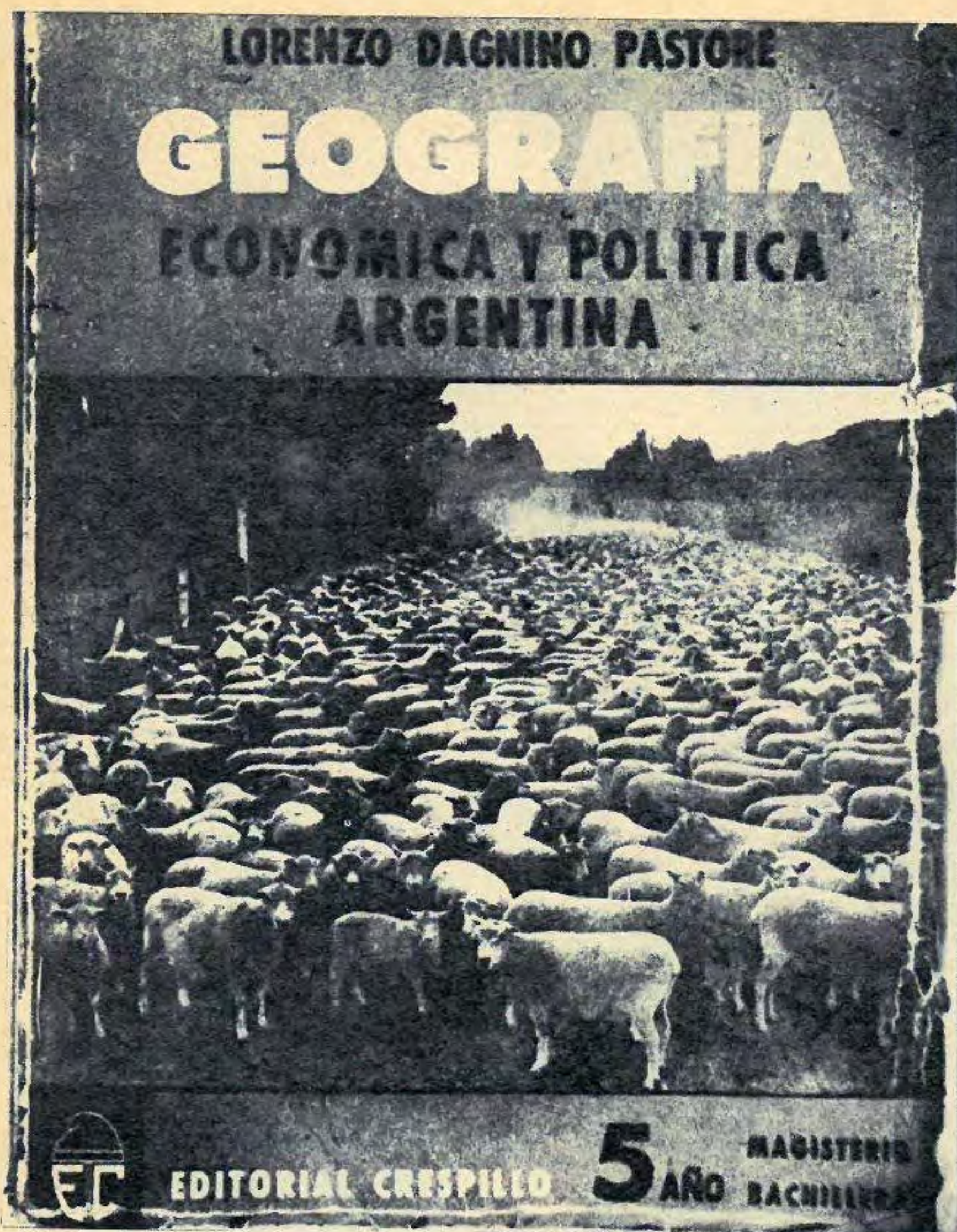
A veces, los dardos no son lanzados contra una sola persona. Hay binomios famosos para el estudiante secundario, como Fernández y Galloni (en física) o Celsi y Iacobucci (en química), capaces de atormentar las vacaciones de los últimos años del colegio. Y un terceto difícil de olvidar en los tramos iniciales del bachillerato o el magisterio: Repetto, Linskens y Fesquet (en matemáticas). Todos ellos llevan ya decenas de años al tope de las ventas y resultan un significativo negocio para las editoriales especializadas, las que sólo introducen variantes en las tapas (remozan la ilustración de la cubierta; aumentan el precio) y modifican mínimamente los textos, sólo cuando se producen cambios en los programas de estudio.

Son los best sellers del colegio nacional, de los liceos de señoritas, de las escuelas normales, comerciales e industriales.

Los nombres propios de las letras

Hay que peregrinar hasta Martínez. En la zona residencial —entre el río y las vías— se erige una vieja casona colonial. Allí vive Roberto Fernando Giusti, 82, seis hijas, académico, crítico y literato de nota que ganó celebridad con sus difundidas *gramáticas* y tratados de *literatura*. Los textos fueron desgranados desde un cuartucho, remedo de escritorio, prolijamente arreglado (ahora) por su mujer. Con aire bonachón, algo obeso y totalmente encanecido, Giusti memoró la semana pasada su iniciación en el campo de la literatura escolar.

"Fue en 1928, apenas un año después de instalarme aquí. Ricardo Ryan, un representante de la Editorial



COLEGIO SECUNDARIO

Estrada, me convenció para que escribiéramos juntos un texto sobre gramática. Yo hice mi parte, 3 libros, pero Ryan no. Era un bohemio por excelencia." Habían pasado tres décadas de su llegada a Buenos Aires, desde Italia —nació en Toscana—, donde quedó huérfano. Aquí cursó el ciclo secundario en el Colegio Nacional del Norte (hoy Sarmiento) y se inscribió en Letras "porque era una carrera nueva y no tenía que pagar aranceles".

De su primer contacto con editorial Estrada nació *Nuestro Idioma, Curso de Lengua Castellana*, un texto que, transformado en *Gramática y Ejercicios del Idioma*, inundó los pupitres de 400 mil alumnos de primero a tercer año de la enseñanza media. Por lo menos fue así hasta siete años atrás, cuando apareció "esto que llaman gramática estructural". "El Gobierno y los entendidos aconsejaron reiteradamente no innovar, pero hay maestras —se queja— que andan por allí muy entusiasmadas con el método, quizá porque es novedoso. No quiero pelearme con ellas, para que no piensen que defiendo la gramática tradicional en beneficio de mis libros. Hasta la inventora de la gramática estructural fue alumna mía."

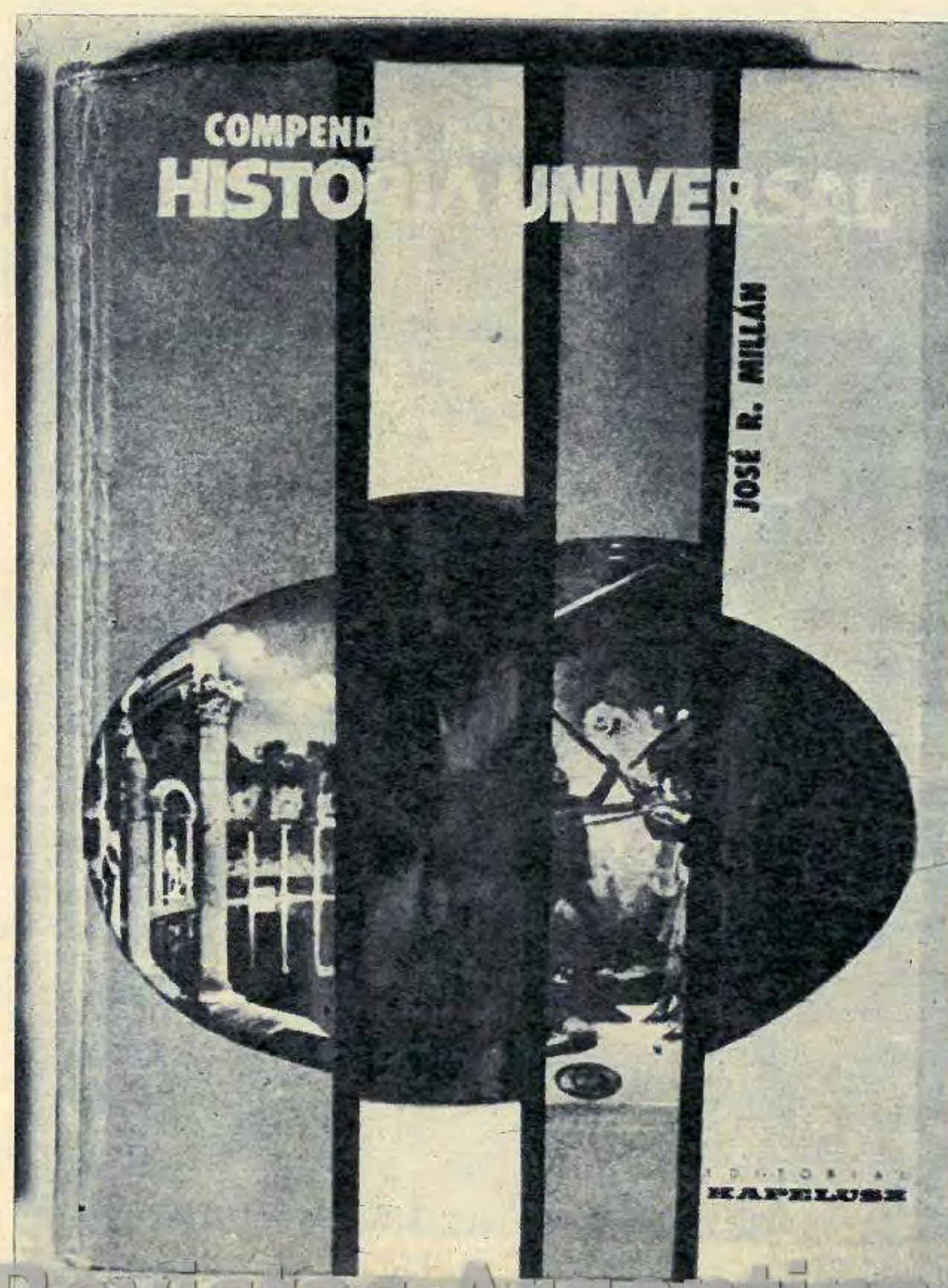
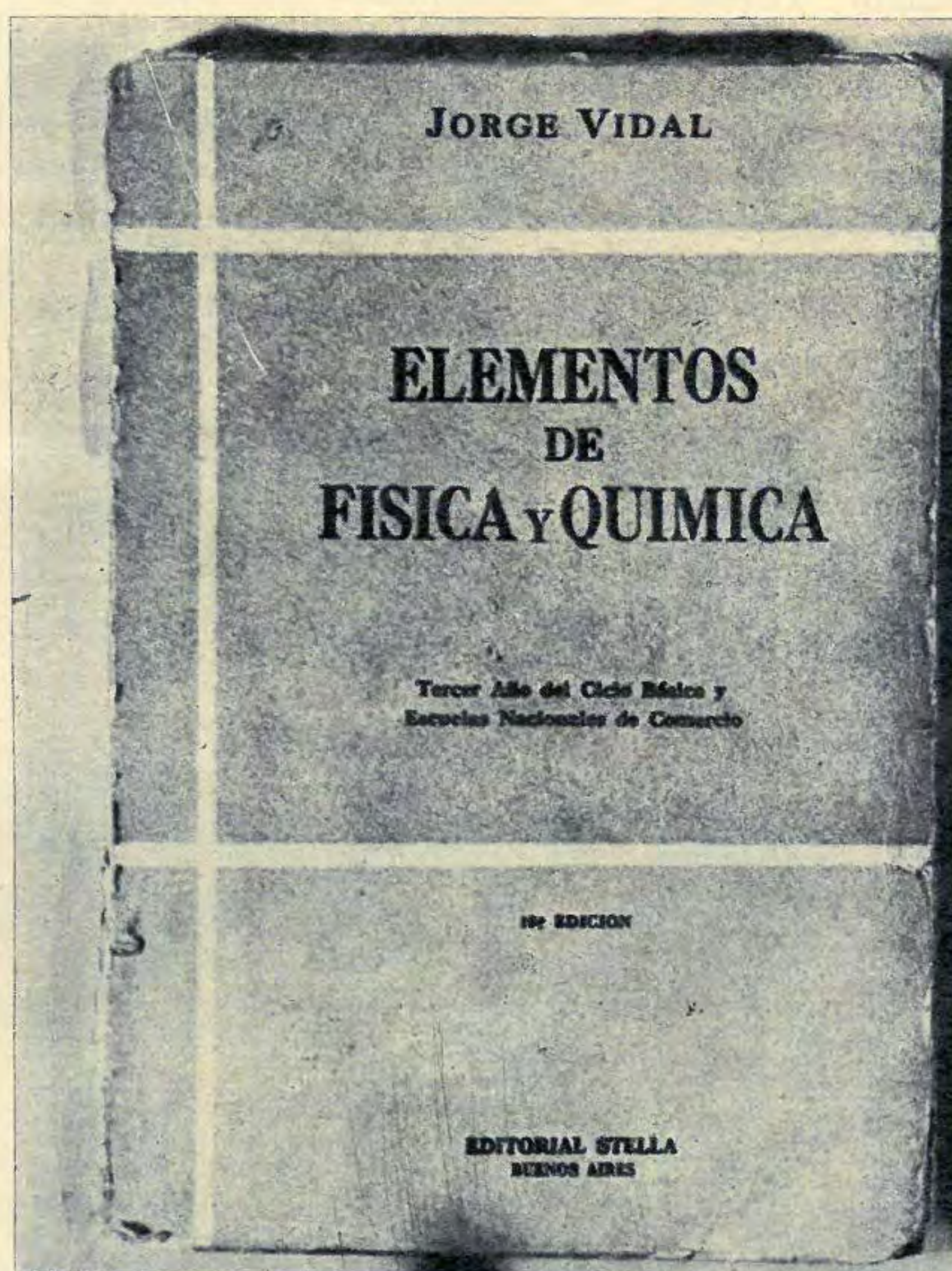
Aunque el IV Congreso de Academias, reunido en 1964, le dio la razón (cuando aconsejó no emplear la lingüística estructural en la enseñanza primaria y media "por no estar suficientemente desarrollada"), la famosa *Gramática* de Giusti sólo se usa en unos pocos establecimientos, "donde las maestras me siguen siendo fieles."

Los dividendos económicos que le prodigaron las sucesivas reediciones —la primera liquidación que cobró fue de 200 pesos— resultaron importantes: "Gané millones", asegura. (Se estima que fueron más de veinte.) Ahora goza de una jubilación como profesor, suficientemente apuntalada por los derechos de autor, los contratos con el Fondo Nacional de las Artes y una liquidación trimestral en dólares que la editora norteamericana Krausse le paga por la reimpresión de la revista literaria *Nosotros*, que Giusti dirigió hace más de 40 años con Alfredo Bianchi.

Por esa razón y porque *Historia de la Literatura Española*, junto con *Americana y Argentina* —aparecidas luego—, persisten como insustituibles, sus finanzas no se ven amenazadas. Cerca de 600 mil lectores debieron devorar ya esos tratados de literatura. Algunos todavía recuerdan los refinados juicios que estampó sobre Fray Luis de León o las diatribas que descargó contra Almfuerte. ("Se me fue la mano; ahora pienso que fui demasiado violento y que he quedado mal con más de un maestro.")

Sin embargo, Giusti no volcó sus pasiones políticas en ninguna de sus obras. Dos veces Diputado nacional (1928-30 y 1932-34) por el socialismo independiente, fue cauto en sus juicios: "Jamás traté de usar mis textos como arma política. Los jesuitas usan mi libro y yo mismo he tomado examen en el Colegio del Salvador", asegura.

A pesar de su vitalidad y falta de preocupación por el peso de los años, Giusti admite que está en los tramos finales de su vida y se regocija evocando los gratos momentos vividos como profesor. Muchas veces



debió interrumpir esa paz por culpa de su fama: "Una secretaria de Harrods me llamaba todas las semanas para hacerme consultas lingüísticas. Cada vez que oía su voz, se me helaba la frente. Por suerte siempre encontré las respuestas."

"Todavía me saludan por la calle —se jacta—, pero mis alumnos se van muriendo todos. A los que encuentro les regalo la libretita donde los clasificaba." A quienes sólo fueron sus discípulos por vía indirecta Giusti les advierte que volvería a hacer la misma vida. "Aunque en este país —dice— los políticos se ríen de los profesores, los profesores desprecian a los políticos y los escritores se burlan de ambos, yo he logrado integrarlos a todos."

El ahijado triunfador

Cada vez que comienzan las clases, los estantes de las librerías se desbordan. Allí, los persistentes textos de literatura de Giusti siempre encuentran un competidor. Eso viene ocurriendo desde 1940, cuando Fermín Estrella Gutiérrez publicó junto con Emilio Suárez Calimano la *Historia de la Literatura Americana y Argentina*. Aunque amigos, pujaron desde entonces por mantenerse al tope de los best sellers de la literatura escolar. Pero tal vez sean los únicos que comparten un privilegio poco común: la mayoría del alumnado suele guardar durante años esos tratados y muy pocos —una vez aprobada la materia— prefieren desprenderse de los mismos en el rosario de librerías de viejo de la calle Corrientes, para costear los primeros cigarrillos o una salida por Palermo.

"Yo había sido profesor de Jorge Kapelusz, hoy a cargo de la editorial —dice Estrella Gutiérrez—, en un colegio alemán. Me conoció su padre y me encargó el primer texto para hacerlo junto a Calimano. Luego me pidió que hiciera con Jacinto Grau la *Historia de la Literatura Española*, pero preferí hacerla yo solo. Tardé cinco años en prepararla y en releer todas las obras". Estrella Gutiérrez vive en una confortable casona de Caballito. Allí se lo puede encontrar ordenando una biblioteca de 30 mil volúmenes, o en una casa de remates, adquiriendo vetustos ejemplares.

Claro que esas suculentas compras las afronta cada vez que los derechos de autor ensanchan sus ingresos. Y esto sucede a menudo. Su *Historia* figura entre los libros más vendidos en Latinoamérica. Doce mil ejemplares se agotan anualmente en la Argentina. Por eso Fermín Estrella Gutiérrez, a los 68 años, puede asegurar que esos ingresos le permitieron "comprar la casa, agrandar la biblioteca y veranear a menudo".

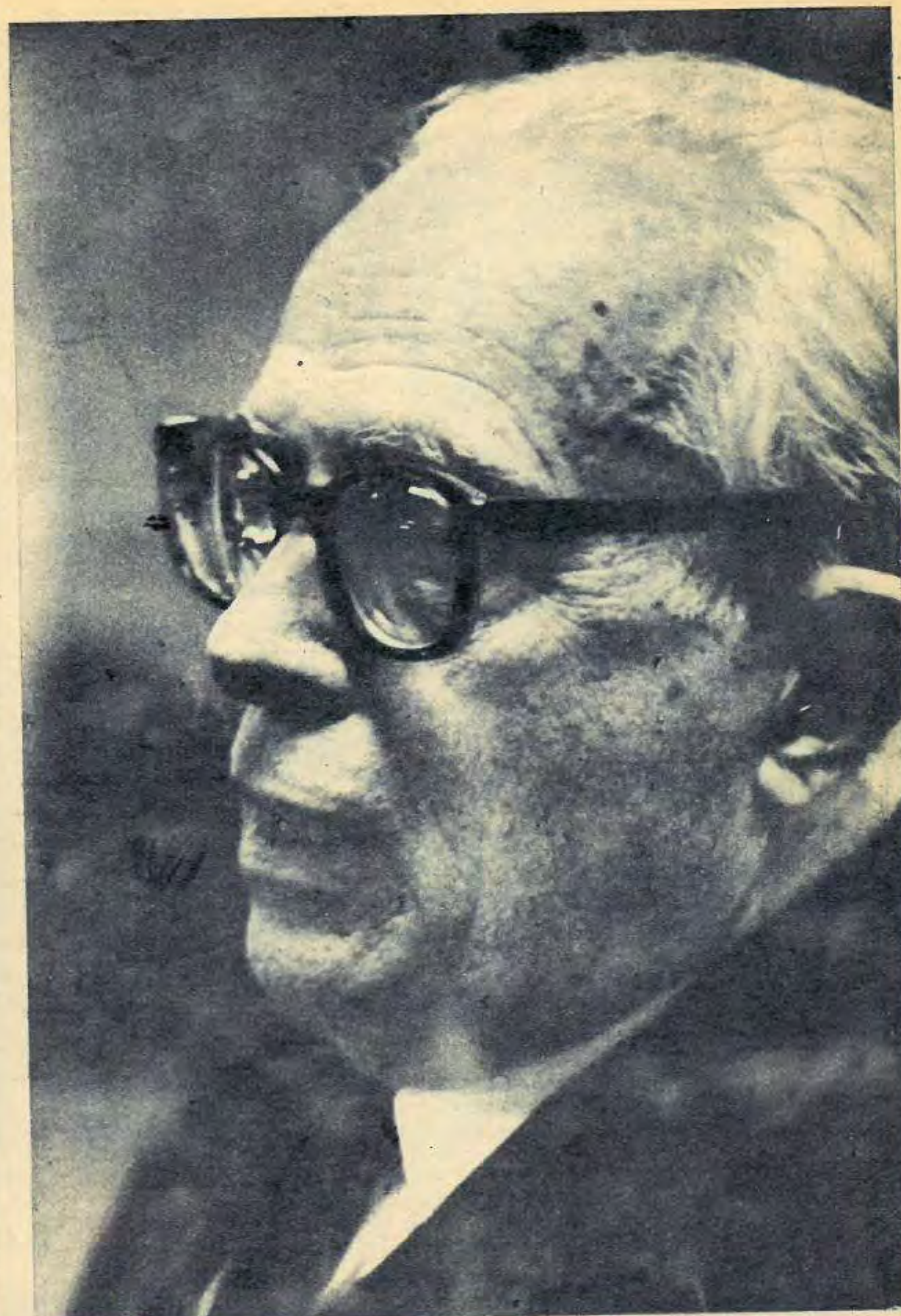
El preferiría que se lo identificara por algunas de sus obras literarias "o por los méritos que me llevaron a ser varias veces académico", pero no tiene más remedio que conformarse con su única notoriedad: "Siempre es agradable que lo reconozcan a uno. Por lo menos así sucede cuando voy a poner un telegrama y los empleados me recuerdan. Después de todo, escribí libros de texto porque me pareció que era la prolongación de la cátedra."



Sáenz Valiente: "Yo fui su mejor alumno".



Giusti: "Las maestras aún me son fieles".



Dagnino Pastore: "Que no falte ningún dato".

Fue su verdadera vocación: "Ya a los 11 años obligaba a mis hermanos menores a hacer de alumnos. Yo me disfrazaba de maestro y los calificaba en un libro de comercio que le robé a mi padre." Desde 1924 a 1960 fue maestro primario, profesor secundario y dictó cátedra en la Universidad. Dedicaba diariamente a la docencia entre 12 y 14 horas de clase. Tantas fatigas entregadas a unos doce mil alumnos a lo largo de 42 años tienen, sin embargo, su rédito espiritual: los domingos por la mañana suelen visitarlo algunos discípulos.

No faltan, claro, quienes lo acusan de ser algo así como "el ahijado de Giusti". Pero por encima de esas aparentes ingratitudes, Estrella Gutiérrez se muestra radiante y satisfecho: "Siempre traté de ser justo, me he sentido amigo de mis alumnos. Me preocupé para que se encariñaran con los grandes autores y sus obras. Y, además, hasta mis 3 hijas han resultado escritoras".

Los herederos del saber

Sucedió en 1957, en una clase de instrucción cívica (la convención constituyente, reunida en Santa Fe, acababa de introducir reformas a la Constitución); el alumno levantó respetuosamente la mano y preguntó al profesor: "¿Y este libro para qué sirve?"

La mayoría de los profesores se preguntaron entonces si no había llegado la hora de sepultar los ejemplares del *Curso de Instrucción Cívica*, el difundido tratado de José María Sáenz Valiente. El autor había fallecido en 1951, luego de disputar la primacía de la venta con el constitucionalista Carlos Sánchez Viamonte. Una puja que duró 25 años.

La solución partió de su propio hijo, José María Sáenz Valiente, quien había recibido su mandato que no podía eludir y que su padre dejara estampado como dedicatoria en la primera página de *Historia Americana y Especialmente Argentina* (el libro que Editorial Estrada impuso en la mayoría de los colegios secundarios): "Te tuve presente al preparar esta edición que utilizarás ahora. Recompensa mis desvelos de padre y maestro, sácale provecho".

Por entonces era un muchacho de 16 años. Dos décadas después, ya abogado, Sáenz Valiente afrontó la tarea de actualizar aquel texto.

"Mi padre sostenía que un profesor no se puede limitar solamente a dictar su clase. Tiene que entregar por escrito a los alumnos el fruto de su docencia. Fue un fervoroso demócrata que nos entregó un nombre y nos trazó un camino. Por ello siempre quisimos que su libro perdure", se entusiasmó Sáenz Valiente, 48, apoltronado en el lujoso buffet desde donde asesora a varias empresas frigoríficas. La reverencia familiar lo obliga, también, a guardar como tesoro otro documento heredado de su padre: un contrato de compraventa de un esclavo llamado Francisco, alias *Tupamaro*, efectuado en 1806 por doscientos pesos fuertes.

Las actualizaciones y reediciones del texto lo ayudan a memorar a su padre, y también a obtener un ingreso nada desdeñable, pues se editaron más de 200 mil ejemplares y él percibe el 10 por ciento del precio de tapa.

Los profesores suelen quejarse de las modificaciones constantes. No sólo la explosión demográfica altera las estadísticas y engendra ciudades como por encanto. También los movimientos telúricos intervienen para instalar un volcán donde no lo había, una isla nueva en pleno océano. Pero esos contratiempos son apenas una anécdota para docentes como Lorenzo Carlos Dagnino Pastore, 73, responsable de *Geografía Económica y Política Argentina*, un texto casi indiscutido hasta hace pocos años. Lo lanzó a partir de 1939 la editorial Crespillo, y cubrió al autor de gran popularidad estudiantil. Se lo considera el

autor más vendido ya que en 1966 superó el millón de ejemplares.

"Mi hijo estudió por mi *Geografía* y me criticaba. Encontraba partes que se podían mejorar. Ya siendo estudiante universitario empezó a corregir y a realizar las actualizaciones", aseguró el autor. Momentáneamente, su mejor crítico dejó de lado las pequeñas correcciones y ahora atiende *full-time* el Ministerio de Economía, como miembro del Gabinete nacional. (Ver página 7.)

Tras 53 años de docencia, Dagnino Pastore conviene en que posee "una holgada posición económica, después de haber trabajado hasta 18 horas seguidas". "Además —dice— puedo viajar por todo el país sin documentación; siempre consigo alojamiento y alguien que me traiga de mi casa de Caballito al Centro".

Acopió también títulos académicos, y la presidencia de la Academia Nacional de Geografía. Sus ingresos —20 por ciento de derechos de autor— le permitieron concretar un viejo sueño: donar escuelas a zonas pauperizadas, e instalar el primer secadero de té. "Compilar un Tratado no es lo mismo que escribir cualquier otro libro —asegura—, pues la responsabilidad es muy grande".

La probeta del éxito

El milagro se llamó *Química Elemental Moderna*. Repitió 20 ediciones y sus autores fueron Santiago Alejandro Celsi y Alberto Iacobucci, quienes acometieron la empresa en 1939. "Eramos compañeros en los Laboratorios de la Armada y nos pareció que no había textos de química que la mostraran como una ciencia moderna, apasionante. Iacobucci estaba vinculado a Kapelus y se entusiasmó con la idea. Tardamos un año en elaborar el libro, pero fue un gran impacto", aún se regocija Celsi, 69, quien ahora preside la Federación Panamericana de Farmacia y Bioquímica.

Este año se vendieron 35 mil ejemplares de la obra y dejó 4 millones de pesos. Celsi reconoce que parte de su casa asentada en las barrancas quilmeñas, de su primer viaje a Europa, y "otros gustos", surgieron de ese libro. Explicó, también, algunos secretos de sus reiteraciones editoriales: "El negocio consistió en hacer de la química algo novedoso, ameno e interesante. Porque si nos hubiéramos dormido en los laureles, difícilmente hubiéramos perdurado. Hay que actualizar las ediciones, cambiar cada cuatro o cinco años la fisonomía del texto, modernizarlo".

Como próceres erigidos sobre una legión de noveles competidores, soslayaron un mundo —no siempre vigente— en donde se entremezclan las aprobaciones oficiales, la competencia desleal, las "ediciones piratas" en países latinoamericanos, y todo un reguero de complicaciones.

Mientras tanto, los estudiantes, desconocedores de todos estos detalles, se preocupan a esta altura del año por olfatear el fin de curso y comienzan a saborearlo. Algunos sueñan, por ejemplo, con arrumbar de una vez por todas esos textos en el último rincón de su casa. Otros, más calculadores, prefieren revenderlos.



Celsi: "Se trata de un texto químicamente puro".

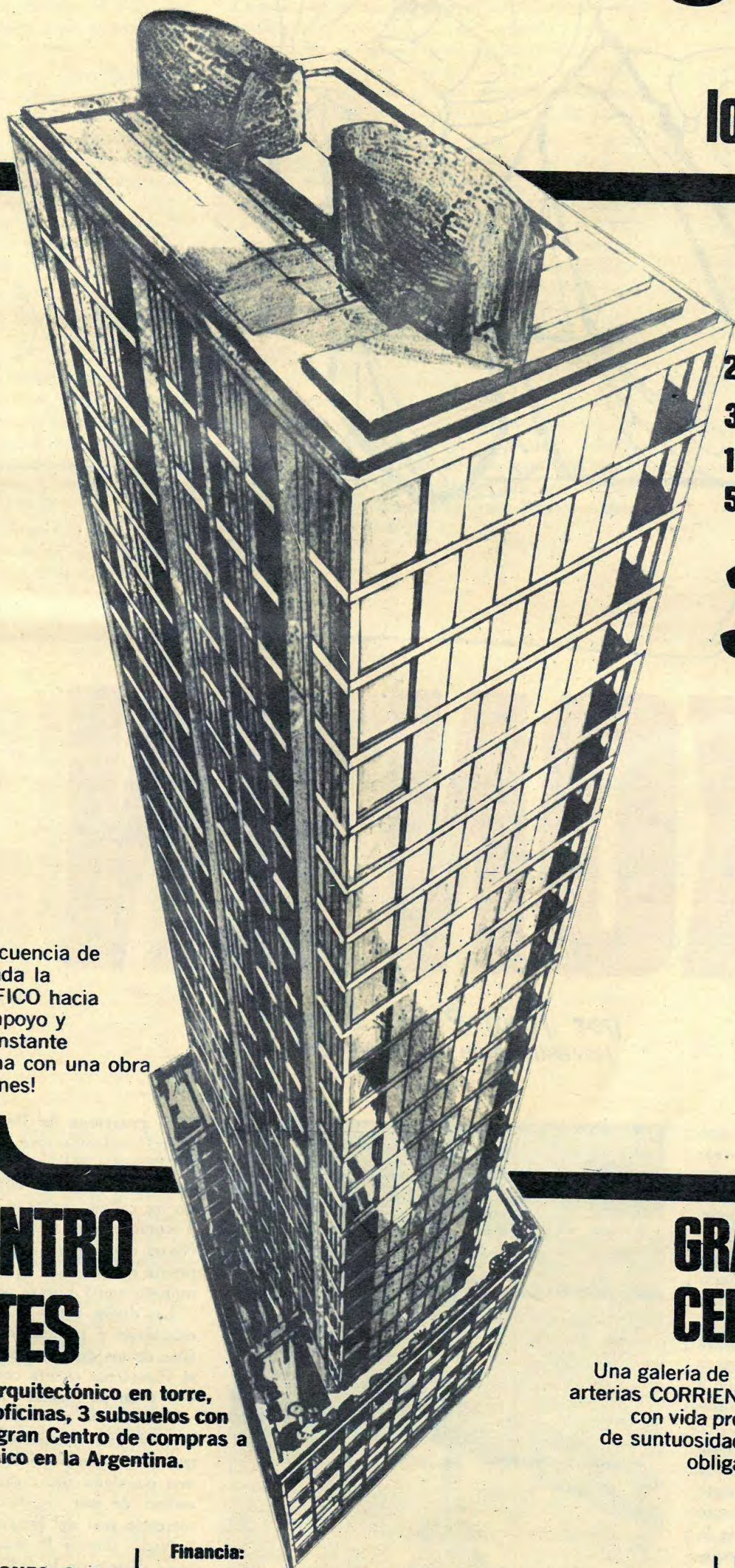


Estrella Gutiérrez: "Mis hijas aprendieron".

DESDE HACE **20** AÑOS
CONSTRUIMOS
Y VENDEMOS

realidades y seguridad

...y aquí
lo demostramos!



60 edificios en propiedad horizontal cons-
truidos y vendidos, y otros 20 en plena
ejecución.

2.110 unidades de vivienda individuales,
entregadas.

300.000 m². de superficie cubierta, cons-
truidos.

16.000 millones de pesos en operaciones
concretadas.

5.000 familias con su problema habitacio-
nal resuelto.

Infico

CONSTRUCTORA INMOBILIARIA Y FINANCIERA
Suipacha 552 - 4º Piso - Tel. 392-8357 - 0720
Atención e Informes: Lavalle 750

... Y así, con la rotunda elocuencia de los números, queda certificada la trascendental gestión de INFICO hacia la comunidad, cuyo franco apoyo y confianza posibilitaron su constante expansión, que ahora culmina con una obra de extraordinarias proyecciones!

GRAN CENTRO CORRIENTES

Monumental complejo arquitectónico en torre, destinado a viviendas y oficinas, 3 subsuelos con amplias co. heras, y un gran Centro de compras a 3 niveles fu ncionales, único en la Argentina.

Construyen:
LANUSSE CONSTRUCCIONES S. A.
INFICO S. R. L. CONSTRUCTORA

Asesores: Ing. Emilio Delgado
Ing. A. David Perelmutter

Financia:
CENTRO CORRIENTES S.A.
con la colaboración del
Banco Popular Argentino

Una obra extraordinaria avalada por estas prestigiosas instituciones

GRANDES GALERIAS CENTRO CORRIENTES

Una galería de "película" que une a las porteñísimas arterias CORRIENTES y LAVALLE, en una nueva calle con vida propia, dotada de los máximos atributos de suntuosidad, confort y espectacularidad, y paso obligado de grandes corrientes de público.

Proyecto y dirección:
Arq. Mario Roberto Alvarez
y Asociados
Ing. Roberto F. A. Migliaro



NIXON EN LA

por Juan Pablo López
(Investigación de Newsweek)

El 15 de octubre, estudiantes secundarios y universitarios de todo el país abandonarán sus aulas por un día para llamar a la puerta de sus hermanos norteamericanos y hablarles sobre la locura de Vietnam. Con el título "Apriete el botón para acabar con la guerra", el aviso ha circulado intensamente: el Comité Pro Moratoria en Vietnam (VMC), una organización juvenil, aspira a conducir esta semana la más vasta y espectacular protesta antibélica en la historia de los Estados Unidos.

Tal vez lo consiga: el sentimiento nacional contra la guerra es hoy mayoritario y sus olas amenazan a Richard Milhous Nixon con una violencia superior a la de 1968, cuando obligaron a Lyndon Baines Johnson a retirarse de la política.

El Gobierno entró en su noveno mes de vida bajo el fuego sostenido y encolerizado de casi todos los sectores; pero no sólo Vietnam sirve de argumento a los opositores: lo que se cuestiona es el propio Nixon y su manejo de los asuntos públicos, desde la defensa hasta la economía, desde las cuestiones raciales hasta la situación de los trabajadores.

El martes pasado, el Departamento de Comercio informaba que la tasa de desocupación ha subido, en setiembre, del 3,50 al 4 por ciento: el plan antiinflacionista del Gobierno repercute en la estabilidad del cuerpo laboral antes que en los precios, todavía en alza. George Meany, secretario de la AFL-CIO (central obrera) no ahorra críticas al Presidente.



La guerra de Vietnam: El problema insoluble.

El programa de Derechos Civiles nació en medio de tal confusión que ni los conservadores sureños ni los liberales del Norte pueden distinguir en qué consiste. Coretta King, la viuda de Martin Luther King, no ha callado su exasperación hacia la Casa Blanca. Y como si aún faltase una agravante, el hombre que Nixon eligió para ocupar un asiento en la Corte Suprema está en vías de convertirse en un personaje tan molesto como Fortas para Johnson.

Las dudas sobre la verdadera capacidad de Nixon estallaron a principios de julio; desde entonces, las filas de los descontentos no hicieron sino crecer. Hoy el Presidente cuenta con adversarios en los dos partidos y en su misma "familia" política.

Uno de sus principales consejeros expresa:

—Es una Administración sin continuidad. Parece que siguiéramos en la campaña electoral. Recibimos una puñalada aquí, otra allá, pero no existe el menor asomo de esa constante persuasión que entraña el ejercicio real del liderazgo.

Nadie discute la sinceridad de Nixon cuando promete disminuir la inflación o terminar con la lucha en Vietnam. En cambio, sus críticos recelan de que el Presidente tenga deseos —y esté en condiciones— de aplicar la enorme fuerza de su cargo a la solución de los problemas que aquejan a la potencia recatora de Occidente. Y encuentran justificación a sus recelos no bien los confrontan con las ideas que Nixon desarrolló, mientras lidiaba por la Casa Blanca.

"No será el primer Presidente que auspicie una derrota norteamericana." Richard Nixon formuló esta declaración a muchos visitantes, inclusive a mí, cuando me recibió —inesperadamente— después de una conversación que mantuve con Henry Kissinger, su asesor, en la Casa Blanca.

El Presidente quiere decir esto: una "humillación" de los Estados Unidos en Vietnam o un fracaso militar que pueda ser disfrazado durante uno o dos años, tendrían consecuencias desastrosas tanto en el país como fuera de él.

Si se le advirtiera al pueblo norteamericano que la pérdida de Vietnam conduciría a la pérdida de Tailandia, las Filipinas o Indonesia —subraya Nixon con un tono de lamento—, la mayoría respondería con un "¿Ajá?" El gran peligro —añade— es que como resultado de una derrota ante una pequeña nación agrícola, los Estados Unidos no sólo perderían el respeto mundial sino su confianza en sí mismos.

Más aún: el Presidente sostiene que los gobernantes no comunistas comprenden el riesgo, pese a que algunos de ellos, por razones de política interna, censuran la intervención norteamericana en Vietnam. Nixon repite a sus interlocutores frases de Indira Gandhi y Golda Meir acerca de las funestas consecuencias que traería aparejada la rendición indecorosa de los Estados Unidos frente a Vietnam del Norte. Es el mismo sentimiento que abrigan los líderes de la Europa occidental, afirma.

Le inquieta, eso sí, que los Rectores de Universidades no hayan asumido una dura posición, contra la solicitud del retiro inmediato de tropas que esgrimen los organizadores de la huelga de octubre 15. Tampoco lo satisface el hecho de que apoyen ese movimiento el líder del bloque mayoritario del Senado, el titular del Comité Nacional demócrata y los 5 Senadores de esa fuerza con aspiraciones presidenciales. No obstante, parece estar seguro de que una mayoría del Congreso y del pueblo respaldan sus iniciativas.

Cree, por ejemplo, que si la moción Goodell (el Senador republicano que proyecta la evacuación de las tropas norteamericanas para fines de 1970) sa-

liera a votación, sería vencida. El Senado sabe que si la iniciativa fuese aprobada, habría que sacar de París a Henry Cabot Lodge, sin posibilidades ya de obtener un "acuerdo honroso" con los delegados norvietnamitas.

Nixon niega que haya caído en el "pantano de Johnson" y aunque rehúsa criticar a su antecesor, expresa que la política del ex Presidente fue endeerezada. Destaca, además, que el 15 por ciento de las tropas de combate ya se encuentra camino de sus hogares. Asevera, en fin, que ha ofrecido a los emisarios de Hanoi negociar todos los puntos; su Gobierno propuso una comisión internacional de elecciones, que incluya comunistas, y prometió homologar los resultados de cualquier comicio, aun si fuesen favorables a los comunistas. El Gobierno de Saigón, agrega, no rechazó estas propuestas, algo difícil de imaginar hace unos meses.

Cuando el pueblo norteamericano entienda que su política es la de llegar a un acuerdo o, si ello es imposible, la de retirarse de tal manera que quienes lucharon con nosotros puedan seguir luchando, la mayoría se pondrá de su parte, estima Nixon. No dejará que influyan sobre él las manifestaciones o las encuestas.

Según el Presidente, Hanoi espera que a él le suceda lo mismo que a Johnson, y quizá Hanoi tenga razón. Pero él será Presidente y Comandante en Jefe durante otros tres años, lo cual marca una diferencia fundamental entre él y su antecesor. Y aun en el caso de que su popularidad descendiera al suelo, no tolerará humillación ni derrota para los Estados Unidos.

Un Presidente nunca puede ser demasiado franco con sus amigos, y menos con visitantes casuales. Un Presidente emplea términos que tienden a producir un efecto: Nixon, sin duda, busca persuadir a los comunistas de que les conviene negociar en serio, que es inútil que esperen conquistar Vietnam del Sur. No obstante, al cabo de una cuidadosa investigación, estoy convencido de que una derrota norteamericana es intolerable para Nixon y que hará todo cuanto dice. ⊖

Vietnam: No a la derrota



Escribe
STEWART ALSOP

PICOTA

La indolencia del Presidente
irrita a todos los sectores:
¿Cuándo empezará a gobernar?

En uno de sus más reflexivos discursos, el candidato Nixon recordó que Franklin Roosevelt había definido la Presidencia como "un puesto de liderazgo moral", y enunció luego sus opiniones sobre la materia. "Es hora de que restituyamos aquella autoridad, es hora de que volvamos a emplearla con todo su peso a fin de cohesionar al pueblo, de exaltar esos imperativos morales que constituyen el cimiento de una sociedad civilizada. Los días de la Presidencia pasiva corresponden al pasado; el próximo Presidente debe asumir un activo papel, no podrá mantenerse al margen de la crisis, ignorar la división, gobernar el derumbe a través de papeles."

Idénticas aseveraciones esgrimen quienes rodean a Nixon, ya sean afiliados republicanos, ya opositores demócratas. Los clarísimos conceptos de 1968 han sido citados, con más tristeza que ira, por columnistas y observadores. Sin embargo, semana tras semana, el dirigente que pronunció esas palabras, las olvida.

Un singular ejemplo sucedió hace una quincena, cuando se le preguntó qué pensaba acerca de los actos del 15 contra la guerra en Vietnam: "Bajo ninguna circunstancia y de ninguna manera me veré afectado por ellos", respondió con aspereza. Fue durante una conferencia de prensa —la primera en el espacio de tres meses— y sirvió para refrescar a Washington y a la Nación cómo interpreta Nixon el desempeño de su alta magistratura.

Henry Hubbard, corresponsal de *Newsweek* en la



Coretta King, Washington contra los negros

Casa Blanca, escribe: "Acontecimientos ocurridos desde el 20 de enero demuestran con penosa lucidez que el Presidente no ha utilizado su receta para el cargo que tanto le costó ganar. Muchos estiman que todo se ha desintegrado por la falta del cimiento que aportan los imperativos morales, porque Nixon se mantuvo al margen de la crisis, ignoró la división; en síntesis, porque no ejerce la Presidencia.

Caso tras caso, Nixon parece no hacer progresos, ni con el electorado ni con los problemas internos y exteriores. A veces puede discernirse la existencia de una política determinada, que si se presta a discusiones al menos representa una decisión. Pero con frecuencia faltan políticas discernibles, como con los Derechos Civiles, y sólo a fuerza de mucho caminar suele toparse uno con algún funcionario capaz de ordenar hechos lanzados al azar y en forma inconexa".

También las encuestas se ciernen contra Nixon, y hasta el cuarto oscuro. Un reciente sondeo de George Gallup sobre la conducción nacional ubica al Presidente 13 puntos por debajo del rating acordado a sus tres antecesores cuando cumplieron los primeros 250 días en la Casa Blanca. Totales: Eisenhower, 75 por ciento; Kennedy, 75; Johnson, 76; Nixon, 62. Además, en un momento en que Nixon se asocia más que nunca a la guerra de Vietnam, un 58 por ciento de norteamericanos considera un error la permanencia de USA en esos frentes (contra un 28 por ciento al iniciarse la escalada, en 1955).

El caso Haynsworth: Otro escándalo en el Senado

En cuanto a popularidad, el Instituto Harris difundía estas cifras de setiembre: 33 por ciento; el mínimo que obtuvo Johnson durante sus cinco años de gobierno fue del 27 por ciento. Mientras en junio un 47 por ciento de norteamericanos esperaba que Nixon firmaría la paz, esa cantidad se reduce hoy al 35.

Vietnam fue el factor decisivo en la elección suplementaria celebrada a fines de setiembre en Massachusetts, para cubrir una vacante en la Cámara de Diputados: el demócrata Michael Harrington, 33, venció al republicano William Saltonstall, 42, reconquistando para su partido una banca perdida en 1875. Saltonstall, hijo de un célebre Senador, basó sus arias en el firme apoyo que le otorgaba el Presidente y elogió su política. Harrington la emprendió contra la guerra en Asia, los cohetes anticohetes, la miseria, la segregación, el desempleo.

El hombre quieto

Muchos amigos del Presidente atribuyen parte de sus dificultades al aislamiento que, con su autorización, le impone el círculo íntimo.

—Cada Gobierno tiene una guardia palaciega y nada hay de malo en que la tenga —sostiene un allegado a Nixon—. Para Eisenhower la formaron Sherman Adams y Jim Hagerty; para Kennedy, la "mafia irlandesa"; para Johnson, Billy Moyers, Joe Califano. El drama de los guardianes del Presidente, Bob Halde- man y John Ehrlichman, es que son negativos. Su primera respuesta, antes de pensar, es un no.

Sin apagar la mecha

En privado, algunos ex miembros del Gabinete Johnson se muestran absortos por la marcha de la contienda. Dice uno de ellos:

—Nixon la ha convertido en su guerra. Lo último que debió hacer en el mundo era visitar Vietnam y el Sudeste asiático, pero ya que fue debió abstenerse de describir a Nguyen Van Thieu como uno de los cinco más grandes políticos del mundo, o de decirles a los soldados norteamericanos que la contienda sería el acontecimiento más admirable de la historia norteamericana. Ahora hace un llamado para que se le conceda una tregua de sesenta días en los comentarios. Es como si el Rey Canuto pidiera a la marea que no suba o como llevar un toro a un bazar y luego salir a buscar una bandera roja.

Cierto número de republicanos coincide con este análisis y desde la semana pasada mantienen reuniones para lograr que el Presidente afloje su posición sobre Vietnam en general y frente a las protestas en particular. Están convencidos de que Nixon se aleja de la realidad y avanza hacia otra trampa también tendida por él. "El 15 de octubre terminará por ser un día anti-Nixon, a menos que él adopte medidas que calmen los ánimos", sugiere un Diputado.

Puede que esto sea cierto, pero Nixon no se esfuerza por demostrar a sus críticos que él se halla en la senda acertada; en este aspecto, raramente invita a los disidentes a la Casa Blanca para discutir. Por el contrario, se torna cada vez más dogmático a medida que aumentan los reparos, tal como Lyndon Johnson, a quien Nixon fustigó por su soberbia.

El Presidente se encoge de hombros ante la opinión pública. "La paz que logremos alcanzar —insiste— se deberá a que los norteamericanos, en la hora trascendental, no se inclinaron ni huyeron sino que se quedaron para que el enemigo viera que no tenía otra alternativa que negociar." "Es casi como regresar a 1966", suspira el Senador Eugene McCarthy.

El líder de la mayoría, Mike Mansfield, que acababa de salir del hospital, repitió su anhelo de que los Estados Unidos proclamen el cese del fuego. Pero no estaba dispuesto a ir más allá: propuestas como la del Senador republicano por Nueva York, Charles Goodell, para que en diciembre de 1970 concluya la presencia militar norteamericana en Vietnam, son "contraproducentes", según Mansfield. Cuando el Senador Hugh Scott —jefe del bloque republicano— afirmó que los opositores de Nixon pretendían una "fuga" de Vietnam, la Casa Blanca lo aplaudió.

El hombre que es objeto de tantas controversias no parece conmovido por la presión que se edifica a su alrededor. La semana pasada se atuvo a sus costumbres aislacionistas, aunque en tres oportunidades recibió a legisladores republicanos, alarmados ante la posibilidad de no obtener la confirmación de Clement Furman Haynsworth para sustituir a Abe Fortas en la Corte Suprema.

La lucha contra Haynsworth —que se arrastra desde mediados de setiembre, un mes después que Nixon pidió la luz verde del Senado— adquirió nuevo impulso con una carta que Edward Brooke, republicano y único miembro negro de la Cámara alta, envió a



El Juez cuestionado: ¿Irá a la Corte?



Secretario Mitchell: Malos consejos.



Crece el descontento hacia Vietnam.



Abogado Greenberg: Racismo federal.

Nixon solicitándole retirara la propuesta; cita, entre otras cosas, las actitudes racistas del Juez.

Apoya a Brook nada menos que su colega Robert Griffin; vicepresidente del bloque minoritario, encabezó en 1968 la ofensiva contra la designación de Fortas como titular de la Corte; hoy no oculta que a la postre deberá votar, de acuerdo con su conciencia, contra Haynsworth. En una entrevista con el Presidente, Griffin sintetizó los cargos que se formulan a Haynsworth, en la esperanza de que Nixon lo indujese a dimitir. La respuesta fue enfáticamente negativa.

A esta altura, el alboroto se ha transformado en una batalla campal en que la rigidez del Presidente puede costarles, a él y a su partido, un precio elevado. La historia comienza en agosto, cuando dos periodistas denuncian que Haynsworth, jefe de la IV Cámara Federal de Apelaciones, ha compartido durante siete años sus funciones de magistrado con las de directivo y accionista de una empresa. Añaden que inclusive falló en favor de una compañía vinculada a su industria.

Pronto se desempolvieron algunos veredictos de Haynsworth contrarios a los sindicatos y a la integración racial. El Juez se declaró inocente en un debate del Senado, pero el *New York Daily News* reveló un negocio entre Haynsworth y Robert Baker, un amigo de Johnson que fue condenado hace dos años por robo y evasión de impuestos.

Hacia el 3 de octubre una agencia de noticias anunció que Haynsworth —de 56 años, nativo de Carolina del Sur— había renunciado al ascenso. El Secretario de Prensa de la Casa Blanca, Ronald Ziegler, se apresuró a desmentir la versión. Al día siguiente, en una nota al Senador Scott, el Presidente declaraba: "Haré todo lo que esté a mi alcance para imponer la designación de Haynsworth. He revisado su legajo sin encontrar nada que manche su integridad de Juez, nada que signifique una violación a la ética de los funcionarios judiciales. Sería un error permitir que acusaciones infundadas priven al país de los distinguidos servicios que él puede prestar en la Corte".

En ese momento se sumó a la campaña contra Haynsworth el Senador demócrata Birch Bayh, de Indiana: el jueves último terminaba de redactar un informe con sus investigaciones personales para elevarlo a la Comisión de Asuntos Judiciales de la Cámara; 48 horas antes, Haynsworth había ofrecido poner bajo custodia sus acciones (que totalizan un millón de dólares).

El caso Haynsworth daña por igual a los líderes del bloque republicano en el Senado, Scott y Griffin: ambos provienen de estados donde dominan los gremios, y los gremios, con Meany al frente, llevan un feroz ataque al Juez. Si Griffin, que desea obtener su reelección a fines de 1970, sufraga contra Haynsworth, puede inclinar a los conservadores de su partido y destruir las ambiciones de Nixon.

El Secretario de Justicia, John Mitchell, es responsable en buena medida de estos vendavales: "Es mejor perder la votación que doblegarse ahora", fue su consejo a Nixon. El Subsecretario, Richard Kleindiest, exige a los Senadores republicanos que secunden los propósitos del Presidente. El mismo Nixon tomó en broma el escándalo: "Peor sería si las acciones de Brunswick [de las que es dueño su entenado] estuvieran en alza".

Los observadores suponen que Nixon no saldrá indemne de esta batalla, como le ocurrió con la instalación de cohetes anticohetes. Por otra parte, el caso Haynsworth —una figura elegida por Mitchell, especie de Primer Ministro de Nixon, y amparada por J. Edgar Hoover, el reaccionario amo de la Policía Federal— pone sobre el tapete a otros fantasmas de la joven Administración Nixon:

- Franklin Long. Distinguido sabio a quien iba a nombrar como titular de la Fundación Nacional para la Ciencia; el Presidente cambió de parecer al enterarse de que Long se oponía al Sistema Salvaguardia.

- John Knowles. Nixon prefirió inclinarse ante la Asociación Médica Norteamericana y dejar sin efecto la designación de Knowles como Subsecretario de Salud Pública, Educación y Bienestar.

- Albert Fuentes. Jefe del operativo "Viva Nixon", en Texas, obtuvo un cargo importante en la Dirección Comercio Minorista. Fue separado menos de una semana antes de que se le iniciara un proceso por defraudación al Estado.

- General Carl Turner. Debía renunciar al cargo de Jefe de la Policía Militar, al descubrirse su participación en una multimillonaria estafa realizada a través de Clubes de Oficiales del Ejército. También se sospecha que Turner intervino en una venta ilegal de armas a grupos subversivos de Haití. El negociado de los Clubes cosecha una resonancia similar al episodio de los "boinas verdes" (asesinato de un doble espía survietnamita), resuelto por Nixon y el Pentágono con una increíble falta de tino.

El conflictivo sector de los Derechos Civiles se alzaba también contra Nixon. La lenta integración escolar en Misisipí suscitó una revuelta entre los abogados de la Secretaría de Justicia. Uno de ellos,

Gary Greenberg, 27, fue expulsado; el sucesor, Jerris Leonard, que es el director de esa división, comenzó por anunciar su incapacidad para ejecutar las órdenes sobre de-segregación que ha dictado la Corte Suprema. "No puedo ni quiero defender al Gobierno federal en Misisipi, porque la Secretaría no cumple la ley", dijo Greenberg a sus superiores.

No solo Greenberg repudia la actitud oficial en el problema negro; también Coretta King, al anunciar que la indiferencia de Nixon había anulado los esfuerzos por levantar en Atlanta una estatua de Martin Luther King. "Al Presidente no le importan los negros ni los pobres. Este Gobierno es racista", condenó la viuda en Nueva York.

Con todo, las censuras tienden a olvidar o ignorar las obras positivas de la Administración republicana, entre las que conviene citar:

1. La revisión innovadora del programa de bienestar, que Nixon mandó al Capitolio la semana pasada, para que sea puesto en acción.
2. Sus amplias iniciativas para reformar la Conserción Militar, además de un Decreto que permite a los estudiantes demorar un año su ingreso a filas.
3. La creación del denominado "Plan Filadelfia".

para asegurar a los negros una proporción justa de empleos en programas federales de construcción.

4. El saludable efecto de su visita a los aliados europeos, en febrero último.

5. Sus persistentes tentativas de iniciar conversaciones con los rusos sobre limitación de armas.

6. Reducción del contingente militar en Vietnam.

Sin embargo, la mayoría de sus correligionarios insiste en que los retrocesos de Nixon superan sus avances y que no cesarán las admoniciones sólo porque el Presidente las desdeñe. "Tiene que aceptar la ineludible verdad de que no puede gustar a todo el pueblo, y transformarse en el activo mandatario que prometió ser en 1968", resume un legislador.

No hay signos de que Nixon emprenda esa aventura intelectual, y es lamentable.

Sus dos antecesores demócratas redondearon una bonanza económica sin parangón en este siglo; pero, enzarzados en una agresiva política exterior —que tal vez servía los intereses nacionales—, descuidaron los conflictos sociales internos.

Cuando Eisenhower transmitió el mando a John Kennedy los observadores se felicitaron: los Estados Unidos saldrían del estancamiento en que los sumiera el

anciano general. La situación se repite: Johnson, inmune a las aspiraciones de sus compatriotas, creyó que el dinero aplacaría las disidencias y erigió un nuevo letargo, sin avizorar que así encendía la mecha de futuras rebeliones. Nixon, que juró cerrar las heridas de la sociedad norteamericana, sigue sin apagar la mecha ni abolir el letargo.

La semana pasada, el demócrata Wayne Hays se refería a la pasividad de Nixon, en la Cámara de Diputados. Leyó, primero, las audiencias del Presidente para esa jornada: entrevista con seis Senadores republicanos, con el señor Lee, de Hong Kong (propietario de un restaurante chino en esa ciudad y conocido de Nixon), y con el señor Aubrey Meyers, de California (compañero de estudios de Nixon); luego, viaje a Florida para pasar el *week-end*.

—Debiéramos aprobar una resolución pidiendo al Presidente que trabaje menos —añadió Hays—. Ningún ser humano aguantará estos trajines.

Después de todo, aunque arrecien las críticas, el Presidente sabe que la clase media aún apoya su política y es la clase media la que decide el resultado de una elección. Así pensaba Johnson hasta que la prédica opositora y sus torpezas de gobernante lo devolvieron a la estancia de Texas. ⊕



On Oct. 15th, students and faculty all over America will leave their classes for 1 day to ring doorbells and talk to their fellow Americans about the madness of Vietnam.

EL DIA

"M"

Avenida Vermont, 1029, octavo piso, a setecientos metros de la Casa Blanca. Un ritmo infernal: zumban los mimeógrafos, truenan los sellos, arden los teléfonos, entra y sale gente sin cesar. Es el cuartel general del Comité pro Moratoria en Vietnam, que organiza para el 15 de octubre, el Día M, una manifestación nacional contra la guerra.

Pero lo que sólo pretendía ser una huelga estudiantil y académica en favor del retiro de las tropas norteamericanas, creció hasta convertirse en un verdadero movimiento. Los apóstoles del pacifismo han adherido a él: John Kenneth Galbraith (Harvard), Noam Chomsky (Instituto Tecnológico de Massachusetts), Hans Morgenthau (Universidad de Chicago); y los Senadores McCarthy, Edward Kennedy, George McGovern, Mark Hatfield.

La idea del Comité nace en una entidad pacifista que el fabricante de sobres, Jerome Grossman, orientaba en Massachusetts. Era necesario revitalizar la protesta antibélica, diluida a fines de 1968, después de haber mostrado su vigor durante las campañas electorales de McCarthy, Robert Kennedy y McGovern. Sam Brown, un ex ayudante de McCarthy, el director de su aparato juvenil, abrió entonces una oficina en Washington y se puso a trabajar con su amigo David Hawk. Corría el mes de junio.

Pronto alquilaron todo el octavo piso, donde hoy se esparcen sus 31 colaboradores: en el resto del país, 7.500 corresponsales atienden la preparación de los actos del Día M. Las contribuciones, voluntarias, oscilan entre 5 y 1.000 dólares y afluyen cada vez en mayor cantidad a la avenida Vermont.

Las demostraciones del 15 serán, desde luego, no violentas: discursos en los auditorios y cafeterías de las Universidades, mítines en estadios deportivos, marchas callejeras, concentraciones multitudinarias. En Denver, Colorado, los manifestantes acamparán



frente a la Legislatura; de tanto en tanto, leerán los nombres de los soldados de esa provincia que perdieron la vida en Vietnam.

Dos docenas de Senadores y Diputados demócratas observarán el paro del 15. El Intendente de Buffalo, Frank Sedita, proclamó a su ciudad como "participante oficial" del Día M. También se celebrarán "mitines de empresarios" en Wall Street (Nueva York) y en el Centro Cívico de Chicago. Dos líderes de Judaísmo Reformista, los rabinos Roland Gittlesohn y Maurice Eisendrath, solicitaron a sus 700 sinagogas que cierren las puertas el 15.

En Universidades y colegios cunde la desazón. Glenn S. Dumke, jefe de la enseñanza superior en California, prohibió a los docentes intervenir en el Día M; quienes falten a clase —profesores y alumnos— serán castigados. El cuerpo que administra la Universidad de Columbia votó 51-25 en solidaridad con la huelga. El Rector de la Universidad de Illinois autorizó un cese de actividades de media hora (10.45 a 11.15) en solidaridad con el Comité.

Los actos del 15, sin embargo, son apenas el comienzo de una serie. Brown y sus camaradas proyectan "escalar" su movimiento con un paro de 48 horas en noviembre y un tercero de tres días en diciembre. Un grupo más radical (Comité Pro Nueva Movilización para Frenar la Guerra en Vietnam) intenta organizar una marcha sobre Washington que coincida con la huelga del mes venidero.

El objetivo, según los pacifistas, consiste en que no decaiga la protesta. Adam Walinsky, ex consejero de Robert Kennedy y coordinador neoyorquino del Día M, reitera que los pacifistas no deben dejarse engañar por los anuncios de la Casa Blanca sobre retiro de fuerzas en Vietnam. "Esta enfermedad no se arregla con aspirinas —dice Wallinsky—. La guerra es de todos; todos estamos metidos en ella y todos debemos luchar para que termine." ⊕

EL ACERO QUE SUPIMOS

HOY 8.45 NACIMIENTO FELIZ.

Ese era el texto, en clave, de un telegrama que el 11 de octubre de 1945 despachó el Capitán Enrique Lutteral, por entonces Director de Establecimientos Altos Hornos Zapla, en la provincia de Jujuy, al General Manuel Nicolás Savio, que estaba al frente de Fabricaciones Militares.

El valor del telegrama era, nada más y nada menos, que el primer chorro de acero argentino, la primera colada de arrabio, que en la panoplia siderúrgica equivale al hierro de la fusión inicial, materia prima de los lingotes.

La sala de maternidad era una mina metida en un cerro a 1.600 metros de altura, a una veintena de kilómetros de Palpalá, en la parte oriental del Valle de Humahuaca; hoy Palpalá es una ciudad de 25.000 habitantes que coquetea con luces de mercurio, pero en aquellos años la señalaban la casa del jefe de Estación, una carnicería y un almacén.

El alumbramiento se producía después de interminables vicisitudes, suspiros, lágrimas y apurones para erigir el alto horno y tender el cable carril desde la boca de la mina 9 de Octubre hasta el poblado.

—Queríamos sacar la colada el 9 de octubre, aniversario de la creación de Fabricaciones Militares (1941), pero los hornos son como las mujeres y la

colada como los partos; es inútil que quiera apurarlos, vienen cuando tienen que venir.

El miércoles de la semana pasada, Lutteral, 61. Asesor de la Dirección General de Fabricaciones Militares (se retiró en 1947, con el grado de Mayor), evocó a Periscopio ese empeño mientras apuntalaba su memoria con un cigarrillo tras otro; de pronto, deslizó esta confesión: "Con mis manos aferradas a un cucharón recogí la colada; después me senté en el pilar de una columna y me puse a llorar como un chico. No podíamos aguantar la tensión al cabo de dos años trabajando como animales".

Unos días antes, en Buenos Aires, en un banquete de FM, Savio se anticipaba al estampar en su discurso una frase que ganaría tanta fama como aquella de que sin la industria del acero "siempre seremos vasallos"; decía Savio: "Allá en Jujuy, en un pueblecito lejano, un chorro brillante de hierro nos ilumina el camino de la Argentina. Que su luz no se apague nunca. Sigamos su luz".

La noticia, sin embargo, no iba a merecer más de 10 centímetros a una columna en las páginas interiores de *La Prensa*, el único diario que la difundió.

Es que corría el 45 y el acero importaba menos que la arremetida de los oficiales de Campo de Mayo ante el Presidente Edelmiro Farrell, el 9, para que ungiera al General Aduardo Avalos como Ministro de Guerra:

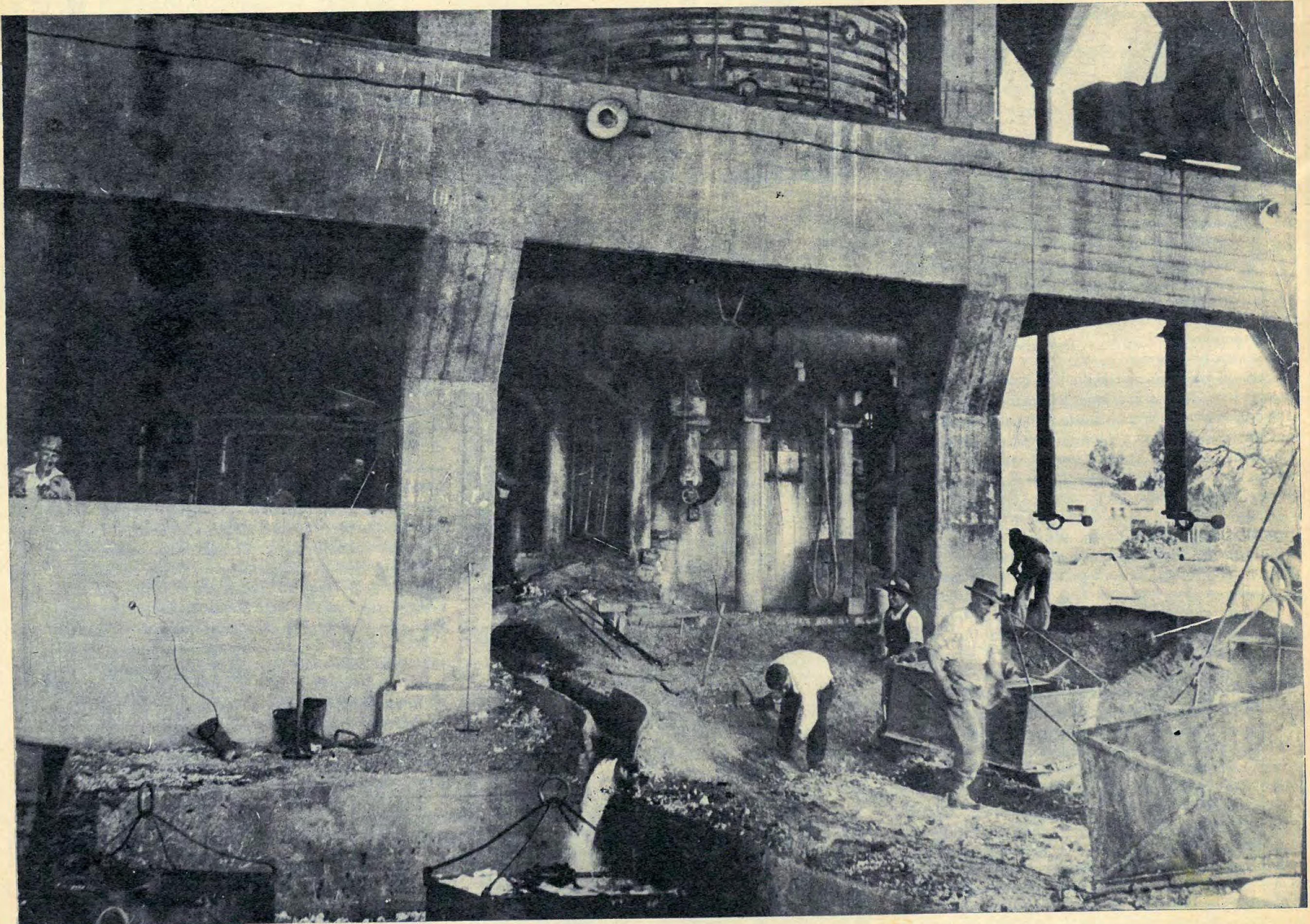
que la arenga de Juan Domingo Perón, el 10, desde la Secretaría de Trabajo, después de haber sido defenestrado; que su detención y confinamiento, el 12, en Martín García; que el discurso del Almirante Héctor Vernengo Lima, desde el Círculo Militar; que la Marcha del 17...

Ni siquiera en Palpalá los paisanos creían a los técnicos, ajenos a la política; cuando los veían arracimados en el cerro, blandiendo los teodolitos, ellos pensaban que el grupo había ido a trabajar, solapadamente, por la candidatura presidencial del oligarca salteño Robustiano Patrón Costas.

El espíritu de Vulcano

¿Cuándo comienza la historia del acero de Zapla?

Sin duda, en el año 1941, cuando Savio, por esa época un Coronel en la plana mayor de la Dirección General de Material del Ejército, le encomienda a un químico de militancia radical, Luciano Roque Catalano, una investigación para comprobar la existencia de yacimientos de mineral de hierro en el noroeste; Catalano recorre la sierra de Zapla y Cerro Labrado y establece "sin lugar a dudas", como reza su Informe del 7 de octubre, "la existencia cierta de una cuenca



Zapla: Los años heroicos.

CONSEGUIR

sedimentaria de hematita cuya potencia visible asegura una reserva de 50 millones de toneladas"; posteriores comprobaciones lo llevan a calcular las reservas en 100 y 200 millones de toneladas.

El químico, amigo de Savio, sugiere en el Informe la necesidad de fabricar acero. "Únicamente se requiere la resolución de hacerlo, porque poseemos los elementos. Quienes levanten el primer alto horno siderúrgico en nuestra Patria merecen la gratitud nacional."

De cualquier modo, como suele suceder siempre, hubo incrédulos. Un geólogo alemán, contratado por la Universidad de Córdoba, aseguró que era absurdo pensar en la existencia de hierro en la zona (años después, Lutteral, que no lo había olvidado, le mandó un lingote por encomienda que llevaba colgada una tarjeta en broma: "Para que le clave los dientes y salga de dudas"); otro experto supuso que Catalano había "confundido" arenisca con hematita.

Catalano, 79, que fue Subsecretario de Minería durante el Gobierno de Arturo Illia, vive hoy en Acassuso agobiado por el mal de Parkinson y por una magra jubilación; Savio, que falleció en 1948, había propuesto que los yacimientos de mineral de hierro de Pasto Viejo, también en Jujuy, llevaran su nombre, un homenaje que aún está pendiente.

El jueves pasado este hombre lúcido, de un temple admirable, abrió la puerta de su casa al redactor de PERISCOPIO: "Casi no me levanto de la cama, pero como tengo la oportunidad de hablar de Zapla y del acero, me he puesto de pie", comentó, como un saludo.

Cierta vez Savio pensó pagarle por sus servicios un peso por tonelada; Catalano se echó a reír.

—¿Por qué se ríe? ¿Le parece poco?

—Vea, cómo no me va a causar gracia, si son 100 millones de toneladas, por lo bajo. Nunca me voy a imaginar con tanta plata.

Hubo otros —se cuentan con los dedos— que participaron de la modestia de Catalano, pero ni siquiera una calle de Palpalá ha recogido sus nombres.

Eran cinco: el baqueano Wenceslao Gallardo, siempre emperifollado con un sombrero de ala requintada; el sastre Antonio Senes; el mecánico Salvador Capra; un italiano, Angel Canderle, veterano de la Primera Guerra, y Domingo Zarra, un empleado policial: ellos merodeaban bastante seguido por los cerros. Un día descubrieron o intuyeron la existencia de mineral de hierro, juntaron 100 pesos para pagar los derechos y se convirtieron de la noche a la mañana en permisionarios; esos derechos los cedieron, gratuitamente, a FM (de los cinco, viven Gallardo y Senes, desperdigados en alguna provincia).

También en 1941 un Coronel retirado, Sueyro, que vivía en Jujuy, le mandó a Savio un paquete con mineral de la zona para que fuese examinado; la muestra llegó a la Fábrica de Aceros de Valentín Alsina: se comprobó la existencia de hierro.

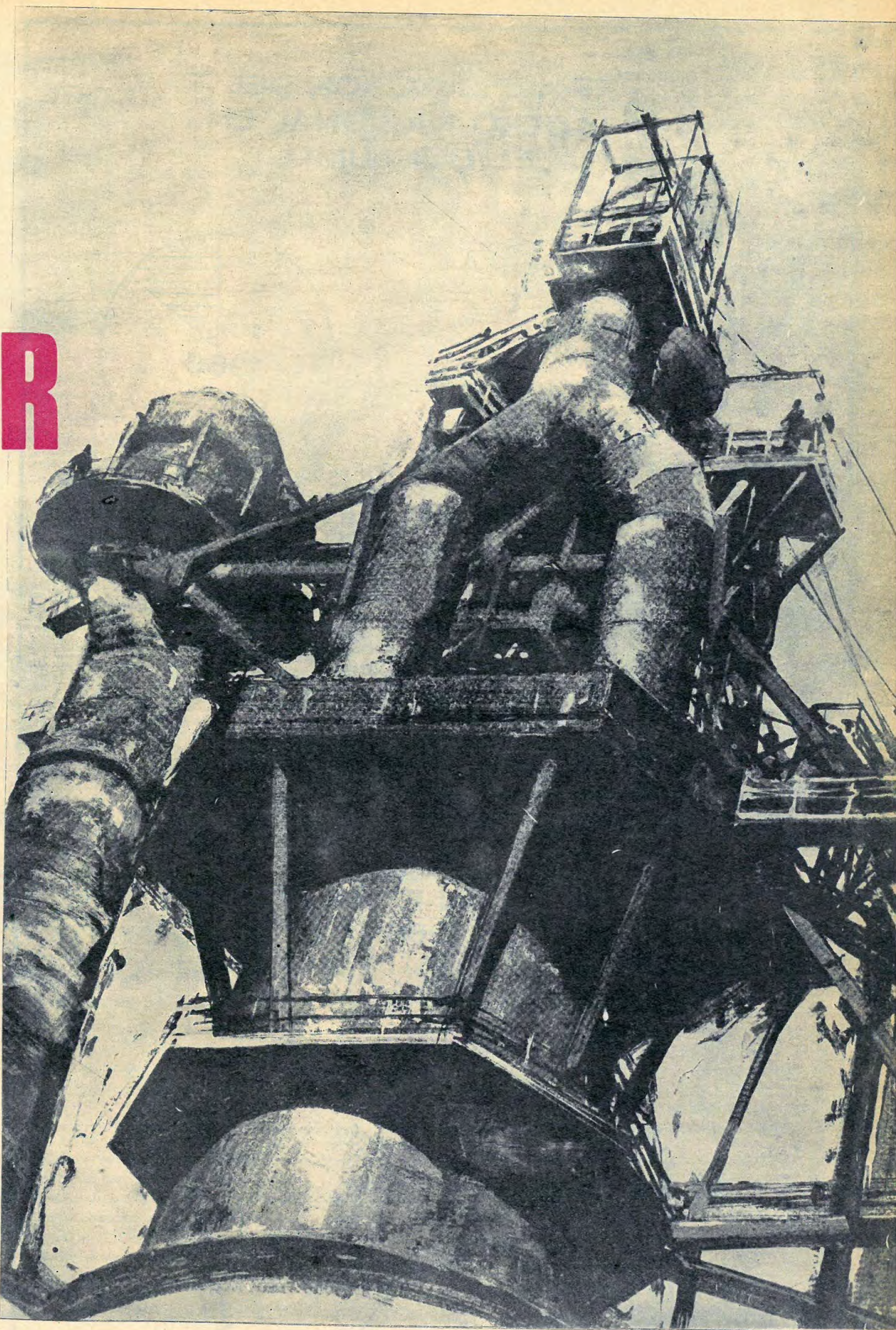
Los análisis, el informe y luego una presuntuosa carpeta que ostentaba el título de Yacimientos de Hierro de Jujuy, descansaron sobre una mesa de tres patas que se sostenía clavada contra el precario galpón de la fábrica.

Esas determinaciones y el escrito de Catalano fueron la base de creación de FM; Savio se entusiasmaría enseguida con la perspectiva de montar un alto horno, para lo cual iba a llamar a licitación.

Pero eran los tiempos de la guerra y nadie quería, o podía, dar una mano. Ganó el proyecto para la construcción, dirección y asesoramiento técnico una empresa de Suecia, país neutral, con un presupuesto de 140 mil coronas (a la paridad, 140 mil pesos).

Los suecos enviaron a dos ingenieros (Kurt Karlsson y Erik Kruse) y a un capataz que comenzaron a trabajar en Zapla; menos suerte tuvieron con los planos, porque la correspondencia fue requisada por los norteamericanos, que interceptaban los barcos de bandera neutral en alta mar.

Dos envíos no aparecieron nunca.



El tercero, en cambio, llegó a destino; los suecos habían fotografiado los planos y un turista se encargó de traer las películas en su cámara filmadora.

USA presionaba sobre Argentina y Chile, los únicos neutrales de América latina, para que declarasen la guerra al Eje; la presión se ejercía de muchas formas, pero en la práctica el país se veía privado de importaciones para su industria.

La situación era difícil porque faltaba de todo —neumáticos, máquinas, herramientas, motores eléctricos—; la Fábrica de Aceros laminaba hierro redondo, pero era imposible conseguir rieles o perfiles de los que se utilizaban para la construcción.

Consecuencia: el alto horno es el único en el mundo montado sobre cemento.

Inicialmente, al menos, la "poderosa" usina de la mina tenía 30 HP y la movía una locomóvil —de esas que todavía se usan en la campaña, fijas y ruidosas, parecidas a una locomotora —más bien a La Porteña—; ella proveía de luz, pero carecía de ventiladores y otros elementos indispensables.

Un sinfín de peripecias

Los mineros trabajaban a la criolla; horadaban la piedra a golpe de barreta y martillo.

Había que construir una galería de 600 metros, y para avanzar más rápido se acordó atacar desde dos puntas del cerro: un geólogo, Vittorio Angelelli, hizo

cálculos tan precisos que los obreros respiraron aliviados cuando los dos contingentes se encontraron en el punto medio; entre tanta improvisación, suponían que estaban destinados a buscarse de túnel en túnel.

Después se hizo necesario construir un cablecarri; allí salieron los técnicos a la búsqueda de uno que existía en una mina de La Rioja, La Mexicana, abandonado desde 1916; era un alarde de la ingeniería alemana y no se atrevieron a desmontarlo. Hurgando, consiguieron unos tramos para articular el que ahora existe, que asegura la bajada del mineral.

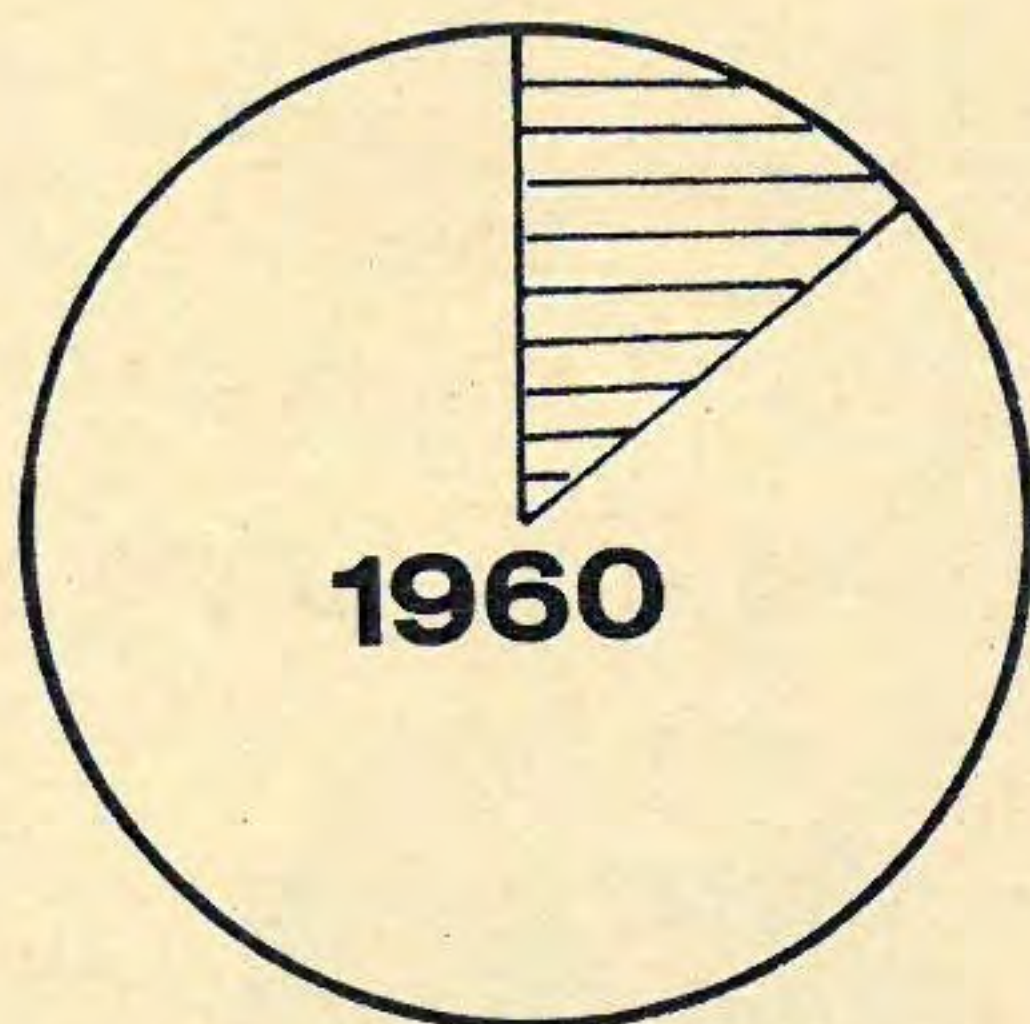
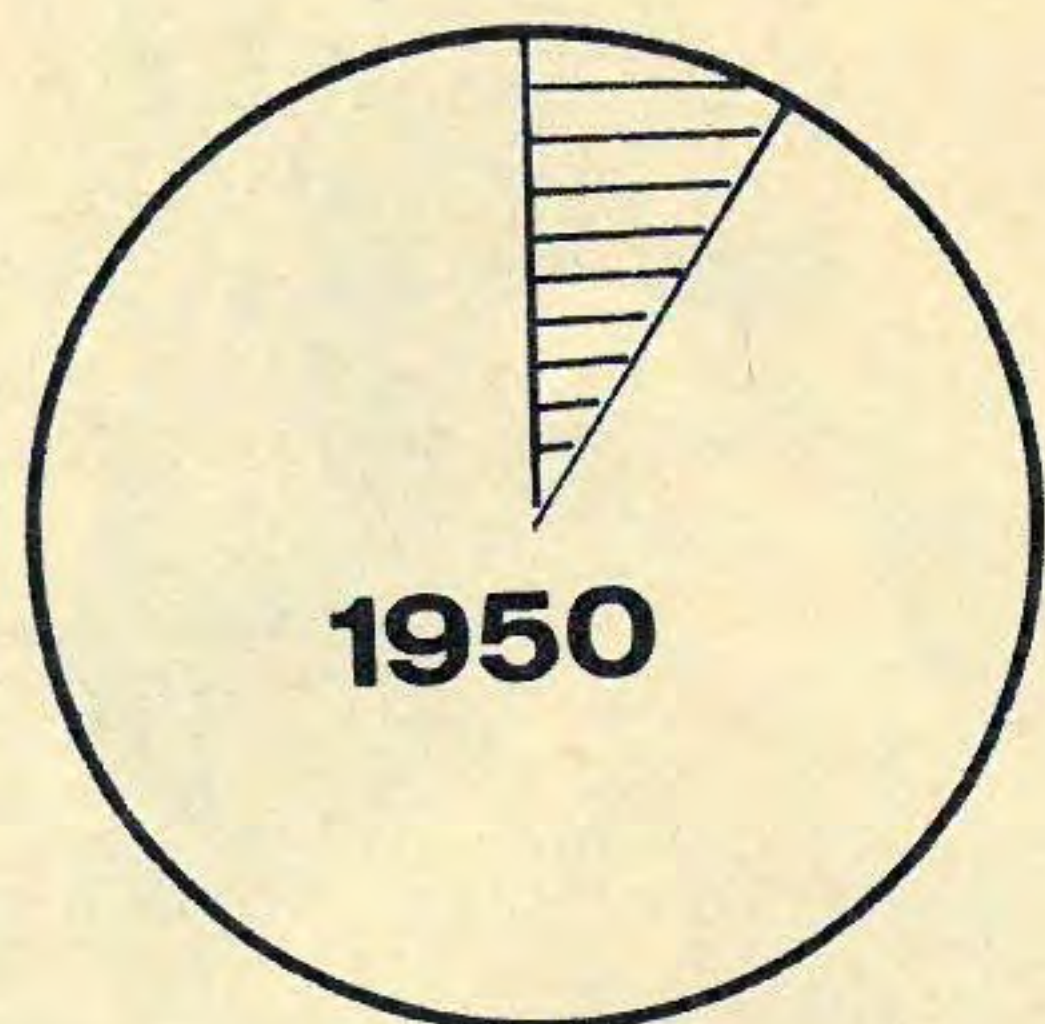
Iba a faltar una usina eléctrica adecuada y sobre todo los soplantes, una especie de ventiladores gigantes que hacen las veces de pulmón del Alto Horno; Savio convocó a los industriales y finalmente obtuvo de Torcuato Di Tella la promesa de que construiría un motor; como los que fabricaba Siam en esos años no pasaban de 85 HP, se hizo un estudio y se decidió colocar 6 soplantes en paralelo, para que la presión de uno no ahogara la del otro.

Había que quemar también el gas del Alto Horno en una caldera y pasarlo a turbina; se halló un motor viejo del ex Ferrocarril Pacífico, en Bahía Blanca, de 1.200 HP que tenía dos décadas encima y que hubo que reacondicionar.

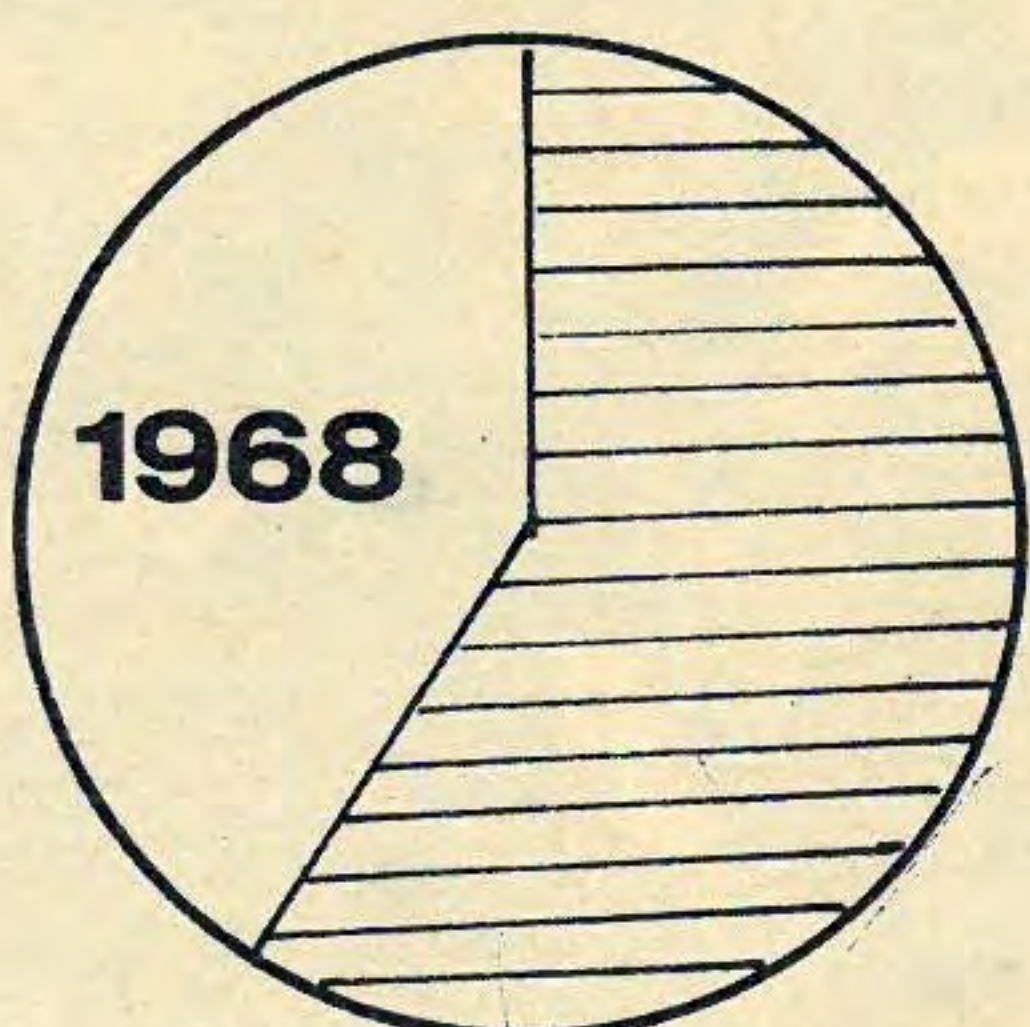
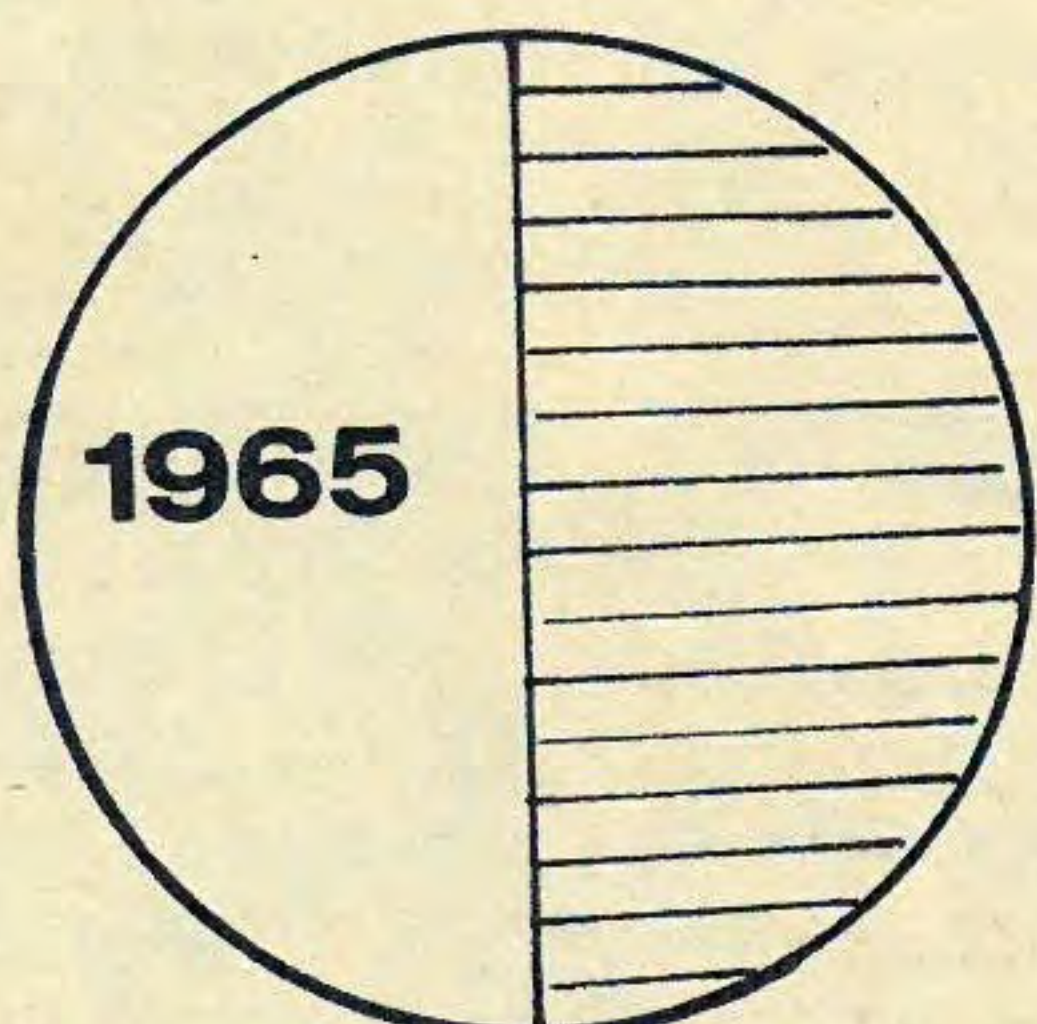
Un problema se planteó para transportarlo; tenía una volanta que sobraba unos centímetros del vagón y se corría el riesgo de chocar contra los puentes, en el tramo de trocha angosta de Tucumán a Jujuy.

—Nos bajábamos del tren, lo acondicionábamos y

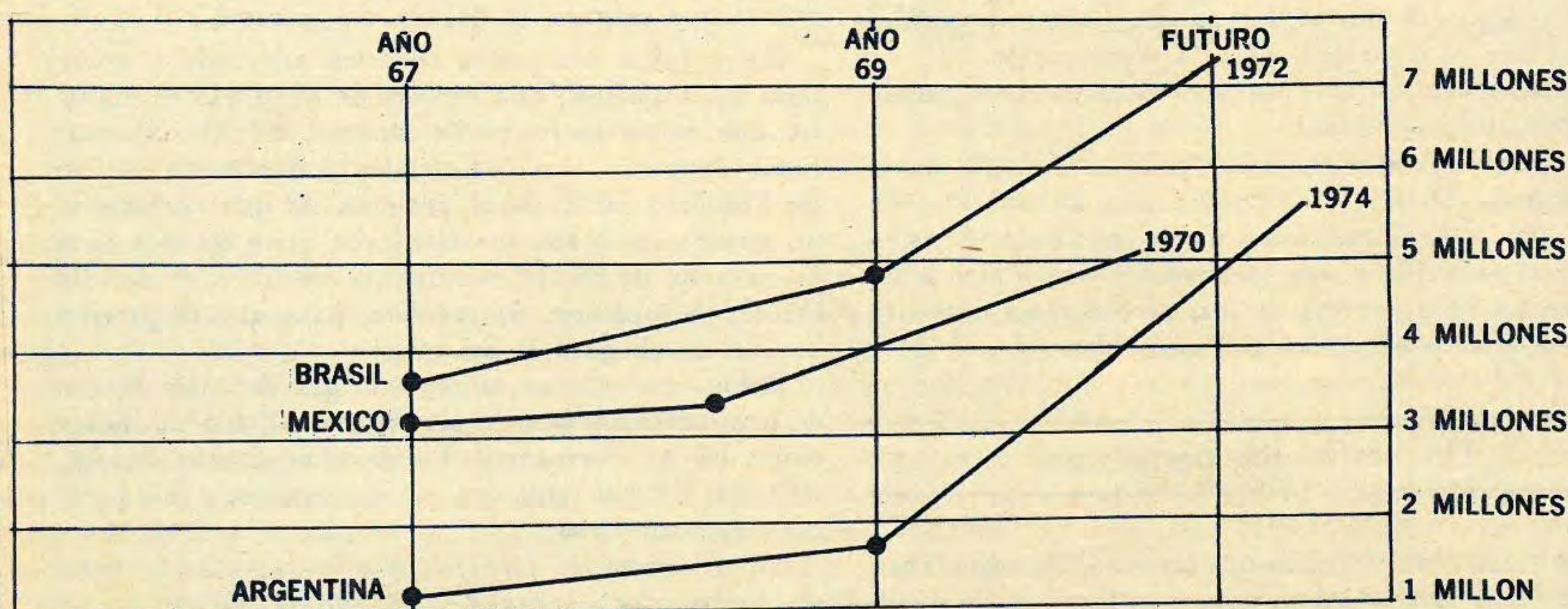
PARTICIPACION DEL ACERO NACIONAL EN EL CONSUMO



ACERO NACIONAL



PRODUCCION DE ACERO EN EL MUNDO 1968



Zapla: el patito feo

así íbamos pasando junto a los puentes, con talco y calzador, dice Lutteral.

En un astillero viejo, en San Fernando, se compraron dos calderas antiguas, casi chatarra.

Para el interior del horno no se pudieron obtener ladrillos refractarios; una firma ofreció unos de sílice, que los suecos terminaron aceptando, pero sin dar garantía. Funcionarían bien cuatro años.

Como combustible se utilizó carbón de Santiago del Estero; unos emisarios salían con la valija y el dinero en mano y lo adquirían a 40,15 pesos la tonelada.

Más adelante se iniciaron las plantaciones de eucalipto con una bolsa de semillas que trajo desde Brasil el Capitán Pío Martijena, que era segundo de Lutteral (Martijena, luego General, comandó la DCFM hacia 1960). Actualmente hay 20 millones de eucaliptos desparramados en 18.000 hectáreas, que facilitan combustible vegetal a la planta.

Un día se incendió el depósito que almacenaba 10.000 toneladas de carbón, por combustión espontánea (en esas circunstancias no hay humo ni llama; sólo se levanta la temperatura); se dio cuenta Karlsson cuando dos obreros cayeron, derrumbados por el óxido de carbono. Durante 20 días trabajaron los bomberos; ni siquiera había agua cerca y hubo que socorrerse con las acequias del río Grande.

Ya en la etapa final, faltaban caños para soplar; una noche, una patrulla del Regimiento los levantó de un hospital, clandestinamente; estaban arrumbados, pero igual se informó al Gobernador, para que no se los acusara de robo.

En el grupo de pioneros trabajó el Ingeniero Salvador Naveyra y un experto de la Dirección de Minas, Aliardo Honorato Zardini, 30 (curiosamente, sus iniciales son las de Altos Hornos Zapla); se hundió Zardini casi 3 años en medio de la selva, recién casado; vivía con su mujer bajo una carpa y a él se deben los primeros muestreos, trincheras y perforaciones; hoy está radicado en los Estados Unidos.

Zapla era el patito feo de Fabricaciones; irse allá era un exilio.

La construcción del horno N° 2 data de 1951; tres años después comenzó el proyecto para la ampliación de la planta existente y para su integración con otras de acerías y laminación. En 1957 se inauguraban los hornos 3 y 4 y en 1964 se concretaba la de laminados.

La famosa batalla

Dos semanas atrás el tema del acero colmaba de entusiasmo a los industriales; unos 500 delegados se congregaban en el Teatro Municipal San Martín, en el IX Congreso Latinoamericano de Siderurgia, iniciado con un discurso del Presidente Onganía, el lunes 29 de setiembre.

Mientras los expertos latinoamericanos aprovechaban la reunión conjunta del FMI y el Banco Mundial para una escalada nacionalista, para apostillar a los organismos financieros internacionales por la poca ayuda que se recibe y por las prácticas comerciales discriminatorias, Onganía, en el San Martín, depositaba algunas reflexiones parecidas.

Por lo pronto, observó que la ayuda de las organizaciones financieras apunta a respaldar las exportaciones industriales de los países desarrollados, con prescindencia de nuestra producción; advirtió sobre el dumping, que se practica tanto con los productos industriales como con los del campo, y señaló que "guardamos conciencia de los peligros que encierran los vastos espacios geoeconómicos, mientras carecemos de capitales propios para servirlos adecuadamente".

En el fondo, están presentes las dificultades en la balanza de pagos: para la Argentina, como para los países latinoamericanos en conjunto, es deficitaria.

En acero, nuestro país importa 1.500.000 toneladas por año, que representan una salida de 100 millones de dólares; en América latina, en 1968, se adquirieron 332.200 toneladas de arrabio, planchones, chapas y aceros especiales (26 millones de dólares); los principales proveedores han sido Brasil, Venezuela y Chile.

Argentina, que tiene el consumo *per capita* más alto en el área —unos 150 kilos anuales— va, sin embargo, a la zaga de Brasil y México en producción.

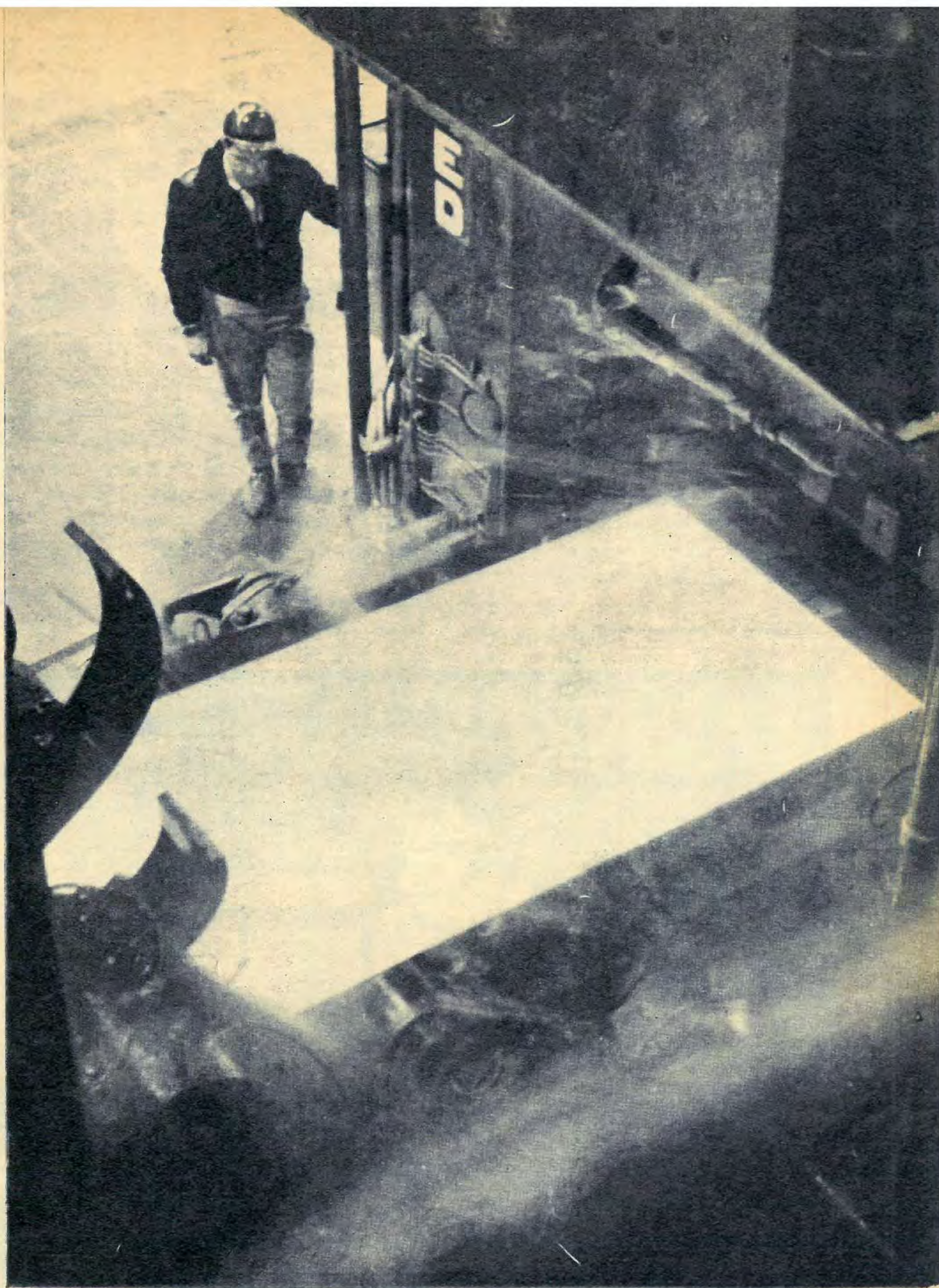
El proceso siderúrgico de los países productores surgió simultáneamente en las dos últimas décadas.

México, que tuvo hornos de acero a principios de siglo, comenzó su industria real hacia 1934 y 10 años después establecía la planta integrada de Monclava.

Brasil empezó su ascenso también en 1934, pero 12 años más tarde comienza a influir la producción



Aquellos tiempos: El mayor Lutteral y el gaucho Gallardo.



San Nicolás: La colada.

Ni una calle los recuerda

de Volta Redonda; hoy tiene 4 plantas integradas y varias pequeñas. Duplica nuestra producción de aceros, pero es menor la de laminados.

En Chile se trabaja en aceros desde 1935, pero sólo 10 años más tarde ingresa Huachipato, la primera planta integrada. Colombia opera desde 1955 en Paz de Río, Perú en Chimbote desde 1958, Venezuela en Orinoco desde 1962.

Para ellos vale el dilema, la opción, que planteaba ante PERISCOPIO el ingeniero Emilio Llorens, 54, uno de los organizadores del encuentro: o se produce acero, o no se consume, porque "el problema de la balanza de pagos presiona imperativamente", sostuvo.

Quizá cuente el hecho de que el autoabastecimiento, la famosa batalla de acero, tan zarandeada en los últimos años, estuvo ausente de las preocupaciones del país hasta después de los años 30.

La visión de Savio y de los pioneros de Zapla debió haber surgido antes; lo que ocurre es que deben darse un conjunto de condiciones y circunstancias que no estaban dadas en las tres primeras décadas.

Hacia 1928 el Producto Bruto Interno por habitante alcanzaba en Argentina al 60 por ciento del nivel de Estados Unidos; un bienestar, el nuestro, que equivalía casi al de Canadá, Suecia, Suiza, Inglaterra, y triplicaba el promedio mundial.

Las ventas del campo alcanzaban para pagar todos los gastos, inclusive las importaciones de acero (cuando en América latina el consumo no pasaba de 20 kilos por habitante, aquí trepaba a 150 y 200).

El hierro y el acero en distintas formas (materias primas y laminados terminados) maquinarias y vehículos fabricados con hierro y acero, representaban a principios de siglo el 30 por ciento de la importación total, proporción que sube al 40 y hasta el 71 en el quinquenio 1955-1959.

El suministro de acero se resiente durante los períodos de posguerra; al fin de la contienda del 14 llegaba a 21,4 kilogramos por habitante y en 1943, después de la segunda guerra, apenas a 13.

—La seguidilla de adversidades del mercado externo, principalmente por la Segunda Guerra, dificultó el abastecimiento externo, exacerbó las condiciones de la demanda y puso en evidencia la necesidad de un proceso nacional e integrado de industrialización, argumenta Llorens.

El mérito de Savio, promotor del Plan Siderúrgico

Nacional, que recién se aprueba en 1947, consiste en haber interpretado la coincidencia entre las demandas militares, las del país, y el desarrollo económico.

Como una consecuencia del Plan Savio (Ley 12987) surge la Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina, instalada a 7 kilómetros de San Nicolás (Buenos Aires); legalmente se le conceden desgravaciones impositivas y cambiarias por un término de 30 años, integrándose con una mayoría del 99 por ciento de capital estatal. SOMISA contrató con The Armco, una empresa controlada por el archipoderoso Grupo Mellon, el asesoramiento técnico y montaje de la planta.

En la actualidad, éste es el panorama:

EMPRESAS	Total 1967
A - Empresas Integradas	828.095
— Est. Altos Hornos Zapla	82.140
— SOMISA	745.955
B - Empresas Semiintegradas	499.470
— Acindar S. A.	88.617
— Cura Hnos. S. A.	313
— Dalmine Siderca S. A.	163.114
— Fáb. Militar de Aceros	28.164
— La Cantábrica S. A.	57.014
— Marathon Argentina S. A.	9.774
— Santa Rosa S. A.	110.140
— Tamet S. A.	39.902
— Vulcano S. A.	2.432
TOTAL	1.327.565

Sobre las huellas de Savio, la DCFM lanzó un plan Siderúrgico que debe cumplirse en 1974 con una producción de 5 millones de toneladas y una inversión de unos 200 millones de dólares; lo anunciaba en diciembre pasado el Director General, Oscar Chescotta, ante auditorio castrense, en el Ministerio de Defensa.

Actualmente las dos empresas integradas son Zapla y SOMISA; las semiintegradas —nueve— parten directamente de la acería utilizando hierro viejo o chatarra; otras 36 son laminadoras, que representan con las semiintegradas casi un millón de toneladas.

La idea del Plan experimentó algunas modificaciones; en principio se proyectaba que SOMISA elevara su producción a 2.100.000 toneladas; que ACINDAR estuviera en situación de producir 800.000; que Pro-

pulsora, en Ensenada (Buenos Aires), detrás de la cual está el grupo italiano Techint, pasara a funcionar en 1973 como planta integrada, con 1.360.000.

Los problemas aparecieron cuando no se aprobó el Proyecto ACINDAR, cuestionándose su capacidad financiera y la participación de la U. S. Steel, que aportaba 16,2 millones de dólares sobre un total de 40.

ACINDAR trató de corregir la iniciativa con la búsqueda de capitales europeos; no obstante, quedaría descartada.

Los cambios obligaron a la DCFM a estudiar nuevos planes, sin ACINDAR; para ello recurrió en consulta a W. S. Atkins & Partners, una firma británica; el Informe costó 89.000 libras (75 millones de pesos).

Los consultores establecieron que era posible elevar la capacidad de SOMISA a 2.500.000 toneladas y la de Propulsora a 2 millones para 1974.

En 1968 los diarios cobijaron una retahíla de solicitudes que cuestionaban al Estado por su participación en Propulsora (colabora con un 25 por ciento del capital y avala préstamos por 35 millones de dólares en la etapa de construcción); se sospechaba cierta tendencia a favorecer a los británicos (el plan financiero de Techint es de Baring Brothers and Co); las respuestas aplaudían al espaldarazo de Propulsora porque ahuyentaba a los monopolios de USA.

Mientras transcurría la polémica, los precios internacionales de 1968 estaban entre 70 y 90 dólares la tonelada, mucho más bajos que los de SOMISA (un 10 y 30 por ciento por encima de los principales países industrializados).

Era suficiente para que fuera provocándose un desaliento que alcanzaba al propio Plan; para qué producir acero, se decía; importar es más barato.

Pero este año los precios subieron de 90 a 105,50 y los enemigos del Plan comenzaron a batirse en retirada; ellos contemplan que en la medida en que esos niveles se mantengan, existe la posibilidad de exportar a precios competitivos.

Fue una proeza montar el Alto Horno de Zapla y a ella se obligó el país por el bloqueo de guerra a las importaciones; hoy, cuando ese bloqueo está en la balanza de pagos, y cuando muchos obstáculos se han derrumbado, es preciso avanzar de una vez por todas en la batalla del acero y ganarla: habrá que terminar con las importaciones y pensar con audacia y sentido nacional en el vasto, promisorio mercado externo. ⊖

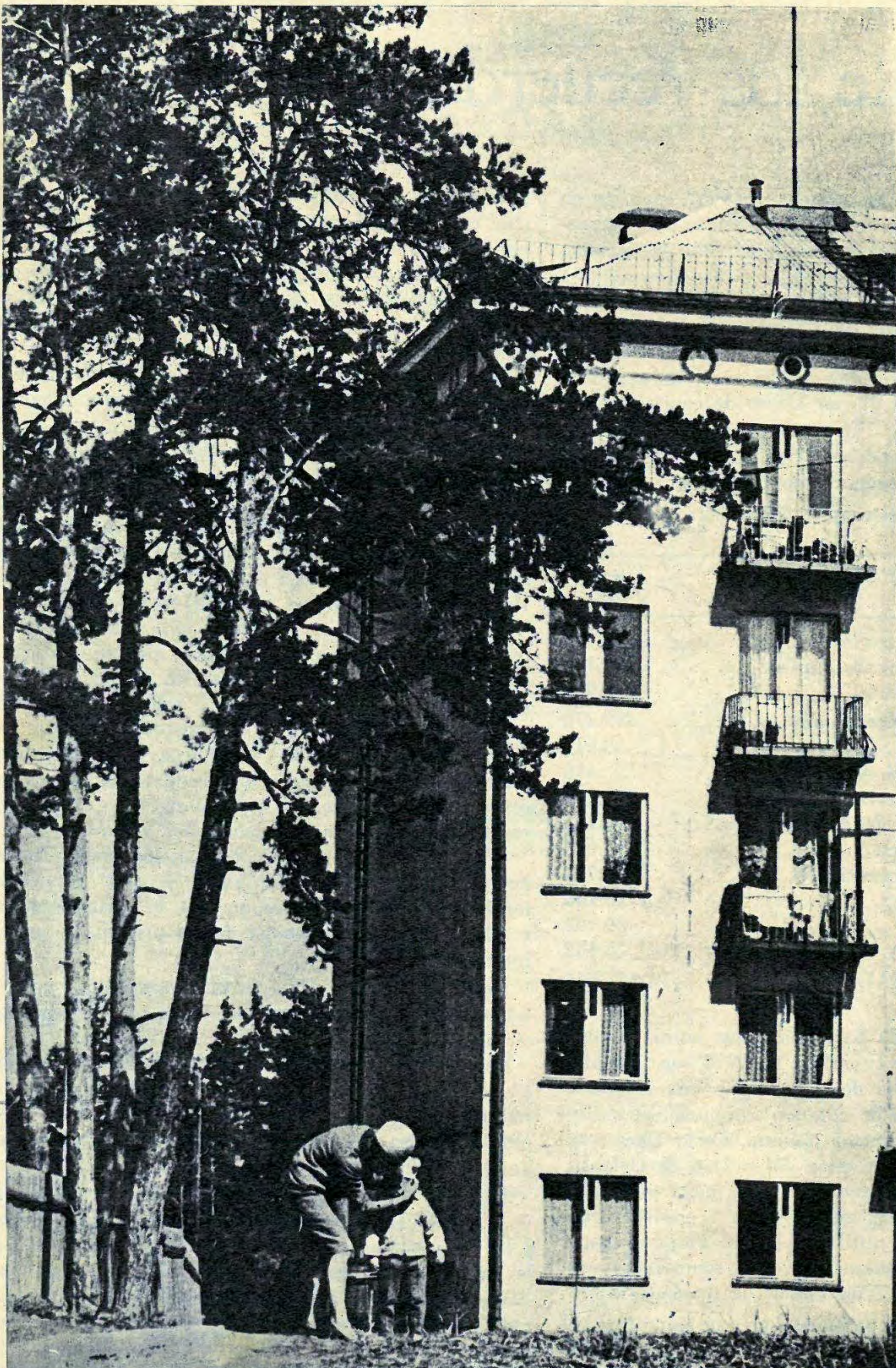
SEDOV



En el Congreso astronáutico de Mar del Plata, Periscopio avista al sabio ruso.

El artífice de los sputniks ignora el psicoanálisis y revela su temor al progreso de las armas químicas.

por Félix Samoilovich



La Ciudad de las Estrellas, cerca de Moscú: Un derroche que contrariaba la opinión de Korolev.

Sedov practica el escapismo. "Estoy muy apurado, ¿sabés?"

Aquí estoy, profesor, como convenimos ayer. No olvidé nuestra cita.

—Yo, en cambio, me olvidé de usted.

—Suele pasarle a los sabios.

Pero ya se me escapa por segunda vez. Media hora más tarde lo acorralo en un pasillo del Hotel Provincial, e insisto:

—¿Le gustaría que su hijo fuera astronauta?

—Es un tema para otro momento. Estoy muy apurado, ¿sabe?

En todos los casos, la estrategia fue la misma: una sonrisa —cerrando los ojillos caucásicos—; una media vuelta —con las manos cruzadas sobre el abdomen puntiagudo—; un paso rápido hacia cualquier parte: la cuestión es escapar.

Nadie puede ofenderse demasiado: en el fondo, él se divierte con esta continua fuga. Camina balanceándose como un pinguino. Pocas veces consigue vencer ese mechón de cabello blanco que se le encrespa en la coronilla, un capitel que remata su metro ochenta de altura. Un abuelo típico, en fin, si no fuera por sus eternos —e impecables— trajes azules y sus lentes de académico.

Pero Leonid Sedov, 62 años, quizá la figura más prominente de la ciencia espacial soviética en la actualidad (alguién lo llamó “el Von Braun del Este”), cometió un grave error de cálculo; no entendió que, en Occidente, las cosas se rigen por la ley de la oferta y la demanda.

Rechazó tantos pedidos de entrevista —o los sabotó sin piedad— que ha terminado por elevarse al rango de astro; solicitado como nadie, a su alrededor se desató una verdadera psicosis periodística. De nada servía enviarle cuestionarios redactados en ruso: no contestaba. Por fin, en la inevitable conferencia de prensa, se lo acusó de juzgar “infantiles y faltos de tacto” a los periodistas argentinos. “Estoy asombrado —se atajó—; nunca dije eso.”

Hombres y engranajes

Si lo dijo —el tacto es una cualidad bastante indefinible— quizá no se trate de mala voluntad. En fin de cuentas, Sedov vive encerrado en la Universidad de Moscú, absorto en la investigación y la enseñanza; no tiene por qué comprender al mundo exterior, ávido de sensacionalismo, ingenuo y simplificador.

En Moscú, parece que es muy popular entre profesores y estudiantes. Su ex discípulo V. V. Sychev, miembro del Instituto de Ciencia y Tecnología de Moscú, pondera:

—Dedica mucho tiempo a los jóvenes: dicta un seminario por semana, uno de los más famosos de la Universidad.

Su esposa, Lidia Petrovna —Madame Tolstoi, en el trato formal—, podría protestar por esa obsesión pedagógica: no lo hace.

—Tiene poco tiempo libre —suspira—. No ve televisión ni va al cine; tampoco juega al ajedrez. Sólo vamos a la *dacha*, en las afueras de Moscú, o escuchamos música.

—¿Qué compositores prefiere?

—Beethoven, Chopin, creo que Chaikovski —responde en un inglés vacilante.

—¿Y escritores?

—No sé, pregúntele a él.

—Hay muchos buenos, muchos que me gustan —equiviva Sedov.

—¿Qué opina de Bertrand Russell?

—Es un típico representante de la inteligencia. Hay varios libros suyos traducidos al ruso. Mucho de lo que dice es valioso, sano y necesario. Lo que más me agrada: no es un filósofo de gabinete. Todo lo que dice está relacionado con la práctica.

Su pragmatismo no es muy diferente del norteamericano, a primera vista. Por el contrario, es mudo como una tapia cuando se trata de filosofía especulativa. Por ejemplo:

—¿Qué opina del Manuscrito Económico-Filosófico de 1844? (una obra de juventud de Carlos Marx).

—No sé. Lo leí cuando era estudiante, hace mucho tiempo.

—El Diccionario de la Academia de Ciencias de la URSS sostenía, hace años, que la cibernética era una “ciencia burguesa”; lo mismo opinaba del psicoanálisis. ¿Se ha modificado esa opinión?

—Respecto de la cibernética, claro que sí. ¿El psicoanálisis en qué sentido...?

—Como contrapuesto a la psicología de Pavlov.

—Ah, no sé. Pregunte al médico de la delegación. Yo no entiendo de biología.

Se empeña en sugerir que no vive mal: mantiene dos automóviles y un lugar en la Academia de Ciencias. Su hijo mayor es catedrático de Química; la hija, una entusiasta alumna de mecánica. “No hay problema generacional entre nosotros”, se pavonea Sedov.

Todo parece adquirir un tono rosado, en boca del sabio. Acaso intenta convencerse de que las duras jornadas de 1941 no volverán jamás; pero sin duda tanto candor emana, además, de la filosofía oficial: sostiene que un mundo nuevo se abre, pacífico y cristalino. “Las máquinas ayudarán al hombre —musita Sedov— pero jamás lo han de reemplazar.”

—¿Su opinión es válida para cualquier sistema social?

—En todos los regímenes la máquina ejecutará más trabajo que el hombre; ha de ser una ayuda. La destrucción total no llegará...

—Nadie podría sostener que Sedov peca de sofisticado; al contrario: es simple —¿ingenuo?, ¿reticente?— hasta cuando aborda cuestiones técnicas.

—¿No cree que se está gastando mucho dinero en la investigación cósmica?

—La técnica es capaz de prevenir la amenaza de una nueva guerra y, además, puede ayudar a los hombres para que eleven su nivel de vida; esto ya ocurre: hay transmisiones radiales y televisivas que cubren todo el mundo y favorecen la comprensión. El dinero que insumen es bastante menor que lo gastado en armas, un costo al que la humanidad creía estar acostumbrada...

Sin embargo, los Estados Unidos de Norteamérica y la URSS se preparan a definir su “selenopolítica”: quiérase o no, la llegada del hombre a la Luna tendrá consecuencias internacionales, favorables y tranquilizantes si las potencias tutelares logran practicar en el espacio la misma coexistencia pacífica que tanto trabajo les cuesta edificar sobre la Tierra. La carrera sería, en cambio, temible, si USA y la URSS llegan a competir en la atmósfera con características similares a las de la guerra fría.

Al ganar el desafío, lanzado el 25 de mayo de 1961 por el Presidente John F. Kennedy, los norteamericanos cosechan hoy un inmenso prestigio: la victoria, en razón de los medios gigantescos que exigió, representa el éxito de un país entero, incluida su estructura social y el sistema político. Jamás se vio, en tiempos



Korolev, el pionero: Su muerte frenó a los soviéticos.

de paz, semejante movilización de aportes orientada hacia un fin nacional.

Por eso, la carrera a la Luna se convertirá en una forma nueva de la política que ha de bordar la segunda mitad del siglo: calificarla de “selenopolítica” no es sino comparar estos años con aquellos en que se imponía la *Realpolitik* de Bismarck, o el colonialismo europeo. Nada cambia demasiado.

Pero la “selenopolítica” ha de transformarse en un acicate y, a la vez, en un medio; un acicate, porque servirá para entusiasmar a la nación, como ocurrió en USA, cuyas Cámaras votaron, sólo para el proyecto Apolo, 23.000 millones de dólares (unos 8 billones de pesos argentinos); a la vez, los programas serán un medio para movilizar —como USA lo consiguió en los 7 años que dura la gesta del Apolo— más de 350.000 sabios, ingenieros, técnicos y obreros, y más de 20.000 firmas industriales. En un país donde el *lobby* militar es poderoso, Apolo es, no obstante, una empresa civil: algo significativo.

—¿Los científicos deben hacerse responsables de su producción? Es decir ¿se preocupan por el destino último de sus trabajos?

—Si un experto se dedica a producir armas químicas o bacteriológicas —opina Sedov—, hay que tacharlo de inmoral. El deber del científico, en ese caso, es el de advertir al público en contra de tales investigaciones. Aunque los estudios del cosmos no tienen una implicancia militar directa. Por otra parte, hay un buen ambiente en las relaciones de los técnicos

de diferentes países y es mucho lo que puede hacerse.

Sucedee que la “selenopolítica” se muestra rentable, y si es lícito preguntarse por qué los soviéticos se dejaron ganar, también es verdad que en el primer tercio de la era espacial —de la que se cumplen doce años— ellos dominaron indiscutiblemente el campo.

En los Estados Unidos de Norteamérica se escucha preguntar ahora cuál será el destino del proyecto Apolo; por cierto, otros nueve proyectiles “Saturno” están en construcción y permitirán a USA continuar, durante algunos años, la exploración del satélite y crear estaciones orbitales de la Tierra.

Sin embargo, el esfuerzo que vendrá, ¿ha de ser tan amplio como el de los últimos 10 años, cuando los norteamericanos gastaron en la justa del espacio la suma fantástica de 56.730 millones de dólares? En cuanto a los soviéticos, ¿ensayarán dar un golpe gigantesco cuando menos se lo espere? Ya lo hicieron en el pasado.

O con mayor razón, ¿es posible que la lección de Apolo decida a las dos superpotencias a cooperar en el cosmos? Los norteamericanos, que borrarón con su triunfo la humillación de ver, en 1957, al primer satélite soviético girando en órbita, ¿se allanarán a partir ahora los gastos con la URSS? Tal sería, evidentemente, el mejor resultado de la “selenopolítica”. ¿Cuál es el rol de los sabios, en este plano?

—Los científicos no decidieron, hasta ahora, en las cosas importantes. ¿Qué pueden hacer? ¿Y cómo?

—No se trata de que los expertos asuman las decisiones, pero pueden crear el clima que las favorezca, aunque no sólo a nosotros corresponde esa tarea...

Oriundo del Cáucaso, al Sur de Rusia, Sedov no fue actor en las grandes jornadas soviéticas. “Durante la Revolución de Octubre —confiesa—, yo estaba muy lejos con mis padres, y era un muchacho. Tampoco tuve participación directa en la Segunda Guerra, aunque, por supuesto, fue algo terrible: espero que no se repita jamás”, añade.

¿Sus trabajos teóricos? Prefiere no hablar de ellos; tampoco desea estimar su aporte más significativo a la ciencia del espacio. V. V. Sychev, en cambio, asume la exégesis de su maestro: “Sería largo hablar, porque el profesor Sedov se aplica a varios campos al mismo tiempo. Sin embargo, las etapas más importantes de su carrera pueden resumirse así: los primeros momentos los dedicó a problemas de la hidrodinámica clásica, y en este aspecto innovó respecto de la formulación de métodos matemáticos para determinar las trayectorias de los cuerpos en el aire y en el agua. Después comenzó a analizar la dinámica de los objetos sólidos a grandes velocidades, en especial en medios gaseosos. Es un estudio muy importante para resolver la cuestión de reingreso del cohete a la atmósfera. Por fin, las últimas compulsas de Sedov intentan salvar los vericuetos de la mecánica continua”.

—Señor Sedov, ¿ha leído usted *El Constructor de Astronaves*? (La primera biografía de Sergei Korolev, el padre de la astronáutica soviética; publicada en ruso, carece aún de traducción castellana.)

—Apenas lo he hojeado...

Pese a todo, Sedov no consigue ocultar su admiración por Korolev, cuya muerte, en enero de 1966, coincide, según las fuentes occidentales, con el estancamiento de la ciencia espacial rusa.

Hijo de maestros de la escuela elemental, Korolev nació en Kiev, en 1907; desde su mocedad se encomendó a popularizar entre sus amigos la obra de Konstantin Ziolkovsky, el precursor, quien abogaba por la elaboración de motores retropropulsados para la conquista de los demás planetas.

La lección del maestro

A los dieciséis años, muerto su padre, Sergei debe trabajar como mecánico; su tiempo libre lo dedicó a estudiar pilotaje aéreo. A los 20 años, entra a la Academia Militar de Moscú, para seguir el curso de ingeniería aeronáutica. “Tuve la fortuna —contaría más tarde— de conocer a Tupolev, mi primer gran maestro.” En 1932, luego de creada la Dirección de Invenciones Militares, por recomendación de Tupolev, el ingeniero Korolev toma la batuta; en agosto de 1933 ese grupo experimental lanzaba al aire su primer cohete: ascendía 400 metros en 18 segundos. En 1934 asume el cargo de dirigir el Instituto de Estudios de Motores de Reacción: la guerra interrumpe su tarea para dedicarla al progreso de la aviación militar. Uno de sus triunfos, junto al de su mentor: la construcción, luego del conflicto, del “TU 144”, el primer reactor de línea de todo el mundo.

Sólo en 1947 Korolev puede dar a la URSS un proyectil balístico moderno. El libro describe el encuentro del sabio con Stalin. “Me pidieron —relató luego Korolev— que ilustrara a Stalin sobre mi trabajo. Me escuchó en silencio, sin quitar la pipa de la boca. Luego comenzó a hacerme preguntas: qué velocidad alcanzaba el cohete, cuánto pesaba, cómo caía sobre el blanco. No obstante, Stalin mantenía una actitud de jugador de póquer: no supe entonces si estaba satisfecho o no.” En verdad, Stalin quedó muy impresionado, y dió a Korolev los medios para progresar.

El 27 de agosto de 1957, al cumplirse el primer centenario de la muerte de Ziolkovsky, Korolev pre-

Una muerte que frenó los planes rusos

senta a Kruschev los planos del primer proyectil balístico intercontinental de la URSS. El líder vio apenas una arma, donde su interlocutor veía el instrumento necesario para colocar al hombre en el espacio. A su requerimiento, la URSS invirtió fondos en un programa espacial y el 4 de octubre de 1957 trepaba el espacio el primer, rudimentario, Sputnik.

Aunque se trata de una obra formal, *El Constructor de Astronaves* revela cómo, unida a la existencia de Korolev, la lucha por el salto al espacio tropezó con obstáculos políticos desde sus comienzos. "Los escépticos decían: antes de salir al cielo, procuremos hacer más propicia la vida sobre la Tierra. Otros insinuaban que la ausencia de fuerza de gravedad, o de peso, implicarían la muerte del hombre."

El acento del indomable Korolev era siempre el mismo: "Impedirnos andar por el espacio es lo mismo que sujetar a un chico cuando se para o camina. Creo firmemente que la investigación del cosmos resolverá más rápidamente los problemas terrestres y convertirá nuestra vida en algo más placentero. De los animales pasaremos a los pilotos; nuestro objetivo principal es el de permitir al hombre navegar entre las estrellas".

La Luna era, sin duda, el objetivo central de Korolev, según lo repite el libro constantemente: el científico deseaba circunnavegarla primero con aparatos mecánicos, y luego en vuelos tripulados; pergeñaba, eso sí, un método diferente al de los módulos separables que emplea USA. Korolev pensaba en aterrizar directamente, mediante un cohete "potentísimo y, a la vez, muy obediente a los comandos".

¿Qué cosa no funcionó en los programas soviéticos? En primer término, faltó coordinación: los militares, por ejemplo, construyeron la Ciudad de las Estrellas a espaldas de Korolev, que hubo de tomarla como un hecho consumado. En segundo lugar, las fábricas de astronaves padecieron todos los defectos de los talleres corrientes: retardos en la provisión del material, imprecisiones y falta de experiencia.

Algo más: la programación de los estudios fue desordenada: Korolev se lamentaba, ante todo, del abandono del objetivo lunar. Por último, y ésta fue la verdadera tragedia, Korolev y Voskriesniensky desaparecieron por enfermedades incurables, el uno a principios de 1966 y el otro a fines de 1965. En diciembre de 1966, declinaban las victorias espaciales rusas.

¿Es Sedov el amo?

Tal vez Sedov era el hombre indicado para reorganizar el aparato científico espacial. "Es enérgico, trabaja todo el día, es difícil verlo descansar", dice de él V. V. Sychev. "Él es el más importante." Sedov, por su parte, trata de no ser aludido, brinca de un lado a otro, se hace mimar por *Madame Tolstoi*, la abandona de improviso en pos de unas carillas ininteligibles que le acercan sus colegas, farfulla observaciones, ríe.

El jueves pasado, en la mañana, tal vez cumplió su única promesa: la de encerrarse con un redactor de PERISCOPIO durante 15 minutos, para arrojarle sus propias dudas: "¿Por qué los periodistas son tan agresivos?"

—Sin embargo, usted concedió una entrevista exclusiva a un semanario de Buenos Aires...

—¡Ahí tiene! Alguien de ese semanario vino a verme y no pude atenderlo. Él decidió entonces fabricar el reportaje, pero tomó los datos biográficos de mi colega Serov. ¿Qué le parece?

—Que no debe rechazar a los periodistas.

—Venga conmigo —susurró; y luego de hurgar en un cajón del placard—. Tome, le regalo estos trabajos míos: en ellos figura mi opinión sobre la ciencia, la filosofía y lo que estamos haciendo en la URSS.

—Dígame algo sobre Marte.

—La vida extraterrestre y la vida en Marte, sobre todo, son incógnitas que pueden ser despejadas en este siglo. Estamos dando los primeros pasos en esa dirección, pero aún quedan muchos complicados problemas técnicos para resolver en el futuro. Por ejemplo, el retorno a la Tierra, descensos en otros planetas desde el espacio interplanetario. Habrá que desarrollar, también, nuevos principios energéticos para los cohetes, si los vuelos cósmicos siguen extendiendo sus distancias.

—Todo eso costará varias fortunas...

—El costo de los vuelos espaciales es enorme, pero disminuye si se lo compara con los ingentes fondos que podrían ser ahorrados si en nuestro mundo imperasen la razón y la justicia.

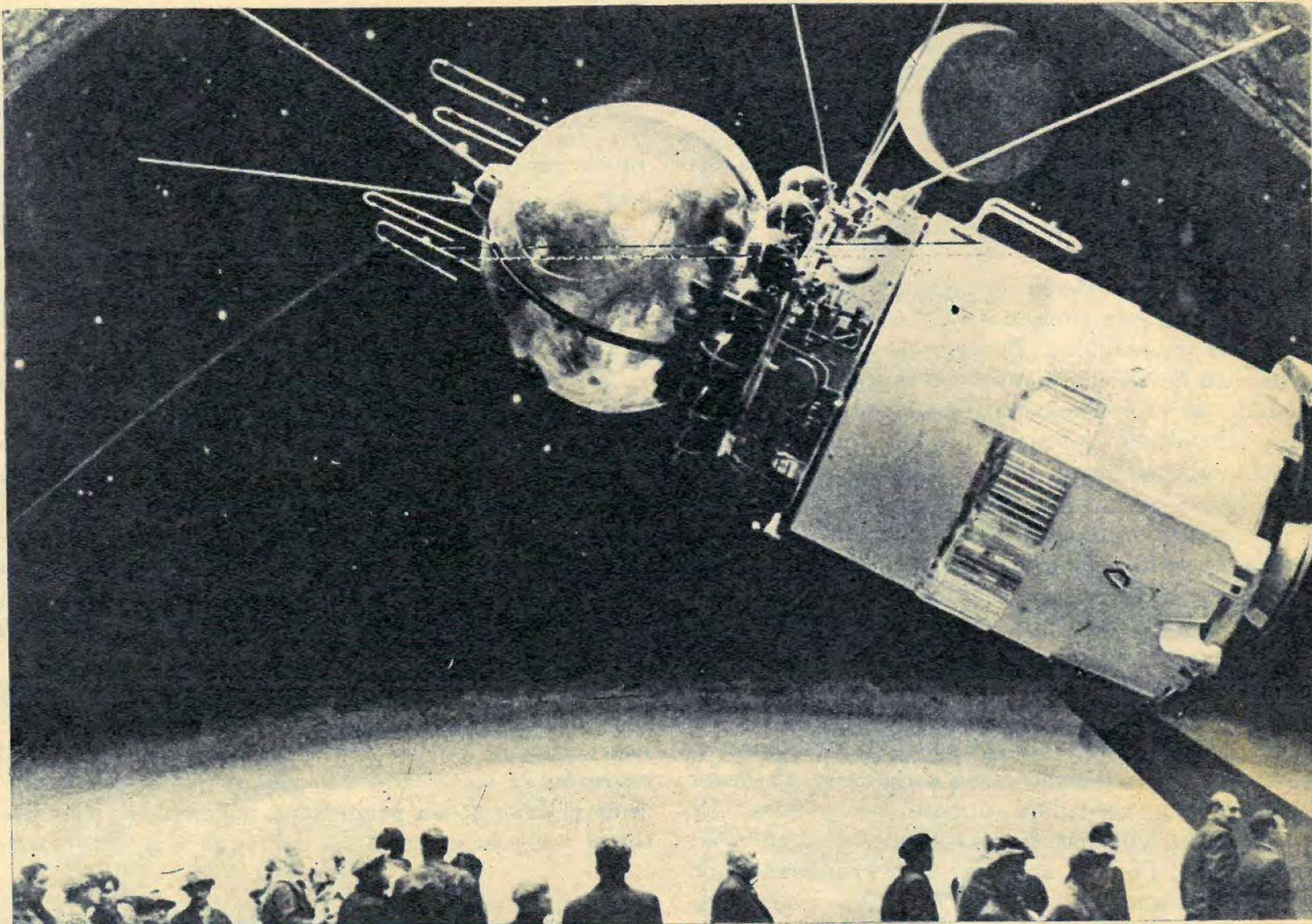
—Profesor ¿cómo usa usted sus vacaciones? ¿Qué le gusta hacer en las horas de descanso?

—Ya he hablado mucho con usted.

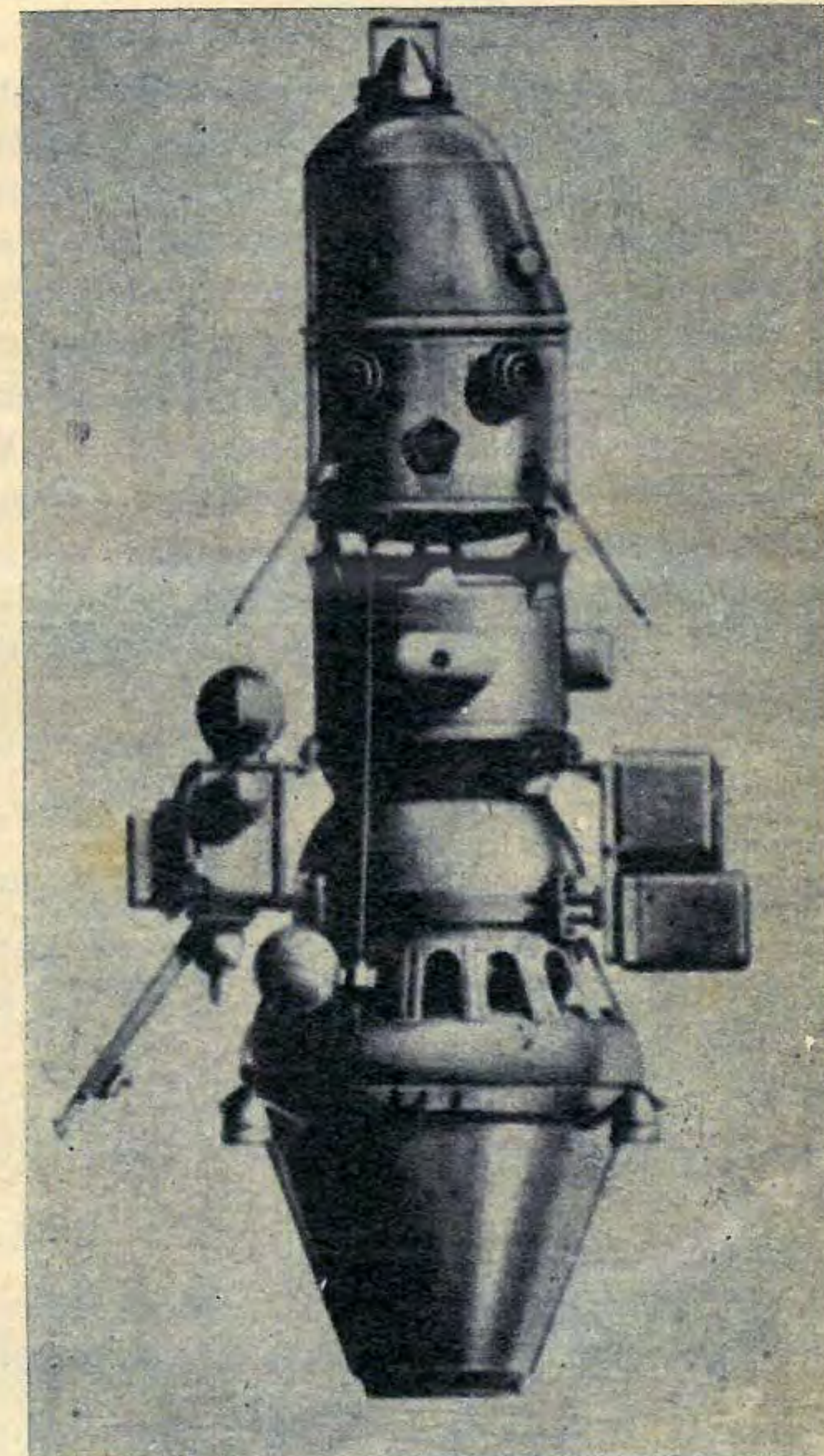
—Es importante que me responda.

—Pues bien: las gatas viajando, en congresos, en giras y en conferencias dentro de mi país.

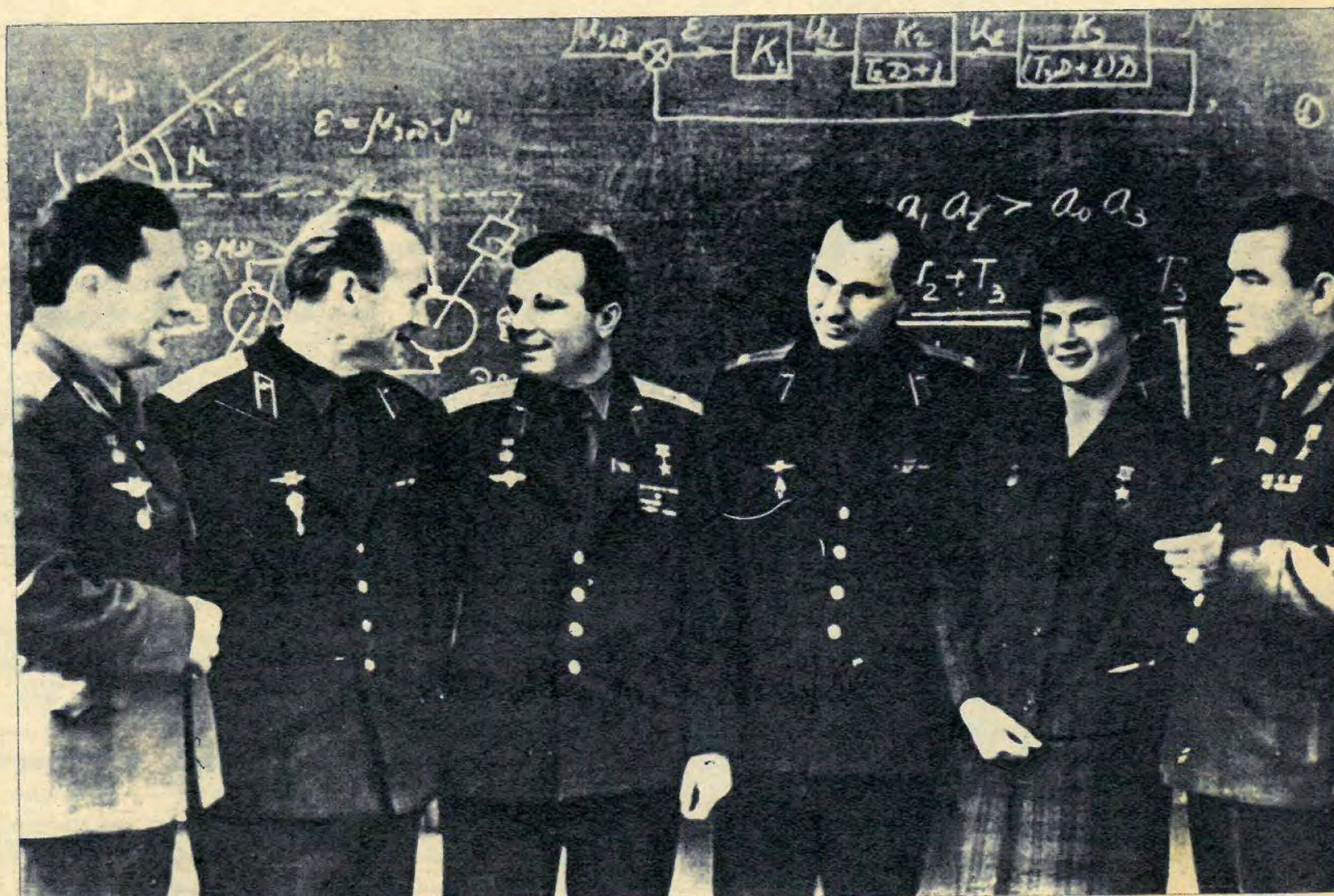
Salió corriendo, con el bamboleo y la sonrisa esquinada de siempre. ☉



Moscú exhibe el Vostok: La carrera del espacio, ¿desatará otra guerra fría?



Molnia 1 (izq.), un satélite de comunicaciones; Luna 10 (der.), el primer satélite artificial de la Luna.



Popovich (izq.), Leonov, Gagarin, Belyayev, Tereshkova y Nikolaev: Luna, lunera, cascabelera...

Peronismo

Tuve que leer dos veces para convencerme de que no soñaba: "El peronismo no se actualiza; ya no ilumina la esperanza del pueblo, que sólo se obstina en sus mitos para no rendirse a sus adversarios. Ha envejecido: no puede ofrecer sino lo mismo que en 1945; sólo que ahora es un partido como los otros". A Bernardo Guillén, autor de estas frases irrespetuosas y alejadas de la realidad ("La vuelta al nido", PERISCOPIO, N° 3), le recuerdo que el peronismo se actualiza, que no se envejece, y una prueba de ello es Raimundo Ongaro. Y que no es un partido "como los otros", sino un movimiento, lo dice el hecho de que ha sido reiteradamente proscripido y que, cuando pudo presentarse a elecciones, como en 1962 ó 1965, las ganó por amplio margen.

El antiperonismo ya no es una moda en la Argentina, sino la aviesa campaña de políticos liberales y vetustos que no desean la soberanía popular. Me extraña que un artículo donde se condena a ciertos dirigentes gremiales dudosos, caiga en el error y en la injusticia de vituperar al peronismo.

ALBERTO JOSÉ PÉREZ (Capital Federal)

No se trata de vituperar. Creo —tal vez me equivoque— que es así como ven ahora al peronismo sus propios adeptos, desalentados por casi tres lustros de derrotas: sería ingenuo atribuirles a la perfidia de sus enemigos. El lector Pérez lo ve de otra manera: está en su derecho. B. G.

Televisión

Anticipo que no defiendo ni ataco; reflexiono para comprender por qué en la nota: "La industria del ridículo" [PERISCOPIO, N° 3] se emplean frases tales como "denigración humana", "exhibición ridícula y grotesca", etc. El autor juzga. Está en su derecho; pero creo que no ha analizado el tema en profundidad. Reflexionemos, pues.

Lo cotidiano es complejo. Entraña negación e incertidumbre. ¿Quién no se ha negado alguna vez a continuar con la rutina, y quién no ha temido el cambio? La insatisfacción es condición humana. Hace desear la evasión, buscar una válvula de escape, como es harto notorio. Pero la necesidad de cambio y de evasión no es producto de nuestra época. Recordemos la infinidad de fiestas que ejercían función catártica en otros tiempos: las "saceas" babilónicas, las "dionisiacas" griegas, las "saturnales" romanas, las del "asno" en la Edad Media. Sin olvidar los carnavales.

Voy a esto: el tiempo no es repetición, no es calco; es cambio. El cambio es signo de vitalidad. Ahora bien: a los programas de televisión censurados en la nota no los identifica el arte; su aspiración es entretener, divertir, pasar el tiempo. Es decir, ofrecer una nueva forma de evasión (personalmente creo que ejercen una función compensadora). Pero afirmar que es "denigrante" la actitud de los participantes y/o auspiciadores, me parece injusto, porque quienes actúan se expresan a "su" manera, de acuerdo con su propio rito y estilo. ¿Que rompen normas arraigadas? Es cierto. Ciertamente y natural, porque tienen el valor de vivir en plenitud, sin contrariar su naturaleza (el dinamismo de su naturaleza). ¿Ridículos y grotescos? ¡Hum! No nos olvidemos que los códigos del comportamiento cambian. Ayer no más era ridículo salir a la calle sin corbata o sin sombrero; anteaer era grotesco ejecutar en público las "impúdicas" figuras del tango.

Hay muchos medios de evasión: emborracharse, ir a las canchas de fútbol, gritar y arrojar proyectiles, ingerir drogas heroicas, asistir a fiestas negras, sumergirse en lecturas pornográficas, etc. Entre los etcéteras está el concurrir a esos programas, ya que no todos pueden tener la fortuna de lograr evasiones intelectuales. Quien no puede obtener estas últimas, es preferible que utilice los medios que le brindan Galán, Calígula o Sacco, y no los que se mencionan en primer término.

En síntesis: un problema como éste, del actual comportamiento humano, debe ser analizado más minuciosa y detalladamente, sobre todo si se utiliza un medio de difusión para exponerlo. De no hacerlo así, se corre el riesgo de emitir un dictamen donde —como en este caso— no cuadra el concepto "denigración humana", el que jamás hubiera sido empleado por un sociólogo, psicólogo, psicoanalista o filósofo, que son

los que están estudiando este tan delicado como universal asunto.

PUBLIO A. CORDERO (Lanús Oeste, Bs. Aires)

Ensayistas contemporáneos opinan que el delito es también un medio de evasión; sin embargo, en el mundo entero, el delito es reprimido, porque daña —como en el caso de ciertos programas de televisión— al cuerpo social. En "La industria del ridículo" no se juzga a los participantes (cada loco con su tema), sino a la actitud de quienes hacen negocio con ellos. R. de C.

* En un recuadro del artículo "La industria del ridículo" se meten ustedes con los canales de televisión que auspician cierto tipo de programas y parecen defender al CONART y a su intimación de que los canales mejoren o cambien sus programas en treinta días. Debo aclararles que yo no soy partidario de esos programas: coincido, con ustedes, en que son denigrantes. Pero, ¿por qué volverse sólo contra la televisión? ¿Acaso ciertas publicaciones no utilizan métodos similares? ¿Acaso no hay diarios y revistas que viven también de la idiotización del público lector, que ganan dinero explotando la abyección y la sordidez, como dice PERISCOPIO? ¿O es que la televisión, por ser imagen, es más perniciosa que el periodismo amarillo, destructor de culturas y culpable de halagar los peores instintos de la sociedad humana que los financia?

ANGELES D. SOMIGLIANO (La Plata, Bs. Aires)

Desde luego, el periodismo amarillo es tan denigrante como la TV amarilla. Que estamos en contra de él lo demuestra la factura de PERISCOPIO.

Revisionistas

En "La pulseada del revisionismo" [PERISCOPIO, N° 3] hay un error con respecto al Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas, que quiero rectificar. Se dice allí que algunos socios se separaron de él en los últimos meses "disconformes con las avanzadas del revisionismo marxista" y se cita a Julio Irazusta, Federico Iburguren, Vicente Sierra, Ernesto Palacio y Alberto Ezcurra Medrano. No sé de nadie que haya denunciado tales avanzadas. Entre los 16 miembros de la comisión directiva no hay ninguno que las represente. El único renunciante, de los cinco que se nombran, es Julio Irazusta, pero no renunció a causa del revisionismo marxista, sino por motivos de orden interno; tampoco lo hizo en "los últimos meses", sino en 1949. Por otra parte, esperamos que pronto se ha de reincorporar.

En cuanto a que la polémica en torno a la Guerra del Paraguay amenace "dividir las huestes del rosismo", debo aclarar que el rosismo no es una fuerza regimentada, en la que se deba pensar de acuerdo a definiciones dogmáticas, sino un movimiento vivo de opinión, que admite interpretaciones divergentes, siempre que se funden sobre el bien de la Nación. Son notorias las que tenemos acerca de las misiones jesuíticas, Mariano Moreno, Francisco Ramírez, porteñismo y provincialismo, Ferré, Urquiza, Alberdi, Roca, López Jordán, la Revolución del 90, para no citar innumerables temas menudos y diferencias de matiz. La historia es irreductible a la cibernética.

ROQUE RAÚL ARACÓN (Capital Federal)
Secretario General, Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas.

* Si es cierto que el "historiador rosista" Juan Pablo Oliver sostiene que Felipe Varela no fue un caudillo y si Venancio Flores: si es cierto que no inventó PERISCOPIO [N° 3] sus opiniones adversas a López y favorables a Mitre; si es cierto que afirma que el Paraguay de 1860 era una provincia atrasada y que Gran Bretaña estaba en favor del Paraguay, no entiendo cómo puede entonces llamarse "rosista" o "nacionalista". Espero que José María Rosa tercie en la polémica y que como historiador serio y valiente que es, destruya las fantasmas mitristas de su "amigo".

ARTURO JIMÉNEZ COSTA (Capital Federal)

Desde luego, es cierto todo cuanto se pone en boca de Oliver. Sus trabajos aparecieron, como expresa la nota de PERISCOPIO, en los números 4 y 6 del Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas.

El caso March

En "El caso March" [PERISCOPIO, N° 1] se dice textualmente: "Según el dirigente mercantil Rolando Rivas, si los organizadores del Banco Sindical —March, Juan J. Minichillo, Roberto Pifarré y Andrés Juan— llegan a sufrir un accidente, serán sus familiares quienes tengan derechos sucesorios sobre las acciones del sindicato, ya que figuran a nombre de aquellos cuatro".

A efectos de disipar posibles malos entendidos, informo a usted que la mencionada referencia es inexacta, ya que en ningún momento la totalidad de las acciones del Banco han figurado a nombre exclusivo de persona alguna. Según el acta constitutiva del Banco Sindical S. A., el capital integrado, suscripto y realizado pertenece a la Confederación General de Empleados de Comercio con excepción de 230.000 pesos correspondientes a 23 accionistas individuales que figuran integrando 10.000 pesos cada uno de ellos. Las 23 personas de que se trata son la casi totalidad de los integrantes del Consejo Directivo al momento de realizarse la citada asamblea (abril de 1964) y son los siguientes: March, Uncal, Yossa, Echeverría, Fernández, Del Bianco, Minichillo, Camponovo, Mazza, Solimanto, Saíno, Pérez Souto, Ponzio, Impini, Peteira, Cortondo, Morera, Calandri y, además, Martín, Chaves, Pifarré, De Paul y el suscripto.

Por todo lo expresado conceptúo que queda claro que ninguna de las 23 personas, entre las que me cuento, ni sus familiares —en caso de accidente de aquellos— podrían reclamar para sí el Banco Sindical. En ningún momento quedó el patrimonio del Banco Sindical a nombre exclusivo de persona alguna, o de grupos de personas; en última instancia la dueña hubiera sido la Confederación.

Por supuesto que en los registros contables está perfectamente claro y la secuencia ha sido la siguiente:

Integración Capital del Banco Sindical

1ª Serie: Confederación	\$ 299.770.000
23 personas	„ 230.000
	\$ 300.000.000
2ª Serie: Confederación	„ 300.000.000
	\$ 600.000.000

Con posterioridad al 30 de junio de 1969 se distribuyó el total que figuraba a nombre de la Confederación entre ésta y todas y cada una de sus filiales. De esta distribución fueron informadas en su oportunidad todas las filiales.

ANDRÉS JUAN (Capital Federal)

Consejos

Saludo la aparición de PERISCOPIO que nos pone nuevamente en contacto con un importante sector del pensamiento argentino luego del paréntesis abierto a raíz de la prohibición de *Primera Plana*. El material literario de la nueva publicación en nada desmerece la calidad de su antecesora.

Evidentemente se nota la ausencia de artículos sobre la realidad nacional con la profundidad informativa a que nos tenía acostumbrados *Primera Plana*, pero es de esperar que las circunstancias cambien en el futuro próximo para bien de la prensa argentina.

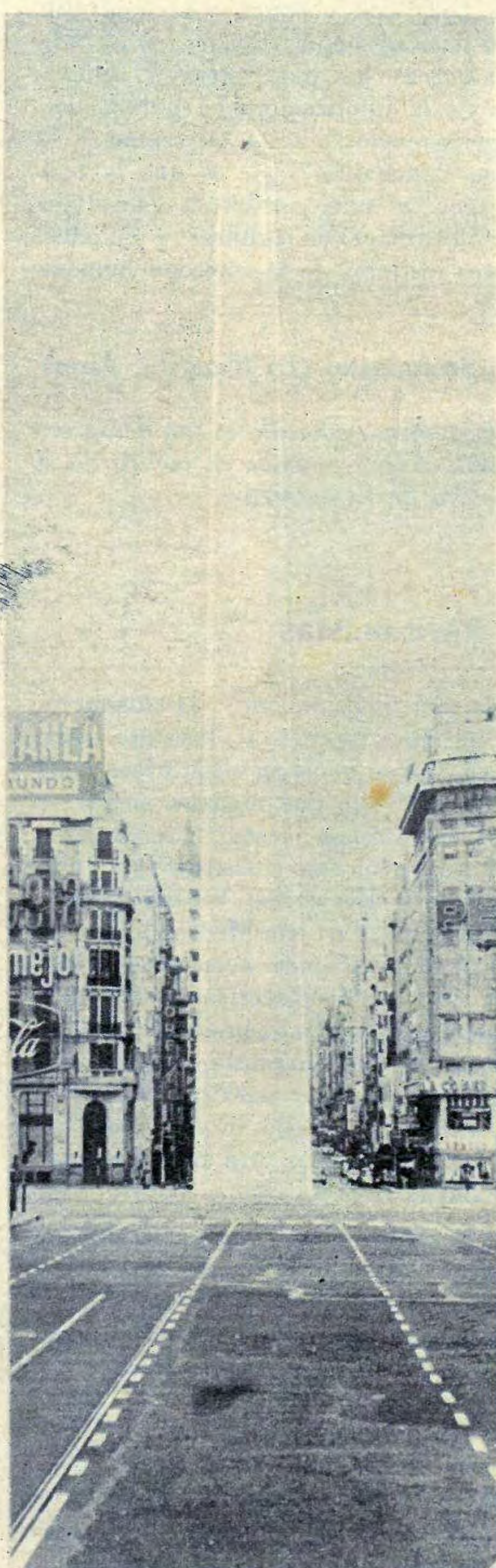
Hay algunos detalles de PERISCOPIO que me parece podrían corregirse para mejorar su imagen:

El tamaño resulta demasiado grande, difícil de leer sin recurrir a múltiples dobles. La mitad de su formato actual sería suficiente. Esta característica, unida a sus títulos excesivamente grandes, da la impresión de tratarse de uno de esos semanarios de tipo sensacionalista. Por cierto que esa impresión desaparece al leer la revista. Por la razón antes expresada, resulta difícil de coleccionar y encuadernar (yo utilizo mi colección de *Primera Plana* como elemento de consulta).

Actualmente, algún semanario de los muchos que siguieron la modalidad impuesta en el país por *Primera Plana*, publica fascículos coleccionables sobre un tema especial. Creo que esta posibilidad no ha sido aprovechada por *Primera Plana*, y creo que sí podría hacerlo PERISCOPIO o *Señoras y Señores*. Tengo en mente la excelente "Historia del Peronismo", que coleccionada por medio de fascículos podría ser una valiosa obra de consulta. Los temas de interés son innumerables, especialmente históricos: "La 2ª Guerra Mundial", "La Guerra Civil Española", "Vida y Campañas de Napoleón", "Historia del Cine", "La Revolución Rusa", "La Revolución Francesa", etc. Las posibilidades al respecto son infinitas.

OMAR VILLALBA (Córdoba)

recién cuando lo pruebe sentirá cuanto lo estaba necesitando



Porque no es un cigarrillo más.

Es fuera de serie: está hecho con lo más sabroso y aromático de nuestros tabacos negros... pero tiene 100 mm. de estatura. Es "fuera de serie": guarda toda la nostalgia de Corrientes angosta... encerrada en una línea super actual.

Es "fuera de serie": tan, pero tan suave, que puede permitirse el lujo de lucir con orgullo una antigua marca.

IMPARCIALES

100 x 100

(El fuera de serie)

primer cigarrillo negro de 100 mm. a \$ 100.—

